This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 852,260

PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

MARTÍN GONZÁLEZ DEL VALLE.

LA POESÍA LÍRICA EN CUBA.

APUNTES

PARA UN LIBRO DE BIOGRAFÍA Y DE CRÍTICA

CON UNA CARTA

DE

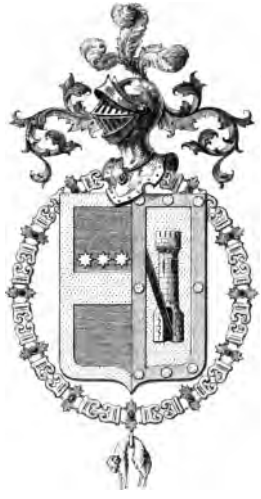
DON MARCELINO MENENDEZ PELAYO,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

CUARTA EDICIÓN

OVIEDO.
LOS. TIP. DE VICENTE BRID.
CANÓNIGA, 18.

1888



Biblioteca
de Don A. Canovas del Castillo.

LA POESÍA LÍRICA EN CUBA.

APUNTES

PARA UN LIBRO DE BIOGRAFÍA Y DE CRÍTICA

POR

D. Martín González del Valle,

CATEDRÁTICO QUE FUÉ EN LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA.

CUARTA EDICIÓN, CORREGIDA Y AUMENTADA.

OVIEDO.
IMP. DE VICENTE BRID,
CANÓNIGA, 18.

1888.

860.91
G642
1928

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Un libro más.—*Recuerdos de estudiante.*
Páginas en prosa.—*Discursos, viajes y notas críticas.*
Huyendo del cólera.—*Tipos y paisajes.*
Benito.—*Tentativa de novela.*
La gente de mi tiempo.—*Retratos á la pluma.*
Asturianos ilustres.—*Noticias biográficas.*

LA POESÍA LÍRICA EN CUBA.

Sr. D. Martín GONZÁLEZ DEL VALLE.

Mi distinguido amigo y compañero: *He leído con mucho interés y agrado el libro de V. acerca de la* Poesía lírica en Cuba. *La crítica me parece exacta, imparcial y serena; el estilo limpio y fácil. Hace V. justicia seca á autores y á composiciones, encomiados harto más de lo justo, y rompe la empalagosa monotonía del concierto de elogios, la mayor parte de las veces irracionales, con que los ingenios de aquellas islas se han celebrado los unos á los otros.*

Solo siento que no haya dado V. más extensión á las semblanzas de los verdaderos poetas, tales como Heredia, Milanés y la Avellaneda, y que no haya extendido su obra hasta convertirla en una completa historia de la literatura cubana, que V. puede escribir como pocos, por el gran número de materiales que tiene V. acopiados.

Felicita á V. por su trabajo, su afectísimo amigo y compañero s. s. q. s. m. b.,

Marcelino MENÉNDEZ PELAYO.

CUATRO PALABRAS AL LECTOR.

PUBLÍCASE ahora la cuarta edición de esta obrilla, prévias algunas modificaciones de estilo y forma. En el fondo no toqué porque sigo creyendo fírmemente que mis críticas y censuras, lo mismo que mis aplausos, son justos y merecidos, y se apoyan en las severas reglas del arte.

Muy pocos habrá que estén en tan ventajosas condiciones como yo, para poder tratar de estos asuntos. Aunque nacido en Cuba, apenas conozco personalmente á ninguno de sus prosistas y poetas. Una ausencia dilatada, y una breve estancia tras el retorno, despidiéndome tal vez para siempre de la patria, me privaron de toda comunicación y comercio literario con mis compañeros en letras cubanas. Debido á esto, la verdad brota de mi pluma, sin que la pasión la empañe ó una necia emulación la enturbie con sus venenosas aguas, que tiñe la envidia; y si

alguna vez yerro, que no soy impecable, ni mucho menos, no será por bastarda mira ó interesado empeño, y sí porque no acierto á expresar con toda claridad lo que observo y estudio.

Ningún periódico cubano, que yo sepa, se ha ocupado, ni en bueno ni en mal sentido, de las anteriores ediciones de esta obrilla. Los de Madrid algo dijeron, tan lisonjero para mi que no he de mencionarlo en este sitio. Tratóse, en Cuba, con el silencio, de condenar mi libro al olvido más completo, y si algún literato se acordó de él, fué en carta particular y privada, como temeroso, sin duda, de que los demás lo supieran.

Y, sin embargo, de la Habana, y de varios puntos de la América que fué española, me piden con insistencia nuevos ejemplares de mi obra, y me preguntan por la *segunda serie* de mis críticas, sin que yo tenga tiempo para reunir mis cuartillas, y cumplir esto último, porque la pícara política y cierta soñadora indolencia me roban todo vagar, apoderándose de mi ánimo por otra parte el desaliento consiguiente por este género de trabajos, al ver el poco fruto que saqué de mi libro y el silencio de la prensa cubana.

A pesar de todo, como me piden ejemplares, y yo no los tengo, me decido, por no quedar en descubierto con nadie, á emprender esta nueva edición, que será la última, por lo que quiero que sea al mismo tiempo la más completa de todas.

De otra de mis obrillas hablaron, y no poco, los periódicos de Cuba.

Dejéme llevar de la tentación de coleccionar los escarceos poéticos de mi mocedad, y publiquélos en

un tomo, dándoles, por tal manera, seguro albergue, como padre cariñoso, que antes mira al afecto que por sus hijos siente, que al mérito y buenas circunstancias de ellos. En mis versos de estudiante imitaba á aquellos autores que más profunda impresión dejaron en mi espíritu, con la lectura de sus obras. Leopardi y Heine, Espronceda y Campoamor, sin olvidar al desventurado cantor del *Manfredo,* eran mis poetas favoritos. No creyendo yo serlo por carecer de estro levantado y gallarda y briosa inspiración, procuraba ceñir los apausados aleteos de mi fantasía poética, á los autores citados, encontrando, en esta tarea, plácido contentamiento y solaz; pero ¡pobre de mi que tal hice! De la *Poesía lírica en Cuba* no se dijo palabra en la prensa, y en cambio de *Un libro más* hablaron, como cotorras, los revisteros de afición y de oficio.

Y ahora caigo, lector querido, que el símil de sus bachillerías, encierra una gran verdad: las cotorras dicen lo que saben y no saben lo que dicen.

Crítico hubo, á quien por fortuna no conozco, que me llamó *grosero,* como si esto, en último caso, tuviera algo que ver con mis pobres versos; otro me recordó á Becquer, temeroso sin duda de que yo le dijera que en toda su vida no había hecho otra cosa que imitar malamente á mi amigo *Clarín;* tal ponía en cuidado á sus lectores,—si llegaba á tenerlos—porque yo me entretenía, según él, en cincelar, con cierto primor, joyas de *doublé.* Confieso que nada de esto hirió en lo más mínimo, mi epidérmis curtida por los años y las inclemencias periodísticas. Lo que sí me ofendió y revolvió mi bilis de modo violento, como

purgante fuerte y destemplado, fué la peregrina ocurrencia de uno de mis críticos, que se empeña en decír que yo plagiè á Fornáris. Pero, hombre, por amor de Dios, ¿no comprende V. que, caso de tener tan feo vicio, no Fornáris, que solo escribe coplas de Calaínos, que V. aplaude desatinadamente, sino Heredia, Luáces ó Zenea serían mis inocentes víctimas?

Son el demonio en persona estos críticos de piso bajo, quiero decír, de folletín ó gacetilla. Poseén un pequeño equipo de frases hechas, y vengan bien ó mal, que de eso ellos no entienden, allá las van soltando á las primeras de cambio.

En este olvido de mi obra crítica tengo que hacer una excepción, por demás honrosa. El Sr. Calcagno, que es hombre de mérito singular, y que con gran celo, perseverancia y acierto poco comunes, ha publicado su *Diccionario biográfico cubano,* me cita y hace mención de este libro, copiando á veces párrafos enteros, para afirmar que está completamente de acuerdo conmigo.

Pero esto lo hace el Sr. Calcagno, que tiene criterio é ilustración bastantes, para no aplaudir sin reserva y no mirar como sospechosos á la patria á los que se sacrifican por la verdad, y no la engañan con torpes alabanzas, que, si algo significan, es el rebajamiento moral de su autor.

Para los otros soy un *desertor,* un *renegado,* porque no me entretengo en aplaudir con pentacróstico estilo, como Valdivia, á todos los poetas cubanos, sin reparar, en su ceguera, que más daño cansan ellos á Cuba con sus ditirambos inconsiderados, que yo con mis burlas y chanzonetas á los hijastros de Apolo

y mis plácemes sinceros á los que con gallardo estilo, pura dicción y brillante fantasía, han sabido hacerse dignos de su patria y de la consideración que todos les guardamos.

Villa América, 1888.

INTRODUCCIÓN.

The proper study of mankind is Man.

POPE.

I.

TROPEZÓSE el autor de estos apuntes con una obrilla lujosamente impresa en Paris, y de no escaso mérito literario. Su autor que fué su amigo en tiempos mejores, se despacha á su gusto, dando golpes de bombo y platillos en loor de los poetas americanos; y tanto de ellos habla, y tan retebién los aplaude, que casi, casi, habíase formado, leyendo tantas alabanzas, un concepto sobradamente exagerado de la poesía lírica de estos pueblos.

Conocía, por aquel entonces, la silva á la *Zona tórrida,* de Bello, los versos de la Avellaneda, y uno que otro pasage de Olmedo; pero ignoraba, é ingénuamente lo confiesa, que hubiese, por estos mundos de Dios, poetas tan esclarecidos y tan excelentes lite-

ratos que pudieran rayar á la altura de los nacidos en la madre patria.

Vergüenza y muy sobrada es la que siente al recordar ahora este delito de lesa literatura, que, ó mucho se engaña, ó como tal debe reputar la ignorancia en que se encontraba. Pero quiso la suerte, y de ello se goza, que en sus manos cayera la obra de su amigo, esparciendo nueva luz sobre asunto tan obscuro, y avivando su deseo de conocer y estudiar joyas literarias de tan subido precio. Registró bibliotecas, recorrió librerías, habló á todo el mundo de esa literatura tan poco conocida, y, aconsejado por unos, auxiliado por otros, tomando apuntamientos aquí y allá, escribió el presente libro, que, á falta de otro mérito, puede presentar, cuando menos, el de la novedad.

No pretende el autor de estos apuntes dar á la imprenta obra de subido precio y docta erudición, y esto viene en justificación de su título por demás eximio. Los obstáculos con que ha tenido que luchar fueron grandes é insuperables; solo su constancia, firme siempre, y las cariñosas frases que le dirigian, deseosos de alentarle en tal empresa, personas á quienes como deuda de amistad y consideración, dedicaría la presente obra, sino fuera tan pobre y menguada, para expresar afecto y agradecimiento tan grandes, hicieron que olvidando lo fatigoso del trabajo, y la recompensa, que habría de recibir de muchos, dióse término y remate á estos apuntes.

Y... ¿para qué negarlo....? El deseo de contribuír al mayor explendor de la literatura patria, siquiera

fuese con pequeño óbolo, contribuyó también poderosamente á la publicación de este librillo.

Pocos y de escaso mérito son los estudios críticos que versan sobre asunto tan difícil; casi todos nacidos en estrecha amistad, encierran más alabanzas que censuras, y mejor que estudios sinceros y formales, pueden considerarse como meras demostraciones ya que no de una *claque* vergonzosa, de liviano y tornadizo ánimo, que se complace en aplaudir siempre las obras de compatriotas y amigos (1).

A este apologético género, pertenece *Cuba poética,* colección de versos que vió la luz pública en la Habana, allá por los años de mil ochocientos sesenta y uno. No quiere el autor de estos apuntes ocuparse detenidamente en ella, ni tampoco ha de hacer aquí particular mención de las *Joyas del Parnaso cubano* (1855), ni mucho menos de una lucubración indigesta, en la que á vuelta de mil afeites retóricos y mil exageraciones de una crítica necia y sin sentido, viene á demostrarnos, su autor, el poco estudio que de la literatura americana había hecho (2).

---

(1) « Usted sabe perfectamente que la exageración entra por mucho en nuestro caracter, y que en la mayor parte de las apreciaciones crítico-literarias publicadas en nuestro país, sobre escritores cubanos, raras, muy raras veces ha presidido una crítica justa, serena é imparcial ».

Carta de D. Francisco Sellen al autor de este libro.—New-York, Agosto 18 de 1875.

(2) « Lástima que no exista una historia de la literatura de la América española, ni aun una colección medianamente hecha de poetas americanos. Tengo entendido que se han publicado algunas compilaciones particulares, como el *Parnaso venezolano*, etc.; pero apenas han circulado en Europa. El tomo de poesías de la América meridional, impreso por Brockass, en Leipzig, carece de mérito y de criterio encerrando piezas detestables, que es imposible pasar por buenas en América ni en parte alguna del mundo civilizado ».—*Menéndez Pelayo.—Horacio en España, pág. 380.*

Con tan escasísimos elementos, y con numerosas dificultades que vencer para reunir las rimas de los poetas cubanos que con más acierto é inspiración cantaron, solo una voluntad de hierro, una inteligencia poderosa, podría dar cima y cumplida terminación á obra de brillante mérito. Ni por sus años, que son pocos, por fortuna, (1) ni por sus conocimientos literarios, bien escasos y menguados, por cierto, podría presentar al que leyere un acabado y correcto estudio de la poesía lírica cubana; trabajo que abrazaría una porción de cuestiones de interés latente, pero de peligroso y dificil desempeño, Muchos de los poetas cubanos cobijados bajo una bandera contraria á la de la patria, se encuentran hoy en suelo extraño, envueltos en la miseria, llorando la ruina y desolación de su país. No cumple á su propósito, ni se ajusta á las miras particulares del autor de estos apuntes, hacer aquí consideraciones sobre la desastrosa guerra que asola los campos de Cuba. Como leal y caballero deplora de todas veras los males de la patria, con tanto más motivo, por cuanto ha nacido en la perla de las Antillas. Patriota ante todo, solo quiere el bien de la patria, y, consecuente con este, y encontrándole estrechamente ligado al de España, no quiere ver á Cuba separada de la madre que le dió el ser, legándole, aún mismo tiempo, su literatura admirable y su historia portentosa, donde

---

(1) Eso era entonces, cuando Dios quería,
Que el tiempo ráudo en su veloz carrera,
Mi negra y abundante cabellera
Como hoy con blancos copos no teñía.

Fornáris ó cualquiera.

tan grandes ejemplos de caballerosidad y de nobleza tiene que imitar. Pudiera, sin embargo, si consideraciones de índole más alta no se lo velaran, retratar, en estas páginas, el estado social y político de la isla, su deplorable y ruinosa administración, sus defectuosos aranceles, tan contrarios á sus intereses como á los generales de la nación, y deducir de aquí con inflexible lógica, aquellas consecuencias inevitables que pondrían de manifiesto lo que toca hacer al gobierno de la metrópoli por acallar los ánimos y acudir al remedio de tantas necesidades como aquí se sienten; pero tomando por más trillada senda, deja tan espinosa labor para otros, y ofrece á quien leyere, otra más grata y de mejor acomodamiento (*).

Atendiendo á tan poderosas razones, ha de pasar en silencio algunas obras de los ingenios cubanos: ageno á la política palpitante, y ganoso de hacer bien á su país, solo trata de presentar en este libro, algunas poesías líricas, que, nacidas al calor de los trópicos, sirvan de noble y legítimo orgullo á nuestros hermanos de allende, y de estudio, consideración y respeto á los que aquí se dedican á la espinosa carrera de las letras.

(*) Empero debemos declarar y declaramos que no estamos de acuerdo con la opinión del diputado Santos Guzmán, cuando pedía en las Córtes del Reino, que las provincias ultramarinas se rigieran por las mismas leyes que las otras que constituyen la nación española. Este es un error que nos llevaría de la mano á la ruina más completa. La verdadera igualdad consiste en tratar de un modo desigual las cuestiones desiguales, y pretender otra cosa supone ó una profunda ignorancia ó mal querencia al país que nos engrandece.

II.

¿Tiene la isla de Cuba literatura propia, como se ha pretendido asegurar? Cuestión es esta de resolución muy fácil. Cuba, como parte integrante de la nacionalidad española, tiene que seguir precisamente la marcha progresiva de este pueblo. No se improvisan las literaturas, como ha dicho muy bien Piñeyro; son, por el contrario, el resultado lento y laborioso de muchos y muy diversos trabajos, para los que han de acudir múltiples y variados elementos. El lenguaje que refleja el caracter y la manera de ser de un pueblo, sirve como de cifra de su personalidad, y por eso aquellos pueblos que no le tienen propio, carecen en absoluto de literatura original, y son, en la esfera del arte, á semejanza de esos satélites, á veces brillantes y hermosos, pero siempre dependientes é inmediatamente relacionados con otros astros de mayor magnitud y explendor.

Pero ampliemos la pregunta.

La América latina ¿tiene una literatura que le sea peculiar? Sus literatos ¿son originales? Lo único que pudiera darle un carácter *sui géneris* sería el asunto. Si nuestros poetas y novelistas se ocuparan en la descripción de las infinitas bellezas que encierra nuestro suelo, el asunto sería americano, y considerada nuestra literatura bajo este punto de vista, sería original.

Si tratáramos de la forma, si ha de ser objeto de nuestras especulaciones el arte, pueblos nacidos ayer, sin tradiciones propias, encontrandonos en los bal-

buceos de la vida, tenemos que aprovecharnos de los conocimientos de otros pueblos, que estudiar la civilización de otros paises, y seguir la vida evolutiva de la humanidad. Por eso es original Andrés Bello cuando canta las maravillas de la *Zona tórrida;* por eso Heredia, contemplando el Niágara, es original en cuanto al asunto, pues, como ya hemos dicho, y como de seguida puede notarse, la inspiración de uno y otro se asemeja á la de Rioja y Quintana. Y ya que tratamos esta cuestión, pasemos ahora á las derivaciones que de ella surgen.

En Cuba, merced á ese caracter complaciente y fácil de sus hijos, siempre que alguno de estos ha sobresalido en el estudio de las letras, sin acordarse de notar sus defectos, baten palmas en loor de su talento, sobradamente exagerado por la amistad y el compañerismo. Y he aquí por que vemos elevar la figura de Plácido á tan grande altura; pues si bien es cierto que posee este una imaginación lozana y gran facilidad y sencillez, quizás excesivas para versificar, no es menos verdad tampoco que carece de erudición y sentido filosófico, y que sus versos, siendo dulces y galanos, rayan en el prosaismo en ocasión frecuente. Nadie mejor que Gabriel de la Concepción Valdés conocía la índole propia de su carácter poético, en el exatísimo epígrafe que á la primera edición de sus rimas puso:

> " Flores son de un ingenio sin cultura
> Cual las que dan los campos de mi patria,
> Ricas de olor, de tintas y hermosura ".

Aquí se ve á Plácido tal como fué "como un in-

culto güagiro, de imaginación más fecunda que otros, de más instito de forma y delicado gusto". (*)

¿Y Fornáris, uno de los poetas más populares en Cuba? Si hubiéramos de señalar ahora la analogía y semejanza que entre si guardan sus obras, la imitación que prontamente se descubre en todas ellas y el apego que manifiesta este autor al célebre Zorrilla, demostraríamos hasta la evidencia, que no es otra cosa más que un versificador mediano, con ribetes de incorrecto, que, á lo sumo, presenta tal cual atisbo de belleza en sus versos, muy encubierto y oculto entre lugares comunes y frases por demás prosáicas, desprovistas de buen gusto y de arte. Él, como algún otro compatriota suyo, ha tratado de crear una poesía especial, característica al pueblo cubano; y sacando á colación tiempos pasados, de los cuales conócese muy poco con certeza, trae á la memoria leyendas estrabagantes que ni por su índole ni por el fin á que propenden, han podido aclimatarse en la perla de las Antillas (**).

Estos lunares de imitación que hemos señalado en Plácido y Fornáris, se hacen extensivos á todos los demás. Milanés, que es indudablemente uno de los poetas más floridos, alambica el pensamiento, decae en la dicción, é incurre en prosaismos imperdo-

---

(*) Barrantes.

(**) «Creemos que no habrá quien juzgue como expontaneidad, ni como documentos que pueden significarse como cubanos, los *Cantos del Siboney* de Fornáris, que tanto daño han causado á la buena literatura...,. y que son las rosas más exóticas que producir podría la floresta cubana.» Revista de la Habana. Artículo de J. de G. G. García, 1857. Citado por Lopez Prieto en la introdución á su Parnaso.

«Los *Cantos del Siboney* son el contubernio de lo abigarrado de la forma, con lo cursi y pedestre en el fondo» Bobadilla.

nables en el cantor de *La Madrugada*. Mendive, más atildado y correcto que ningun otro, carece de fuego y virilidad, menospreciando en ocasiones, por fortuna bien pocas, las reglas de la métrica. Y ya que digimos esto, hemos de apuntar algo sobre el romanticismo, tal como se entiende en nuestra patria.

No somos románticos, ni presumimos tampoco de clásicos: "queremos libertad en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio..... He aquí la divisa de nuestra época; he aquí la nuestra; he aquí la medida con que mediremos; en nuestros juicios críticos preguntaremos: ¿nos enseñas algo? ¿nos eres la expresión del progreso humano? ¿nos eres útil?—Pues eres bueno". (*)

Somos clásicos á semejanza de Horacio y de Boileau, de Moliere y de Moratín; somos románticos al estilo de Calderón y de Shakspeare, de Byron y de Lope; todo lo que pueda conducir la poesía á la realización de su fin, á la expresión artística del pensamiento, á la belleza; y no creemos ni concedemos tampoco autoridad en materia literaria á ninguna escuela determinada, porque pensamos con Boileau, que solo el género fastidioso es el malo, y que á los demás no se les puede condenar en absoluto; pero lejos de profesar estas doctrinas, los hombres de letras en Cuba, encerrándose en estrecho círculo, salidos de la esclavitud, corren tras el libertinage, y dejando las sugecciones á las reglas de los clásicos, hacen del romanticismo una anarquía, lanzándose en abierta y desesperada lucha contra la lógica y la sindéresis, sin

(*) Larra. — V. Obras de Fígaro.

ver que, como advierte un distinguido escritor, por esos medios solo puede llegarse al *Homunculus* de Wagner.

Románticos son los versos de Espronceda, y, sin embargo, poco se ha escrito, en nuestra lengua, tan correcto y bello como la introducción de *El Diablo Mundo.*

III.

La historia de la poesía lírica en Cuba no se remonta á tiempos muy lejanos; tenemos que buscarla á últimos del siglo pasado, pues si existieron otros poetas, conócese bien poco de ellos y lo conocido es de mérito escaso. D. Félix Veranés, buen orador sagrado, publicó algunas letrillas al estilo de Cadalso. El P. Fr. José Rodríguez Veres, primer dramático cubano, compuso algunos epígramas, dedicándose á este género, en el cual rayó á buena altura en el retruécano. Otros poetas menores cita en su obra el Sr. López Prieto, pero todos de mérito escaso. De ellos no hemos de hacer relación, pues no nos proponemos historiar los comienzos de la lírica en Cuba. Este libro no es una historia; se forma de breves apuntes de crítica ligera. Por otra parte; ¿qué dicen los versos que copia el Sr. López Prieto? Nada que venga á nuestro propósito, ya que, á la postre, solo prueban la pobreza de nuestra lírica en la época á que nos referimos. Bien se están en la obra de López Prieto, que á nosotros nos basta con hacer

estas ligeras indicaciones. En una historia cabe todo pormenor, para estudiar la evolución progresiva de las ideas estéticas de un país: en esta colección de apuntes de biografía y de crítica, un rasgo saliente una frase afortunada, un calificativo oportuno, pueden é importan á veces más que todas esas menudencias.

Rubalcaba y Zequeira son los corifeos de la literatura cubana. Ellos le imprimieron un carácter especial de sabor clásico puro, elevándola á un rango que hasta entonces no había tenido; sígueles en tiempo, sobrepujándoles en mèrito artístico, José María Heredia, glorioso timbre del suelo que le vió nacer. De genio arrebatado, de inspiración robusta, canta la tempestad de un modo brillante, y henchido de entusiasmo, pide como Espronceda:

" Un caballo, un caballo, y campo abierto".

Después del cantor del Niágara, se nos presentan Delmonte y Velez, Iturrondo, la Avellaneda, Plácido y Orgaz; y en època más posterior, y ya casi en nuestros días, Zambrana, Luáces, Tolón, Luisa Montes de Oca, Palma, Milanés, Mendive y Fornáris, acompañados de Zenea, Guerrero, Sellén y otros que forman el complemento de nuestra lírica.

Hecha esta breve reseña histórica parecía natural apuntar ahora los caracteres especiales de nuestra literatura. Pretender, como digimos antes, el sello de originalidad con que se distingue la lírica de todos los países, es imposible. Si examinamos á Zequeira y Rubalcaba, notaremos de seguida sus aficio-

nes clásicas, reminiscencias acaso de la escuela de los Argensolas; Heredia, por el contrario, en el fondo de sus obras, imita más bien á los poetas ingleses. Plácido siguió las huellas de Martinez de la Rosa, descubriéndose en los versos posteriores á él la influencia del autor de *Los Miserables* y del poeta de *Granada*.

Pero nos equivocamos.

En la isla de Cuba existe una poesía original, que le es peculiar y característica; brillante en ocasiones, débil y vulgar en otras, suena siempre en nuestro oído como el susurro de las palmas. Nos referimos á las *guarachas* y á los cantos de los güagiros. En ellos se ve claramente la facilidad que tienen los hijos de este suelo para la versificación. Penas, lágrimas y amoríos, luchas del corazón; todo lo que de noble y santo encierra nuestro ser, es objeto de esos sencillos cantos, ora tristes, ora alegres, soñadores siempre y siempre melancólicos.

Dar á conocer los poetas cubanos más notables; presentar á grandes rasgos las bellezas y defectos de sus obras, estudiando las vicisitudes por que atravesaron en esta vida, para prefijar la índole de sus versos y el fin á que propenden; tales fueron nuestros propósitos y tales los motivos que animaron nuestra pluma.

Sino salimos airosos en nuestra empresa, á otros toca juzgarnos. Obramos con conciencia, y con ella y sin dejarnos llevar de ningùn sentimiento de rencor, que no abrigamos, pues lejos de eso, miramos siempre con atenta y cariñosa solicitud cuanto se refiere al engrandecimiento de nuestra patria, hemos seguido el curso de estos apuntes, valiéndonos, como con repetición hemos dicho, de los datos, consejos y aclaraciones que tuvieron la bondad de concedernos amigos muy queridos.

Jóvenes somos y por lo tanto, nuestros juicios críticos deben carecer de la profundidad y del acierto que son menester á esta clase de trabajos; pero..... ¿por qué callarlo?.... Creemos que nuestra obra, incorrecta y falta de erudición y sólida base, es más aceptable y completa que cuantas se publicaron en Cuba sobre este mismo asunto.

Podemos decir á este propósito, parodiando una frase de Chateaubriand: "Las bellezas de esta obra se componen de los defectos de otras anteriores".

Habana, *1874*.

MANUEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO (*)

« .... tú, que el primero,
desdichado Zequeira, índico lauro
á tu frente ceñiste..... »

Con propósito firme de ser fieles guardadores de la verdad, tomamos la pluma para trazar á la ligera la biografía de un poeta de gabinete; y á fe que nos duele y sentimos pena de ello, pues á pesar de lo atrasadísimo de la época en que floreció, y de las consideraciones á que esto se presta, cumpliendo religiosamente nuestro intento, hemos de censurar algunas obras de Zequeira, aplaudiendo, empero, su beneficiosa influencia en las letras de Cuba. Casi nos sucede lo mismo, tratando de este poeta y de Rubalcaba, que á cierto distinguido litera-

(*) Zequeira usaba de la Z en lugar de la S en su apellido, como una parte de los individuos de su familia; pero hoy día, no sabemos por qué razón prevalece el de la S en la rama que conserva el titulo de conde de Lagunillas.

to que deseaba levantar una estátua al erudito Feijoo y quemar sus obras alrededor de ella.

Nació Manuel de Zequeira y Arango en la Habana, en 28 de Agosto del año de gracia de 1774, y á muy corta edad ingresó de cadete en el regimiento de infantería de Soria, y pasando por diferentes grados, hasta el empleo de coronel, sirvió cuarenta y seis años, desplegando en este tiempo conocimientos poco comunes, que le hubieran llevado á ocupar los más elevados puestos de la milicia, si el trastorno de sus facultades mentales no atajara su pasos en tan gloriosa carrera. Destinado *pro natura* al cultivo de las letras, y aficionado de suyo al ejército y á las armas, demostró una vez más que no es incompatible la pluma del escritor con la espada del guerrero, y así le vemos pasar en 1793 á Santo Domingo en la expedición que fué al socorro del cuartel de Cahobas; encontrarse en la acción del río La-Matrie, y en lucha desigual y desaforada contienda vencer á sus enemigos, que, en crecido número, huían abandonando dos piezas de artillería.

Pero no debemos detenernos por más tiempo en la carrera militar de Zequeira; que otro es el fin á que propenden estos *Apuntes*.

De toda voluntad dijimos al comienzo que Zequeira era un poeta de gabinete, hombre estudioso, de libros, no de inspirado y valeroso estro.

Y tanto es así, que, por reverencia solo hemos de decir algo, muy poco, acerca de sus obras, haciendo otro tanto con las de Rubalcaba, pues uno y otro no son más que un débil reflejo de nuestros poetas clásicos, y en sus versos, si bien hay bellezas, no dejan

de abundar, pese á sus admiradores, que ambos los tienen, defectos de muy dificultosa absolución.

Oigámosle, sinó, en su canto épico intitulado: *Batalla naval de Cortés en la Laguna.*

Iban delante veinte mil flecheros
De miradas ardientes y sutiles;
Detrás llevaban los carcaxes fieros,
Y delante bordados escampiles:
Amarillos y rojos los plumeros
Adornaban sus frentes varoniles;
Embrazan arcos, y, por más decoro,
Pisan la arena con sandalia de oro.

La pintura que hace del monstruoso fantasma ó máquina sorprendente, aunque nos hace recordar á Camoens, no puede ser más propia y terrible:

En su mano siniestra relucía
De una sierpe infernal la ardiente escama,
Y en la membruda diestra sostenía
La triple flecha con que Marte brama;
Dos torrentes sulfúreos despedía
En vez de aliento, que el ambiente inflama;
Y antes de abrir sus labios criminales
Sonaron los trompetas infernales.

Pero si el personaje imaginativo está presentado con tanta maestría, no sucede así con el héroe de la acción. La descripción de la batalla es minuciosa y peca de prolija, aunque no deja de presentar interés y belleza, apareciendo perfectamente todos los personajes, y siendo excelente el retrato de Pedro de Barba, muerto "por el terrible impulso de una flecha",

Tendido estaba el ínclito guerrero,
De sangre y de sudor humedecido;
El escudo abollado y el acero
De la heróica diestra desprendido;
Sin donaire marcial sobre el sombrero,
De purpúreo color también teñido,
Reclinaba el semblante formidable;
Que era, aún después de muerto, respetable,

Y ya que dijimos al comenzar que encontrábamos versos prosáicos y cojos, ripios y otros defectos, vamos á copiar algunos, para que por sí se convenza el que leyere:

" Que númen — dijo — contra mis decretos. "
" Sudó culebras y lloraba furias. "
"Chocan las armas de los combatientes. "
" Un vómito encendido de Vulcano. "
" Por otra parte la caballería. "
" Para imponer silencio abre la boca. "
" Vomitando mil mónstruos y animales, " etc.

También cantó Zequeira *La Nave de vapor, El Primer sitio de Zaragoza* y *El Dos de Mayo;* pero nos parece tan inferior en estas composiciones, especialmente en la última, si la comparamos con la elegía de Gallego, que de todo intento no queremos citar nada; no siguiendo igual conducta con el soneto titulado *La Ilusión;* soneto que algunos atribuyen á Rubalcaba, pero que nosotros, de conformidad con la opinión de literatos de reconocido mérito en Cuba, y comparando el carácter, profundidad y valentía de este soberbio rasgo con el génio de uno y otro poeta, creemos sinceramente que es obra de Zequeira:

Soñé que la fortuna en lo eminente
Del más brillante trono me ofrecía
El imperio del orbe y que ceñía
Con diadema inmortal mi augusta frente.
Soñé que hasta el ocaso desde Oriente
Mi formidable nombre discurría,
Y que del Septentrión al Mediódía
Mi poder se adoraba humildemente.
De triunfantes despojos revestido.
Soñé que de mi carro rubicundo
Tiraba César con Pompeyo uncido.
Despértome el estruendo furibundo;
Solté la risa, y dije en mi sentido:
"¡Así pasan las glorias de este mundo!"

Tal fué el primer poeta de Cuba.

Hombre instruído, ardiente y arrebatado, parece ser la personificación de la poesía en este suelo. Formó parte de la Real Sociedad Económica y amigo cariñoso y leal del no menos distinguido cubano Tomás Romay, dirigió con él *El Papel Periódico*, trabajando con ardimiento por alcanzar días mejores para su patria.

A su muerte, en 1846, se leyeron versos y artículos sobre su tumba. ¡Débil y pobre homenaje alcanzado por el talento y la virtud!

Con ocasión de haber publicado un periódico de New-York este artículo, hace ya bastantes años, anunciando la próxima aparición de la primera edi-

ción del presente libro, el distinguido literato Sr. López Prieto, tuvo la bondad de citarlo en dos pasajes de su obra, y al referirse á lo que decimos de Zequeira, se expresa del siguiente modo: "El 12 de Mayo de 1875, publicó en *Las Novedades,* periódico español de New-York, el Sr. D. Emilio Martín González del Valle, un artículo titulado: *Un poeta cubano,—Manuel de Zequeira y Arango,* que nos dijo ser parte de un libro que se estaba imprimiendo en París. *La poesía lírica en Cuba,*—libro que no hemos podido todavía proporcionarnos, no obstante nuestra solicitud para ello. El Sr. González del Valle juzga á Zequeira *poeta de gabinete, hombre estudioso, de libros, no de inspirado y valeroso estro.*—Sentimos no estar conformes con el juicio de dicho poeta y literato distinguido, que nos parece contestado con el siguiente: "Rubalcaba y Zequeira anuncian con inmejorables auspicios la musa cubana. Depositarios de gloriosísimas tradiciones; almas enteras y generosas, solidarias del sentimiento de su raza, sus inspiraciones brotan expontáneas de los purísimos manantiales de la buena poesía".—*Discurso pronunciado en el acto de la inauguración del Círculo científico y literario de la Habana la noche del 23 de Abril de 1876 por su Presidente D. Ramón López de Ayala.—Habana.—Imprenta del Directorio.—1876.*"

Mucho nos duele en verdad, que un hombre de luces y natural discurso é instrucción como el autor del *Parnaso Cubano* saque á colación el dicho de un bohemio político como afirmación seria y concluyente en materia literaria.—No, señor Prieto, este Ayala no es literato, es lotero. En este destino y en otros

análogos le conocimos.—¿Quién calumnió á la patria de Heredia, el autor de este libro que si no reconoce á Zequeira como poeta de primer orden, dice que fué hombre instruído é inclinado al cultivo de las letras, personificación de la poesía en su época, ó ese doctor *in utroque* que se descolgó con un discurso tan peregrino como el citado?

Lea el Sr. Prieto el grito de indignación que arrancó á los nobles sentimientos del Sr. Varona la obra de Ayala, y si quiere fijarse en ello vea lo que á este propósito publicamos en *El Moro Muza*, periódico que á la sazón salía á luz en la Habana.—¿Quiere que le digamos al Sr. Prieto lo que nos valió ese trabajo de ligera forma aunque no escasa intención? Pues en un papel, de cuyo nombre no queremos acordarnos, se nos llamó filibusteros y otra porción de cosas, afirmando que al hablar de la Universidad, aludíamos al fusilamiento de los estudiantes; cosazas, todas ellas, á cual más ultrajantes y estúpidas.

¡Menguado empeño y condición bellaca que tantos males ocasionó á Cuba!

El artículo de *El Moro Muza*, dice así:

NOVEDADES..... NUEVAS.

(ESTILO Á LA MODA).

Por fin, llegó el momento, que todo llega en este mundo, y las puertas se abrieron, y brilló el gas por su... presencia, y se reunieron los *bohemios*, y... allí fué Troya.

A mí me dispararon un discurso, ó cosa así, no sé cómo ni cuándo; pero..... ¡cá!..... No puede ser..... Este discurso no pudo haberse pronunciado sino allí; sí, señores, allí.

¿Donde es allí?... Ya lo verán ustedes. ¡Qué lujo de palabras el del tal discurso! Mentira parece que se permita alguno ese delpilfarro, cuando todos aseguran que estamos... como tres en un zapato.

Comienza el *preopinante*, como decia el otro, con una clasificación de las ciencias que da el opio. Es decir, el opio precisamente, no; pero produce los mismos efectos.

¡Qué gravedad!... ¡qué elevación de miras!... y sobre todo, ¡qué apóstrofes!...

¡Vamos, si cuando les digo á ustedes que es cosa de desmayarse!... ¿Me querrán ustedes creer?...

La imaginación sigue constituyendo la mitad más hermosa del entendimiento humano; y esto aunque me tiene sin cuidado, francamente, no lo comprendo.

La Universidad, con sus claustros desiertos, abatida y postrada, está como diciendo al honrado padre de familia:

" Aquí de ciencia y saber
Sólo nos queda el recuerdo;
Si te he visto no me acuerdo;
Memorias á tu mujer."

La Academia de Ciencias Médicas, anémica; sí, señores, anémica, y esto me parece muy fuerte.

En fin, lo único que está flamante, nuevecito, es... es la Asociación de *bohemios*.

Y ¿por qué?... ¡Ah! porque en esta desgraciada provincia no ha habido poetas, y... ¡vean ustedes lo que son las cosas!... como no conocíamos esa "planta maldita con frutos de bendición"... no hay nada como ser *bohemio* para estar flamante.

Respiremos.

Hay quien asegura, como en una conocida zarzuela, que no es todo verdad; quien dice que aquí ha habido poetas muy notables, que han mercido aplausos de Lista, Quintana, Villergas y algunos críticos extranjeros; pero ¡bah!... lo que es á mí, después de haber leído ese discurso no me convence ni una ametralladora.

¿Qué hizo Heredia?... ¿Cantar con brillante estro la catarata del Niágara?... ¡Si por acaso hubiera escrito algún drama original!... Ya ven ustedes que fué un zascandil.

¿Y la Avellaneda?

Compuso muy buenos versos, ¿eh? Pues me alegro infinito; pero, á pesar de alegrarme y á pesar de sus magníficos dramas, ¿qué fué la Avellaneda?

Casi estoy por creer que no remendaba la ropa de su marido.

Es preciso desengañarse; aquí no ha habido poetas: no, señores, no los ha habido. El tanto por ciento lo llena todo: hasta el corazón de las suegras.

¡Oh dolor!... ¡oh desesperación!..... Después de esto, bueno será que ustedes sepan que el periodismo, ese cuarto poder del Estado—¿cual será el sexto?—es una calamidad, porque al fin y al cabo, nada más fácil que escribir un buen artículo, meter mucha bulla—más que los carretones de la Habana—

y convertirse burla burlando en un Castelar ó un Valera.

Luego, en los periódicos, se suministra la ciencia en dósis homeopáticas, y maldecimos del libro porque le encontramos pesado y prolijo.

Esto matará á aquello, que diría Victor Hugo.

¿Me explico?

Decididamente, la Asociación de *bohemios* viene á llenar un vacío, á realizar una obra veneranda..

Ella despertará el amor á las Letras, á las Bellas Artes, á todo; porque, eso si, no hay como el decir que en Cuba hace mucho calor para que llueva en las Batuecas.

El discurso inaugural es magnífico.

Su autor es un enamorado defensor de la ley del progreso, y esto me reconcilia con el sentido común.

Habana 11 de Mayo de 1876.

M. J. DE RUBALCABA.

Musa, contempla tu víctima.

Con este nombre comenzó á figurar en Santiago de Cuba, su pueblo natal, un poeta célebre en las faldas del Turquino, un trovador amigo de Zequeira. Como él, siguió también la carrera de las armas, rindió fervoroso culto á Apolo y á Marte, y ora la espada, ora la pluma, compartía sus días en el manejo de ambas.

¡Época de estancamiento y natural atraso atravesaron! Apenas si concebimos cómo con tan pobres elementos pudieron uno y otro elevarse á la altura que lograron, sacando nuestras letras de la postración en que yacían, y abriendo nuevos y más dilatados horizontes á la juventud, siempre ganosa de gloria y de renombre. Por eso, en los versos de Rubalcaba nótanse defectos imperdonables en un escritor de su

fama, aunque muchos necesariamente tenemos que atribuirlos al poco acierto del Sr. Balart, que fué quien coleccionó sus obras, sin cuidarse más que de presentarle "tal como fué, con todas sus incorrecciones y con todos sus defectos." ¡Procedimiento bien menguado, en verdad, tratándose de honrar la memoria de un poeta!

Pues qué ¿no tuvo el Sr. Balart que recoger muchos de los versos de Rubalcaba, de manuscritos que no habían sido hechos para ver la luz pública? ¿acaso de borradores que debían permanecer en cartera? ¿tal vez de boca del mismo pueblo? ¿Y son estos los mejores conductos por donde pueden llegar á nuestras manos las obras de un poeta, ó bien por el contrario, estamos en el deber ineludible de recoger esos datos y depurarlos con el escalpelo de la crítica, pensando con acierto que su autor así lo hiciera, ó más bien que esos fragmentos, al pasar de mano en mano y de boca en boca, habían perdido mucho en la forma y en su fondo? Preguntas son éstas, que, estampadas aquí, nos servirán de resguardo, por si alguno imagina que tratamos de rebajar el mérito de Rubalcaba; antes bien imagine el lector que cuando censuramos algo, culpa será de la colección hecha por el Sr. Balart.

Mas, á pesar de la falta de pericia con que procedió este señor, como quiera que Rubalcaba sabía sentir y expresar lo que sentía, no dejamos de encontrar algunos rasgos felices, tal cual asomo de belleza. Sirvan de ejemplo estos tercetos:

¡ Y cuántos del relámpago ayudados,
Sólo bosquejan la anchurosa vía
Para darles sepulcros ignorados!

. . . . . .
Yo escucho al ruiseñor tal vez en la haya,
Y al ver el horizonte que refleja,
Requiebra su polluelo que desmaya;
Y en la tierna impresión que su voz deja
No se puede juzgar si es de contento
El natural idioma de su queja.
. . . . . .
¡ Ya son oscuras noches mis auroras;
Volvedme, si volvedme, amigas mías,
La posesión de mis antiguas horas!

No es menos bello el soneto á *Nise bordando un ramillete*, que termina así:

Me parece que al verte colocada
Cerca del bastidor, dándole vida,
Sale flora á mirarte avergonzada;
  Llega, ve tu labor mejor tejida
Que la suya de Abril; queda enojada,
Y sin más esperar váse corrida.

En el género festivo, en las ligeras anacreónticas, también nos dejó traza de su númen. Dígalo, sinó, aquella graciosa letrilla que dice:

Busca amor
Quien te descifre mejor.

Pero en medio de estos rasgos, que dejan adivinar el talento y la imaginación poética de nuestro autor, poco trabajo nos costaría encontrar versos tan detestables como estos:

¡ Oh noche, tu retórica figura
Es la del sueño!

Como hemos dicho al principio, Rubalcaba, lo mismo que Zequeira, fomentaron el progreso literario de nuestro país, y sólo por respeto y consideración á esto mismo colocamos sus nombres al frente de nuestra galería. Es inútil buscar en sus obras el fuego pindárico de Heredia, la sencillez y armónica cadencia del cantor de *La Madrugada*, la valentía y gallarda expresión de Luáces. Apegados al estudio de nuestros clásicos, luchando con las preocupaciones de la època en que florecieron, nótanse en sus versos reminiscencias de los Argensolas, ayes de desaliento y de amargura, que revelan claramente la verdad con que exclamó el poeta de *Las Meditaciones*, refiriéndose á otro no menos inspirado:

Musa, contempla tu víctima.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

Nom Omnis moriar.

I.

ESTE poeta, el más notable de los nacidos en Cuba, alcanzó una época de relativo progreso y adelanto. En ella se crearon diferentes cátedras hasta entonces olvidadas; se dió mayor impulso á la imprenta, desarrollándose gran afición al estudio de las letras. Enseñaba la ciencia de Platón y de Aristóteles, en el Real Seminario de San Carlos, el Padre Valera, uno de los Cubanos más ilustres, maestro, amigo y compañero del sabio José de la Lúz, de quién nos reservamos el placer de decir algo en el apéndice de esta obra, si nuestras ocupaciones no nos permiten dar remate y finamiento á otra que intitulamos *Filósofos cubanos,* y en la cual sobradas cosas hablaremos de Valera, Romay, Mestre, Gonzá-

lez del Valle, Zambrana y otros cien, entre los cuales lícito nos será al par que muy gustoso colocar el nombre de Enrique José Varona, modesto y erudito humanista que figura al frente de nuestra juventud estudiosa, no echando en saco roto al maestro infatigable, al pensador profundo, el padre de nuestra generación, al ilustre director del colegio de San Salvador.

En pocas provincias de la monarquía española se habrá efectuado una revolución filosófica tan brillante y digna como en Cuba. En esta apartada colonia nació y vivió el sapientísimo Valera, que, dejando la rutina escolástica, abrió con mano firme nuevos y más dilatados horizontes á la ciencia y al saber. No fué solo un erudito, sinó que revestido de talento, con lozana imaginación y suelta pluma, trazó cuadros de verdad y riqueza de colorido, se adelantó á su época y contribuyó no poco al mejoramiento de su país. Siguióle en tiempo José de la Lúz, pensador sincero de ideas profundas. Mucho antes que Stuart-Mill ya había sustentado esta proposición: "Los medios que tiene el hombre de asegurarse de sus conocimientos y de ensancharlos, son la intuición, la inducción y la deducción." Presintiendo á Guillermo Wundr, sostenía con gran lucidez que "el juicio es anterior en todo rigor á la idea y como la base de todas las operaciones mentales." Combatió al Cousismo, á la sazón boyante en las escuelas y defendido con talento por los hermanos González del Valle, quienes con Mestre, Rodriguez, Bachiller y otros forman y completan el cuadro de filósofos en esta época.

Al presente toman las ideas otra senda en nuestro

país. El nombre de Varona, que hemos citado, es el más ilustre de los que hoy batallan por el esclarecimiento de la verdad en la serena región de los principios. A èl convergen todos los amantes de la ciencia. Allí figuran Enrique Piñeyro, Ricardo Delmonte, Teófilo Martínez Escobar y otros pocos (*).

A los comienzos de esta renovación filosófica asistió Heredia, cuyo espíritu se hallaba inficionado por las ideas disolventes de la revolución francesa. En vano trató Zambrana de librarle de este cargo. Las razones que alega, dejan en pie la afirmación de Cánovas del Castillo, y antes parece como que vienen en su auxilio y ayuda. El párrafo de Mazade, que cita, afirmando que Heredia no es en rigor un poeta revolucionario por más que sus versos son la expresión ardorosa é ideal de ese vago instinto de independencia que fermenta en el corazón de la juventud cubana, nos confirma en la opinión del literato castellano. Debido á estas ideas y viendo el panorama que ofrecía á sus ojos la América española, el cantor del Niágara apeteció y quiso para su país igual suerte. Por ella luchó con ardimiento, y por su causa halló bien pronto el desengaño y el destierro.

Nació José María de Heredia en Santiago de Cuba en 31 de Diciembre de 1803. Su padre D. José Francisco, magistrado íntegro, distinguido literato, trató de dar á su hijo una educación esmerada, dedicándole al estudio de la jurisprudencia, carrera que concluyó á la temprana edad de diez y ocho años, recibiéndose de abogado en Puerto-Príncipe. Desde

(*) Véanse *las Conferencias filosóficas*, de Varona.

niño, cuando apenas contaba dos lustros, sintió necesidad de fantasear y escribió unos ensayos poéticos, en los cuales advierte Cánovas del Castillo "el poder de su entendimiento maravillosamente formado para edad tan temprana, inclinado al filosofismo tanto como á la poesía".

Viajó desde pequeñuelo por la Florida, Santo Domingo y Venezuela; estuvo en Caracas, siendo su padre á la sazón Regente, "durante el despótico mando de los sanguinarios Monteverde y Boves"; y más tarde regresó á la Habana, asistiendo á las clases de la Universidad, y oyendo al propio tiempo las lecciones del Lic. Blas Ossés, á quien, en prueba de amistoso afecto, dedicó uno de sus poemas. Muerto su padre, eligió por residencia la ciudad del Yumurí y tuvo á dicha que sus primeros ensayos poéticos fueran comentados y discutídos, asegurando el *Revisor* que "era el primero que dedicándose al estudio de los clásicos, hizo resonar la lira cubana con acentos delicados y nobles"; mientras otros le negaban las relevantes dotes con que pródiga le favoreció naturaleza. Esta inquina y sañosa labor contra el poeta no solo le atajó en sus primeros pasos; antes bien reprodújose con inusitada fuerza cuando el gallego Sagra, queriendo hacer el juicio crítico de las poesías de Heredia, escribió una diatriba calumniosa y ruin; bien que Saco, saliendo á la defensa del derecho hollado y de la verdad, puso de oro y azul al botánico, haciéndole comprender que los acordados sones de la lira de Heredia, eran cosa asaz distinta de las legumbres que él cultivaba á orillas de la Zanja.

Pero no hemos de seguir á nuestro joven poeta

en todas las vicisitudes de su vida. Rindiendo, como ya dijimos, culto á la independencia cubana, conspiró con fé exaltada, y comprometido en sus delirios políticos, se vió precisado á emigrar en 1823. Fuese á los Estados-Unidos, y allí compuso sus mejores versos, pero la facilidad del idioma y lo benigno del clima le llevaron á México, donde se casó, siendo nombrado Magistrado del Tribunal Supremo de Justicia, y Senador de aquella República, amén de otros cargos y empleos que desempeñó con inteligencia y acierto.

La primera edición de sus obras apareció en Toluca, dándose la circunstancia de haberla impreso él mismo en unión de su esposa, que hasta á aprender ese oficio les llevó á entrambos la estrechez en que vivían. Más tarde vió la luz pública otra edición en Barcelona, y desde entonces acá no una sinó muchas fueron las que se imprimieron en Europa y América, pues puede decirse con razón sobrada que Heredia ha sido uno de los poetas que mayor popularidad han alcanzado.

Fué la vida del cantor del Niágara agitadísima en extremo. Así lo reconoce el mismo, cuando en uno de sus prólogos nos manifiesta que á los veinticinco años había sido maestro de lenguas, historiador, magistrado, viajero, conspirador y poeta.

Falleció Heredia en Toluca el 12 de Mayo de 1839. En su sepulcro se leía la siguiente inscripción, escrita por Lacunza, si mal no recordamos:

" Su cuerpo envuelve del sepulcro el velo,
Pero le hacen la ciencia, la poesía
Y la pura virtud que en su alma ardía
Inmortal en la tierra y en el cielo ".

Más tarde, asegura Carpio, que queriendo visitar, á su paso por México, la tumba del poeta, la encontró sustituída por otra. Sus restos habían pasado á la fosa común.

¡Pobre Cuba!

¿De qué te valen tus riquezas y tesoros sino tienes para comprar el suelo donde descansa uno de tus hijos más ilustres?...

Plácido y Zenea mueren fusilados; fallece Heredia pobre y fuera de la patria; á Milanés, la contemplación de los vicios y perfidias de la sociedad en que vivía, le arrebataron la razón y el juicio; Valera, Saco y tantos otros duermen el sueño eterno en estranjero suelo; Tolón y Luáces pagaron harto temprano tributo á la Parca.....

¡Pobre Cuba!

II.

Un soplo de libertad—dice Mr. Villemain,—recorre esas regiones extrañas á los cuidados de la teoría, de la ambición y de la guerra civil. Allí es donde se engrandece un poeta nacido en Cuba á principios del siglo, hijo de un jurisconsulto partidario de las ideas modernas. El niño que debía ilustrar el nombre de Heredia, era enfermizo y endeble; pero el vigor y la energía de su espíritu vencen los obstáculos de su cuerpo. Estudiando las lenguas griega y latina, bien pronto siente arder en su alma la llama de la inspiración. Conducido á Caracas, donde su padre fué nom-

brado presidente de la Audiencia Real, respirando el aire de la primera república proclamada en Venezuela, no desea más que volar al combate y empuñar la robusta trompa de Tirteo. Esperanzado con tal propósito torna de nuevo á Cuba en 1824, tratando inútilmente de conjurar los ánimos á la pelea, y perseguido por el gobierno español se vió precisado á emigrar á la América del Norte. Hasta aquí Heredia solo había cantado los sufrimientos morales de su vida, sin gloria y sin amor, visita la catarata del Niágara y entónces muestra todo el poder de su genio.

Dadme una lira ; dádmela que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración , ¡ Oh cuanto tiempo
En tinieblas pasó , sin que mi frente
Brillase con su luz ! . . Niágara hundoso ,
Solo tu faz sublime ya podría
Tornarme el don divino que ensañada
Me robó del dolor la mano impía .
Torrente prodigioso , calma , acalla
Tu trueno aterrador ; disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan ;
Y déjame mirar tu faz serena
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena .
Yo digno soy de contemplarte . Siempre
Lo común y mezquino desdeñando ,
Ansié lo terrorífico y sublime .
Al despeñarse el huracán furioso ,
Al retumbar sobre mi frente el rayo
Palpitando gocé : ví el océano
Azotado por austro proceloso
Combatir mi bagel , y ante mis plantas
Sus abismos abrir , y amé el peligro
Y sus iras amé ; mas su fiereza
En mi alma no produjo

La profunda impresión de tu grandeza.
Corres sereno y magestuoso , y luego
En ásperos peñascos quebrantado ,
Te abalanzas violento , arrebatado
Como el destino irresistible y ciégo .
¿ Qué voz humana descríbir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz ? El alma mia
En vagos pensamientos se confunde ,
Al contemplar la férvida corriente
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al ancho borde
Del precipicio altísimo ; mil olas
Cual pensamiento rápidas pasando
Chocan y se enfurecen ,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan
Y entre espuma y fragor desaparecen .
Mas llegan , saltan , el abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados ;
Crúzanse en él mil iris y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo ;
Al golpe violentísimo en las peñas
Rómpese el agua ; vaporosa nube
Llena el abismo, en torbellino sube ,
Gira en torno y al cielo
Luminosa pirámide levanta ;
Y por sobre los montes que la cercan
Al solitario cazador espanta .
Mas ¿ qué en tí busca mi anhelante vista
Con inquieto afanar ? ¿ por qué no miro
Al rededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ ay ! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa y crecen ,
Y al soplo de las brisas del océano
Bajo un cielo purísimo se mecen ?
Este recuerdo á mi pesar me viene . . .
Nada ¡ oh Niágara ! falta tu destino

Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto y delicadas rosas
Muelle placer inspiran y ócio blando
En frívolo jardín; á tí la suerte
Guardó más digno objeto, más sublime;
El alma libre, generosa y fuerte
Viene, te vé, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia,
Y áun se siente elevar cuando te nombra.
Dios! Dios de bondad! En otros climas
Vi mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban.
Por eso siempre te buscó mi mente
En la sublime soledad; ahora
Entera se abre á ti; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz baja á mi seno
De este raudal en el eterno trueno.
¡Asombroso torrente!
Como tu vista el ánimo enagena
Y de terror y admiración me llena.
¿Dó tu origen está? ¿quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el occeáno?
Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió su faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas
Y ornó con su arco tu terrible frente.
Miro las aguas que incansables corren
Como el largo torrente de los siglos
Rueda á la eternidad. Así del hombre
Pasan volando los floridos dias
Y despierta al dolor... Ay! agostada

Siento mi juventud ; mi faz marchita
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada .
Nunca tanto sentí como este día
Mi mísero aislamiento , mi abandono
Y lamentable desamor . . . ¿ Podría
Mi alma apasionada y borrascosa
Sin amor ser feliz ? Oh ¡ , si una hermosa
Digna de mi me amase ,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y mi andar solitario acompañase !
Cual gozara al mirar su faz cubrirse
De leve palidéz , y ser más bella
En su dulce terror y sonreirse
Al sostenerla en mis amantes brazos ! . .
Delirios de virtud ! ¡ Ay ! desterrado ,
Sin patria y sin amores
Solo miro ante mi llanto y dolores !
Niágara poderoso ,
Oye mi última voz ! en pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
A tu débil cantor . Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal . Pueda piadoso
Al contemplar tu faz algún viajero
Dar un suspiro á la memoria mía ;
Y yo , al hundirse el sol en occidente ,
Vuele gozoso do el Criador me llama ,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente !

Cierto es que en esta poesía no hay, como dice Villemain (*), la belleza serena del gran lírico de la antigüedad. En presencia del Etna y en la descripción

(*) Essais sur le genie de Pindare ét sur le poesie dans ses rapports avec l' elevation morale et religieuse des pleubles , par M. Villemain , de l' Institut . — París , 1859.

de los fenómenos del mar de Sicilia, Píndaro, no se acuerda de sí; no mezcla á los terrores de la Naturaleza su personalidad, ni se queja de su vida sin amor y sin gloria. Heredia, por el contrario, ve la catarata, se asombra, la mide con las fuerzas de su espíritu, y creyéndose digno de ella, la describe de manera inimitable; encuentra un simil felicísimo en los torrentes desbordados, y los años y los siglos que se precipitan á la eternidad; lamenta su juventud perdida y se acuerda de su patria; llora su triste abandono, y piensa en Dios, fuente de todo lo bello. ¿Qué más puede pedírsele á un poeta? Nosotros hallamos en esta composición una discreta distribución de partes y una lógica de sentimientos que nos encanta y enamora. La Naturaleza, su juventud, la patria, la inmortalidad y Dios:—he aquí su pensamiento.

No es esta la única poesía excelente que escribió el desventurado bardo. Otras cuenta de reconocido mérito, y hemos de tomar al acaso algunos fragmentos de ellas, seguros de lo mucho que habrá de agradecernoslo el que leyere. Comencemos por *La Tempestad.*

Huracán, huracán, venir te siento,
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del Señor de los aires el aliento...
¿Al toro no mirais? ¡El suelo escarban
De insoportable ardor sus pies heridos;
La armada frente al cielo levantando;
Y en la hinchada naríz fuego aspirando
Llama la tempestad con sus bramidos!...
Los pajarillos callan y se esconden
Al acercarse el huracán bramando

Y en los lejanos bosques retumbando
Le oyen los bosques y á su voz responden.
Llega ya; ¿no le veis? Cual desenvuelve
Su manto aterrador y magestuoso...
Gigante de los aires, te saludo
En fiera confusión el viento agita
Las orlas de tu parda vestidura...
Ved..... en el horizonte
Los brazos rapidísimos enarca
Y con ellos abarca
Cuanto alcanzo á mirar de monte á monte.
Oscuridad universal. Su soplo
Levanta en torbellino
El polvo de los campos agitado;
En las nubes retumba despeñado
El carro del Señor, y de sus ruedas
Brota el rayo veloz, se precipita,
Hiere y aterra al delincuente suelo,
Y su lívida luz ínunda el cielo...
Sublime tempestad! Como en tu seno
De tu solemne inspiración henchido,
Al mundo vil y miserable olvido
Y alzo la frente de delicia lleno.
¿Dó está el alma cobarde
Que teme tu furor?...

Heredia es ante todo un poeta descriptivo como se desprende de cuanto llevamos copiado; pero en su lira tiene también otros sonidos, y matiza sus cantos con pensamientos filosóficos, como hombre que era de instrucción y de doctrina. Ejemplos son de esto los fragmentos de un poema mejicano, y el que intituló *Placeres de la melancolía*. Pero ya los oiremos más tarde: veamos este apóstrofe con que comienza su oda al sol:

Yo te amo, sol; tu sabes cuan gozoso,
Cuando en las puertas del oriente asomas,
Siempre te saludé; cuando tus rayos
Nos arrojas fogoso
Con gloria alzado en la mitad del cielo,
Del bosque hojoso entre la sombra grata,
Me deleito al bañarme en la frescura
Que los céfiros vierten en su suelo,
Y me abandono á mil cavilaciones
De dulce y melancólica ternura,
Cuando reclinas la radiosa frente
En las trémulas nubes de occidente.

¡Que cavilaciones tan funestas, pero que apóstrofe tan bello! exclama Cánovas del Castillo, y á fé que tiene razón.

A los diez y siete años de edad, estando en Choluca escribió una composición del género descriptivo que bien puede contarse entre las mejores.

Oh cuan bella es la tierra que habitaban
Los ascetas valientes...
Sus campos
Cubren á par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo,
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinocial, se mezclan
A la frondosa vid, al píno agreste
Y de Minerva al árbol magestuoso...
Era la tarde. La ligera brisa
Sus alas en silencio ya plegaba,
Y entre la yerba y árboles dormia
Mientras el ancho sol su disco hundía
Detrás de Iztacihual. La nieve eterna
Cual disuelta en mar de oro semejaba
Templar en torno de él: un arco inmenso
Que del empíreo en el zénit finaba...

Pero ¿á qué cansarnos con nuevas citas? El objeto del presente trabajo no es estudiar una por una todas las obras de este autor, Tarea seria, aunque grata, larga y extensa y nuestro propósito no alcanza á tan to. Para señalar todas las bellezas que contienen las poesías de Heredia, nos veríamos en el caso de ser prolijos, y no esa suerte anhelan estos ligeros esbozos de biografía y de crítica.

III.

Como asegura Villemain, ese soplo de libertad ese deseo de independencia que había recorrido las vastas regiones de América, animaba á Heredia en sus postrimerías, y exaltando su imaginación le dicta una epístola *A Emilia,* por demás galana en su forma poética, y por desgracia nacida de político intento:

Pluguiera al cielo, desdichada Cuba,
Que tu suelo tan solo produgera
Hierro y soldados... La codicia ibera
No tentáramos, nó... Patria adorada
De tus bosques al aura embalsamada
Es al valor y á la virtud funesta.

Peligroso asunto es este que trata nuestro poeta. Empapado en las ideas de la revolución francesa, con el ejemplo de todos los pueblos sud-americanos que se habían emancipado de la metrópoli, desea y pide la libertad y la independencia de Cuba, conspira por alcanzarla,

Que no en vano entre Cuba y España
Tiende inmenso sus olas el mar;

y viendo la inutilidad de sus esfuerzos, censura la molicie de su pueblo, reniega de su clima ardoroso y enervante, y se refugia en los Estados-Uidos del Norte, donde se conceptúa libre de tiranos y esclavos, sin escuchar el crugir de los azotes ni las lamentaciones del oprimido.

Por esta época el país que tomaba por modelo, llevaba en su seno escondida la serpiente de la esclavitud, con lo cual dicho queda que había allí también señores y esclavos.

Pero ¿por qué detenernos más tiempo en estos versos políticos? Todos ellos, ó casi todos, son intachables en su forma, y contienen bellezas dignas de estudiarse. Heredia es un poeta expansivo y en las magníficas descripciones que traza, raya á grande altura. Sus lamentos de dolor, puede que tengan algo más de convencionales que de ciertos; pero no es posible dejar de reconocer que ficticios ó verdaderos, están expresados con gallarda dicción y con fino y levantado estro.

IV.

El presentimiento de una enfermedad terrible,—dice Cánovas del Castillo,—antes que la enfermedad apareciese, tendió un velo de honda y dolorosa melancolía sobre todos los sentimientos y todos los pensamientos de Heredia. Aquel cuerpo cobarde y aquel

valiente espíritu; la materia sedienta de reposo, y el espíritu que incesantemente anhelaba por movimiento y acción; el cuerpo que se quedaba y el alma que se iba; emprendieron así una tremenda lid, fecunda en ayes, en gritos de desesperación, en gotas de llanto, y para avivarla, hervían en derredor de aquella naturaleza agonizante, como visiones de calentura, el patriotismo, el amor y la gloria que vino á alumbrar como tibio sol de invierno, la vida de Heredia, la curiosidad devoradora de las ciencias, los mortales halagos de las mujeres, la vanidad y el despecho, la generosidad, la ambición y la ternura. A los diez y siete años Heredia era un cáos; sus hombros no podían sostener su cabeza, y el peso de ella inclinaba su cuerpo á la tierra, como al fruto demasiado, se doblan y caen tronchadas tal vez las ramas tiernas y el árbol de flacas raices (*).

Hizo Heredia algunas traducciones é imitaciones notables, luchando en ellas su propio talento é inventiva con las bellezas del original. En el canto á Napoleón de Delavigne, notamos este rasgo, digno de un poeta castellano:

Vanamente en las lides ya te fuera
La España generosa,
De gloria y de peligros compañera,
Esclava la anhelaste...
Mas, no; sus sacerdotes, sus guerreros
A la lid mútuamente se excitaron
Supersticiosos, fieros,
Los pueblos al clamor se levantaron...
Los hijos nobles de Pelayo fuerte.

(*) Cánovas del Castillo. *Revista Española de Ambos Mundos.*

Entre las traducciones merece también citarse este rasgo feliz de una poesía de Hugo Fóscolo, que vertió asímismo á nuestra lengua el erudito Menéndez Pelayo:

. . . el caro nombre
Conserva el mármol ó la piedra humilde ,
Y árboles odoríferos , floridos
Con blanda sombra las cenizas bañan . . .
Sólo quien al amor negó su pecho
Se encuentra en la tumba . . .
Su polvo
Cubren los cardos y ominosa ortiga ,
Que sobre las reliquias de los muertos
Jamás brotaron apacibles flores
Sino las riega del afecto el llanto .

Debátese por algunos si es ó no, en efecto, una imitación del poema de Legouvé *Les merites des femmes,* el que bajo idéntico título dió á la estampa el cantor del Niágara. Para nosotros no hay duda. La obra de Heredia tiene pasajes notables, quizás algunos de ellos originales; pero el plan y el método empleados en la composición, y el asunto que comprende, todo es del poeta francés. Su mismo autor así nos lo manifiesta, cuando asegura que "se resolvió á componer un poema bajo el mismo plan, imitando en él algunos trozos felices... porque no es justo adornarse con joyas agenas, sin confesar á quien pertenecen."

Concluyamos.

El poeta de Santiago de Cuba es el más notable de cuantos pulsaron la lira en la infortunada tierra de Hatuey. Había estudiado profundamente á Quin-

tana, según Cánovas del Castillo, á quien debió su consistencia y su flexibilidad admirable, sus cortes atrevidos, sus pausas de armonía, todo lo que presta á sus cantos los mejores acentos de la musa castellana. Heredia lleno de fé y de inspiración, se atreve á luchar con Quintana; le toma sus giros, sus arranques, lo sigue más bien que lo imita, con más intento de vencerlo que de someterse á él. Y justo es decirlo, Heredia sale glorioso de la lucha; su silva al Niágara puede compararse con cualquiera de las de Quintana, aunque sea con la del *Mar*, ó con la de la *Imprenta*. (*)

Dice Piñeyro, en sus *Estudios y conferencias*, que llamarle el primer poeta de América, sería quizás mucho aventurar y provocar inútiles comparaciones; pudiendo, empero, afirmarse que ningún vate ni en el Norte ni en el Sur del mundo de Colón, se remonta más alto que él en sus buenos momentos; ni Bryant ó Longfellow, Bello ù Olmedo, pueden, en conjunto, considerarse con más estro que Heredia. Superior á Zequeira y Ruvalcaba, sus antecesores, se manifiesta grande y sublime cuando describe; apasionado y tierno cuando llora la inconstancia de su amor, la soledad de su alma ó la desventura de la patria. Afean sus versos algunas asonancias, fáciles de evitar; pero que por lo que se repiten en casi todas sus composiciones, vienen á formar parte de la fisonomía poética de este autor; también se notan algunos prosaismos y figuras harto atrevidas, que en buena lógica no pueden admitirse, como aquella, en la que, dirigiéndose al sol, le llama padre del ser y del amor y de la vida...

---

*) *Revista Española de Ambos Mundos.*

Todo eso quizá tenga su explicación en lo efímero y agitado de su existencia, en lo revuelto de su vida de conspirador y de emigrado, Con más calma y sosiego hubiera purgado sus versos de estas pequeñas faltas, que á pesar de serlo, en nada empañan ni amenguan el mérito extraordinario de este

" astro eclipsado en su primer mañana , "

como poéticamente le llama su compatriota *Tula* (Gertrudis Gomez de Avellaneda).

Bello, en su *Repertorio americano*, juzga que los cantos de nuestro bardo, guardan cierta semejanza con los de Byron, por el tinte melancólico y sombrio que los domina, y el enérgico y varonil esfuerzo que revelan... No lo negamos; pero habrá de convenir con nosotros el que leyere, que la entonación briosa de sus cántigas, su brillante forma y lujoso atavío de voces y vocablos, es enteramente castellana y se refleja en las odas de Rioja, Quintana y Gallego, como así lo reconoce Menendez Pelayo, añadiendo que fué Heredia un poeta de estro fácil y abundante y de limpio y terso lenguaje, viviendo *El Huracán* y *El Niágara*, cuanto dure la hermosa lengua castellana.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Musa velat mori.

I.

De muy antiguo nos viene, y eso habrá de perdonárseno si en parquedad incurrimos, mirar con cierta prevención toda obra de mujer antes de examinar el mérito que encierra. Y decimos esto, no porque abriguemos la opinión, por demás absurda, desacreditada ya, de que toda clase de ilustración es perniciosa á las mujeres, sinó porque, acostumbrados á leer páginas detestablemente escritas y firmadas por nuestras modernas poetisas, temerosos andamos, siempre que á nuestras manos llegan sus producciones, como aquel que engañado una vez, trata de precaverse y percatarse contra nuevo engaño. Mas no sucede esto, y alejamos del ánimo toda sospecha, deleitándanos en su lectura, si tropezamos con

las obras de Carolina Coronado, Fernan Caballero y otras, entre las que encontramos muy gustoso mencionar aquí á la Sra. Pardo Bazán, gallega de nacimiento, á lo que sabemos, y castiza por sus cuatro costados, y muy discreta y atinada en el plan y desempeño de sus obras, y la que ocupa, por su talento y su ilustración, uno de los más codiciados puestos de nuestra literatura.

En nuestra patria, á pesar de la afición á la amena lectura que tiene el bello sexo, y la no pequeña inclinación al estudio de los idiomas extranjeros, vemos, con no poca extrañeza, que muy contadas son las que despuntan por hacer versos, aunque muchas se atrevan á publicarlos con indiscreto alarde. Empero, el Parnaso cubano, cuenta con celebradas poetisas, y servir puede de ejemplo Luisa Perez Montes de Oca, viuda á estas fechas de Ramón Zambrana, médico, catedrático, periodista y literato, todo ello con mejor voluntad que desempeño (*). También Raquel (Matilde Troncoso) escribe con bastante corrección; pero lo hace, por lo general, en prosa, aunque con el tono altisonante del misticismo que arroba su alma profundamente cristiana. Y si no estuviéramos convencidos de que el cumplimiento de los de-

---

(*) Debemos reconocer su benéfica influencia en las letras de Cuba. Era hombre estudioso y discreto, pero carecía de genio. Escribió mucho, y entre tantos escritores como hubo en Cuba, bien puede Zambrana figurar honrosamente. Compuso poesias regulares, algunas de ellas muy estimables. Tiene un romance por demás sonoro que comienza así:

Pues es crisol del idioma
El primoroso romance,
Donde el estilo se pule
Y se ennoblece la frase, etc.

beres domésticos y conyugales no está reñido, ni tiene para que estarlo, con el cultivo y afición á las Bellas Letras, nos alejaría de toda duda el estudio que intentamos hacer de la vida y de las obras de Gertrudis Gomez de Avellaneda, á quien concede D. Juan Nicasio Gallego "la primacia sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en éste, como en los pasados siglos."

II.

Había cumplido diez y ocho años—dice la Avellaneda en sus memorias—y excepto leer y escribir, y representar tragedias, nada sabía. Todos los desvelos de mi madre por hacerme progresar en la música, y el dibujo no habían podido llevarme más lejos que á tocar de memoria algún wals, á cantar algunas arias de Rossini con más expresión que arte, y á pintar mal algunas flores. Mi maestro de aritmética me había declarado incapáz de conocer los números; mi profesor de gramática me decía que era imposible hacerme comprender una sola regla; en fin, cuantos se habían encargado de mi educación parecían convencidos de mi ineptitud para todo; y, sin embargo, yo escribía y hablaba con más corrección de la que es común en mi país, y, no obstante mi natural desidia para aprender, tenía sed ardiente de saber, y leía mucho y pensaba mucho."

Tales son los rasgos fisonómicos con que ella misma se nos presenta. Ese abandono, el poco apego

á los estudios serios y formales, todo debía desaparecer bien pronto; pues á los veinte y cinco años de edad, dejándose en Cuba su soñadora pereza é indolencia, establecida en la córte, respirando en aquella atmósfera de entusiasmo que reinaba entonces, su alma se enciende en viva luz, su mente se inflama y brotan de su pluma poesías llenas de inspiración y de buen gusto; estudia con afan nuestra lengua, sorprende sus más bellos encantos en las obras de nuestros poetas, y llama hacia sí la admiración de todos.

¡ Perla del mar , estrella de Occidente ,
Hermosa Cuba , tu brillante cielo
La noche cubre con su opaco velo ,
Como cubre el dolor mi triste frente .
¡ Voy á partir ! . . . La chusma diligente ,
Para arrancarme del nativo suelo ,
Las velas iza , y pronta á su desvelo
La brisa acude de tu zona ardiente .
¡ Adios , patria felíz , eden querido ;
Doquier que el hado en su furor me lleve ,
Tu dulce nombre halagará mí oído .
¡ Adios ! . . . Ya cruge la turgente vela . . .
El ancla se alza , el buque estremecido ,
Las olas corta y silencioso vuela .

¿No es verdad que esta composición tiene todo el perfume de nuestros mejores poetas del siglo diez y siete? Pero la Avellaneda había nacido en otra época, y llevaba en el fondo de su alma el germen de todo pesar; ese no sé qué, mezcla de fastidio y abatimiento que todos sentimos, cuando contemplamos la pasmosa rapidéz con que pasan las risueñas y alegres horas de la juventud. Ejemplos de esto son *La Contemplación*,

La Luna y *El Cementerio;* reconócelo ella así, cuando en otro de sus mejores sonetos exclama:

En vano ansiosa tu amistad procura
Adivinar el mal que me atormenta;
En vano, amigo, conmovida intenta
Revelarlo mi voz á tu ternura.
Puede explicarse el ansia, la locura
Con que el amor sus fuegos alimenta...
Puede el dolor, la saña más violenta
Exhalar por el labio su amargura.
Mas de decir mi malestar profundo
No halla mi voz, mi pensamiento, medio,
Y al indagar su origen, me confundo;
Pero es un mal terrible, sin remedio,
Que hace odiosa la vida, odioso el mundo;
Que seca el corazón... en fin, es tedio.

No hemos de buscar el fundamento de estas quejas, el motivo de estos disgustos. A poco que nos detuviéramos á analizar todas las vicisitudes porque pasó, sobrados desengaños hallaríamos; pero no queremos ir tan allá; nos basta reconocer su mal, saber que esa enfermedad no se apoderó solamente de la Avellaneda, sino que la llevamos inoculada en nuestra sangre los que en este siglo nacimos; que es una dolencia general, hija tal vez del estado de duda en que nos hallamos, rota y maltrecha la estátua de la fé, por esa fiebre de saber y de investigación que nos devora. En otros tiempos, cuando se apoderaba de nuestro espíritu, en las soledades del cláustro hallábase su remedio, y allí entre mil salmodias religiosas, entre aquellas nubes de incienso que se elevaban al cielo, iluminados por la incierta luz que penetraba

por los cristales de colores que cerraban el gótico rosetón, el ánima apenada y perturbada recobraba la salud, y se volvía con nuevo esfuerzo á la tarea de la vida. Hoy... el bullicioso ruído de los talleres, el crugir incesante de la locomotora, que nos llama y anuncia constantemente las grandezas de este siglo; hoy, cuando el ansia del saber nos sumerge en el mar borrascoso de la duda, y sentimos en el fondo del corazón ese tedio que hace odiosa la vida y odioso el mundo, según la frase del poeta, todos esos portentos de la civilización que alcanzamos, brillante, deslumbradora y gigantesca, no nos dan la paz deseada, no nos curan nuestro espíritu enfermo y triste, no nos dejan ¡sabroso engaño! ser felices y vivir dichosamente.

Pero volvamos á abrir el libro, y así encontraremos consuelo á nuestros pesares. Oidla en la muerte de Heredia:

Voz pavorosa en funeral lamento
Desde los mares de mi patria vuela
A las playas de Iberia ; tristemente
En son confuso la dilata el viento ;
El dulce canto en mi garganta hiela ,
Y sombra de dolor viste mi mente .
¡ Ay ! que esa voz doliente ,
Con que su pena América denota ,
Y en estas playas lanza el Occéano ,
¡ Murió , pronuncia, el férvido patriota !
¡ Murió , repite , el trovador cubano !
Y un eco triste en lontananza gime :
¡ Murió el cantor del Niágara sublime !
. . . . . .
¡ Patria , númen feliz , nombre divino ,

Ídolo puro de las nobles almas,
Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino...
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?

. . . . . .

¡Silencio! de los hados la fiereza
No recordemos en la tumba helada,
Que lo defiende de la injusta suerte.
Ya reclinó su lánguida cabeza,
De genio y desventuras abrumada,
En el inmóvil seno de la muerte.
¿Qué importa el polvo inerte,
Que torna á su elemento primitivo,
Ser en este lugar ó en otro hallado?
¿Yace con él el pensamiento altivo?

. . . . . .

No más, no más lamente
Destino tal nuestra ternura ciega,
Ni la importuna queja al cielo suba...
¡Murió!... A la tierra su despojo entrega,
Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba.
¡Que el genio, como el sol, llega á su ocaso
Dejando un rastro fúlgido á su paso!

¡Qué rasgos tan sublimes de sentimiento! ¡Qué versos tan hermosísimos! No cabe más dolor, más conformidad cristiana. ¿Y hemos de entretenernos en examinar todas sus obras? Si tratáramos de un poeta desconocido ú olvidado, nos ocuparíamos más en el examen de sus versos; pero hablando de la Avellaneda, á quien todos admiran y conocen, debe sernos permitido no entrar en perfiles críticos, al presente innecesarios, y, á la postre, poco adecuados á la índole de este libro.

Enrique Piñeyro, que es, sin disputa, un exce-

lente crítico, al darnos noticia de la muerte de esta celebrada poetisa, hace algunas consideraciones acerca de sus obras, muy dignas, como suyas, de tenerse en cuenta. En cuanto al carácter peculiar de su lírica estamos conformes en afirmar como notas características la virilidad, la fuerza y el vigor, hasta el punto que, como asegura Piñeyro, sinó supièramos el nombre del autor, no se nos pasaría por las mientes atribuirlo á una mujer. Después de algunas indicaciones sobre el teatro de la Avellaneda, en que compara el *Alfonso Munio* y el *Saúl* á las tragedias de Alfieri, el más viril y crudo de los poetas italianos, concluye de esta manera: "Nadie en Cuba ni en el resto de la Amèrica latina, ha escrito como ella. Ni Barat, ni el mismo Bello, á pesar de su cabal conocimiento de la lengua y de su sintáxis, supieron penetrar tan completamente hasta la esencia del génio literario español, y encontrar sin esfuerzo acentos tan genuinamente castellanos, tan parecidos á los de Herrera y Luis de León, sin pedantesca afectación de arcaísmo, con todo el calor y el vigor de la sávia moderna."

III.

Nació Gertrudis Gomez de Avellaneda en 1816 en la ciudad de Puerto-Príncipe, y muy joven aun empezó á distinguirse por sus buenos versos; pero el genio necesita mayor espacio donde tender sus alas, y la inspiración robusta y varonil de la hija del Camagüey, se ahogaba en el estrecho círculo de su pueblo

natal, y por eso la vemos correr á Europa, establecerse en Madrid, y allí, estudiando con detenimiento las obras de los maestros, trabando amistad con los más distinguidos literatos, recoger señalados triunfos en el Liceo, ser aplaudida en el teatro (*) y coronada de laurel y oro en nombre de doña Isabel de Borbón. "La corona triunfal del Tasso—dice Pastor Díaz—había adornado solamente un ataud; el áureo laurel de nuestra escritora fuè su guirnalda nupcial; guirnalda, empero, que estaba fatalmente destinada á colocarse también en el mármol de un sepulcro." Y así fué; casada con D. Pedro Sabater, diputado á Córtes y jefe político en aquella época, vió sonreir la muerte en los

---

(*) Entre sus obras dramáticas, la que más fama goza es la titulada *Alfonso Munio*. Cuéntase de ella, que, asistiendo á una de sus primeras representaciones cierto académico, tuvo la buena ocurrencia—que tambien los académicos suelen tener buenas ocurrencias—de exclamar, notando la valentía de los versos y lo pujante de la frase: «¡Es mucho hombre esta mujer!»

No solo en los Ateneos de la córte halló tal acogida. A su regreso á Cuba, después de algunos años, relata el Sr. Balmaseda el recibimiento que se le hizo en el Liceo de la capital. «La Habana ha presenciado, llena de júbilo, una de esas grandes solemnidades que forman época en la historia de los pueblos y que son, sin duda, sus más bellos títulos de gloria. El Liceo, legítimo representante de las letras en Cuba, quiso enaltecerlas otorgando una corona de laurel de oro á la poetisa eminente Sra. D.ª Gertrudis G. de Avellaneda, nacida en nuestro suelo... Delante del Excmo. Sr. Presidente, en una mesa con tapete de damasco, se veía la rica corona... En una de sus cintas se hallaba esta inscripción: *El Liceo de la Habana á Gertrudis Gomez de Avellaneda. Año de 1860.*—Reinó un instante profundo silencio, y adelantándose el Sr. Betancourt, leyó un discurso en que hizo resaltar las eminentes dotes de nuestra renombrada poetisa. En seguida la Sra. de Zambrana nos hizo oir un soneto que habia improvisado; D. Francisco Gil Miranda recitó una oda compuesta por Fornáris y otra de Zafra. Lo avanzado de la hora no permitió continuar la lectura de las demás poesías; y poniéndose en pié el Excmo. Sr. Presidente y cuantos en la escena estábamos, tomó S. E. la corona, pasándola á manos de la Condesa de Santo-Venia y Sra. de Zambrana, quienes la colocaron en las sienes de la ilustre poetisa, hiriendo el aire al mismo tiempo un himno, letra de Betancourt y música del profesor García. Al terminar el canto, la Avellaneda, visiblemente conmovida, se adelantó al proscenio y pronunció una preciosa poesía, llena de sentimiento, quedando ahogadas sus últimas frases por lo entusiastas aplausos de la concurrencia.»

umbrales de su matrimonio. Pero llegó entonces en auxilio suyo el angel de la religión, y en su viudéz y desconsuelo se encerró por algunos meses en el convento de Nuestra Señora de Loreto, en Burdeos, fortaleciendo su fe con la vida austera del claustro y las meditaciones de la soledad. Y aunque aparece de nuevo en Madrid, nótase de seguida en sus producciones cierto tinte melancólico, marcándose señaladamente en ellas la exaltación religiosa que se había apoderado de su espíritu.

Después, sérios disgustos con motivo de una resolución tomada por la Academia, en hora en que había presentado su candidatura, hicieron que nuestra poetisa, llevada de desdeñosa soberbia, escribiese los artículos intitulados *La Mujer* y el drama *Oráculos de Talía,* en los cuales se echa de ver la impresión que este suceso había producido en su alma.

Contrayendo segundas nupcias á los nueve años de su viudéz, con el coronel de artillería D. Domingo Verdugo Massieu, vió deslizarse los tres primeros años de esta unión entre placeres y alegrías. Pero nada hay eterno en este mundo. El mónstruo de la política había envuelto en sus redes á Verdugo, y á la caída de O'Donnell, fué víctima de un atentado, que le puso á los bordes del sepulcro.

Las brillantes muestras de consideración y de aprecio que recibía de todas partes, no eran punto á disipar la amarga zozobra de su ánimo; y después de veintitres años de ausencia, con la esperanza de que el cambio de clima favoreciese á su querido enfermo, atravesó el Atlántico, voló á Cuba, y allí recibió mayores muestras, si cabe, de la estima que todos indis-

tintamente le profesaban. Inútil afán y engañoso remedio. Ni la influencia del clima, ni los cuidados de su consorte, fueron bastante á detener el curso rápido y fatal de la enfermedad de Verdugo, que le preparaba un desenlace funesto, y acaecida su mnerte, vistió la Avellaneda la negra toca de la viudéz, pasó á la Península, estableciéndose en Sevilla, donde vivió hasta que en 1873, con general sentimiento de todos los amantes de las letras, dió el último adios á la vida.

De propósto no hemos señalado detenidamente sus obras, queson muchas para hablar de ellas con tan poco sosiego, como escribimos, y muy importantes las más para ser tratadas por nuestra humilde pluma. Celebrada por Villemain, que la llama heredera de la lirade Fr. Luís de León; elogiada por Durieu; aplaudida por Quintana, Gallego y otros varones no menos distinguidos en la república literaria, ¿qué nos restadecir á nosotros en alabanza suya y en provecho de sus obras....?

Concluyamos estos breves apuntamientos y esbozos, repitiendocon Pastor Diaz:

"Fué unode los poetas más ilustres de su nación y de su siglo; fué la más grande entre las poetisas de todos los tiempos; fué uno de los escritores que más realzaron el lutre y la majestuosa pureza del habla castellana; fu una mujer muy hermosa; fué hija y hermana ejerplar; fué excelente esposa; fué buena, constante y terna amiga".

16 de Enero de 878.

GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDÉS.

(PLÁCIDO).

I.

QUIÉN no ha oído nombrar á este desgraciado poeta? Es el más popular de toda la América latina; sus cantos corren por todas partes; los que los ignoran, los adivinan.

Nació en la Habana en 18 de Marzo de 1809. De condición humilde, tostado color y pelo rizo, sin instrucción ninguna, iluminado por el genio, se lanzó al campo de las letras. Su lira, según la feliz expresión de un crítico, semejante á la estátua de Memnón, resonaba al soplo de la brisa. Con más entusiasmo y fé que ningún otro, aspirando á ser poeta clásico, estudió las obras de Martinez de la Rosa, imitándole frecuentemente.

Los redactores de *Cuba Poética*, que todo lo encomian, como si todo fuese digno de aplauso, aseguran, con una candidéz que causa risa, y una ignorancia que produce enfado, que los sonetos de *Plácido*

pueden ser comparados con los de Lope, Argensola y Quevedo. Es el soneto una de las combinaciones métricas, en que se estrellan los mejores poetas. ¿Què había de suceder á Valdés? En la edición que tenemos á la vista encontramos treinta y dos, y en Dios y en nuestra ánima aseguramos que los más nos parecen detestables, y los menos, regulares, y nada más que regulares. Verdad es que presenta algunos con rasgos muy felices, como estos tercetos que tomamos del que titula *La Sombra de Mina delante de Bilbao:*

" Añada en mi sepulcro el vate ibero
Un triunfo más á mi brillante historia".
Dijo la sombra del audaz guerrero;
Y fijando el laurel de la victoria
En las sienes del ínclito Espartero,
Voló serena al templo de la gloria.

Y también no deja de mostrar belleza de arte en los discretéos de amor que canta:

Mira, mi bien, cuán mústia y deshojada
Está con el calor aquella rosa
Que ayer brillante, fresca y olorosa,
Puse en tu blanca mano perfumada.
. . . . . .
Que habiendo en este mundo tal mudanza,
¿Sólo en tu corazón habrá firmeza?

Son asimismo excelentes estos seis versos con que termina *El Canario:*

Cubre aquel seno con tus alas de oro,
Donde oculto el amor placer respira;
Abre tu pico de coral sonoro;

Cuéntala el gozo que su edad me inspira ;
Y entrega para siempre á la que adoro
Mi corazón , mis versos y mi lira .

Entre los que cita Fornáris en su *Libro de elogios mútuos,* es el mejor el de la *Muerte de Gesler,* y sin embargo, notamos en él un verso prosaico y antigramatical, que de propósito señalamos:

Tórnanle á *echar* las ondas y los viéntos .

Por lo demás, el soneto es bueno y merece aplauso. No así sucede con la *pampirolada* dirigida á don Martín Arredondo, improvisada, y, por más señas, con acróstico y final forzado. En ella no sabemos qué admirar más si el mal gusto y detestable costumbre literaria del autor, ó la estupidéz de quien coleccionó sus obras. Y para que el lector no vaya á creer que hay exageración en nuestras palabras, vamos á copiarlo aquí:

AL SEÑOR D. MARTÍN ARREDONDO .

Marcial , feliz , benéfico y human
Apareces sublime y generos
Rápido como el rayo estrepitos
Tolerante en juzgar como Trajan
Ilustre , fuerte , ardiente american
Naciste á inmediación del yaque undos
Amigo dulce , militar glorios
Ragaste las enseñas del tiran
En calma sin igual goza adormid
Del lauro inmarcesible que has ganad
Orgulloso de haberle merecid
Nunca el dolor te aqueje , y extasiad
Dijo querub del cielo descendid
Orne tu frente de arrayan sagrad

o

Mentira parece que en pleno siglo XIX pueda imprimirse este soneto en las obras de un poeta á quien se trata de honrar!

II.

"Plácido—dice Salas y Quiroga—es un hombre de genio... un peinetero de Matanzas, un ser humilde... Al través de la incorrección de su lenguaje hay chispas que deslumbran, y no conozco poeta americano ninguno, incluso Heredia, que pueda acercársele en genio, en inspiración, en hidalguía y dignidad". No podemos estar conformes con esta opinión. Asegurar que Valdés es superior á Heredia nos parece una blasfemia literaria ó una galantería de mal gusto, faltando á sabiendas á la verdad. ¿Y cómo podía suceder otra cosa, cuando su misma condición humilde, su nacimiento, engendro y fruto de ilícitos amores de una bailarina española y un mulato, el abandono de su madre, la pobreza en que cayó el autor de sus dias, y la general preocupación que existe en Cuba de mirar, en cierto modo, con mengua y repugnancia á la gente de color, le alejaban de todo comercio literario, de todo trato y beneficioso estudio, teniendo que trabajar día y noche para alcanzar un mezquino pasar, y no caer en brazos de la miseria?

Diga Salas y Quiroga que Plácido tenía un temple de alma extraordinario; que su lira hallaba suaves matices que reflejar en su imaginación cándida, apasionada y ardiente; que modulaba dulces canciones

que le recordarán siempre; pero dèjese por Dios de comparaciones enojosas, que á nada conducen, ni ilustran, ni dan, ni quitan más valor al poeta que las inspira, ni al interés que las mueve.

Ninguno con más entusiasmo cantó á Cristina y á Isabel, y en el corto espacio de su vida literaria lo hizo *trece veces* nada menos, exclamando después en una epístola al Marqués de Casa Calvo, con no lúcido estro:

No con aquella *degradada* lira,
De ingratas cuerdas y oropel cubierta
Con que tan sin razón y sin justicia
Aplausos suelo prodigar, *malgrado*
De mi *fiel* corazón, en voz *ficticia*
Celebraré tu mérito elevado.
. . . . . .
. . . . . .
No la *adulante humillación* me inspira,
Ni el *sórdido interés;* jamás mi canto
Se postró del poder ante las aras,
Ni su voz imperiosa oyó temblando.

Lo cual no le quitó que el dulce y sentido Milanés escribiese los siguientes versos, en los que se trasparenta una alusión bien clara á la conducta del poeta.

¡ Torpe ! que á su pensamiento
Siendo libre como el viento
Por alto don ;
Le corta el ala, se oculta
Y en la cárcel le sepulta
Del corazón.

Difícil nos sería escoger aquellas composiciones

que libres de defectos estuvieran, y vano fuera nuestro propósito si intentáramos tal cosa. Los versos de este poeta no se distinguen por la corrección, y no en grave apuro nos encontráramos si tratásemos de probar esto mismo. Leed *La Flor de la caña,* esta preciosa letrilla, por demás recomendable, y os convenceréis de lo que decimos. Hay en ella gracia, expontaneidad, sentimiento y belleza; pero hay en ella también prosaísmos, versos defectuosos, ripios y lunares de fácil remedio. Veámosla:

Yo ví una veguera
Trigueña, tostada,
Que el sol envidioso
De sus *lindas gracias*,
O quizás bajando
De su esfera sacra
Prendado de ella,
Le quemó la cara.
Y es tierna y modesta
Como cuando saca
Sus primeros tilos
La flor de la caña.

La ocasión primera
Que la vide, estaba
De blanco vestida
Con cintas rosadas.
Llevaba una gorra
De brillante paja,
Que tejió ella misma
Con sus manos castas
Y una hermosa pluma,
Tendida, canaria,

Que el viento mecía
Como flor de caña.

Su acento divino,
Sus labios de grana,
Su cuerpo gracioso,
Ligera su planta,
Y las rubias hebras
Que á la merced vagan
Del céfiro, brillan
De perlas ornadas,
Como con las gotas
Que destila el alba
Candorosa ríe
La flor de la caña.

El domingo antes
De Semana Santa
Al salir de misa
Le entregué una carta,
Y en ella unos versos
Donde la juraba,
Mientras existiera,
Sin dobléz amarla.
Temblando tomóla
De pudor velada,
Como con la niebla
La flor de la caña,

Halléla en el baile
La noche de Pascua;
Púsose encendida,
Descogió su manta
Y sacó del seno

Confusa y turbada ,
Una petaquilla
De colores varias .
Diómela al descuido ;
Y al examinarla ,
He visto que es hecha
Con flores de caña

En ella hay un rizo
Que no lo trocára
Por todos los tronos
Que en el mundo haya ;
Un tabaco puro
De MANICARAGUA,
Con una sortija
Que ajusta la CAPA ;
Y en lugar de TRIPA ,
Le encontré una carta
Para mí más bella
Que la flor de caña .

No hay ficción en ella ,
Sinó estas palabras :
" Yo te quiero tanto
Como tú me amas " .
En una reliquia,
De rasete blanca ,
Al cuello conmigo
La traigo colgada
Y su tacto quema
Como el sol que abrasa
En Julio y Agosto
La flor de la caña .

Ya no me es posible
Dormir sin besarla,
Y mientras que viva
No pienso dejarla.
Veguera preciosa,
De la tez tostada,
Ten piedad del triste
Que tanto te ama,
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas
Sufriendo vaivenes
Como flor de caña.

Juro que en mi *pecho*
Con toda eficacia
Guardaré el *secreto*
De nuestras dos almas;
No diré á ninguno
Que es tu nombre Idalia;
Y si me preguntan
Los que saber ánsian
Quién es mi veguera,
Diré que te llamas,
Por dulce y honesta,
La flor de la caña.

No es ciertamente esta poesía la más popular y aplaudida que escribió. Su *Adiós á la lira* y la *Plegaria á Dios* son las que de mayor fama gozan; y no sin fundado motivo, pues las circunstancias en que fueron escritas, las angustias y desvelos de Plácido, la próxima terminación de su vida y el valor intrínseco de estas dos composiciones, bastan á justificar la nombradía de que gozan.

Pero copiémoslas aquí, y así podrá formarse de ellas mejor idea el que leyere:

ADIÓS Á MI LIRA.

No entre el polvo de inmunda bartolina
Quede la lira que cantó inspirada,
De lirios y laureles coronada,
La gloria de Isabel y de Cristina;
La que brindó con gracia peregrina
La *siempreviva* al cisne de Granada;
No yazga en polvo, nó, quede colgada
Del árbol santo de la Cruz divina.

Omnipotente Ser, Dios poderoso,
Admitidla, Señor, que si no ha sido
El plectro celestial esclarecido
Con que os ensalza un querubín glorioso,
No es tampoco el laud prostituído,
De un criminal perverso y sanguinoso;
Vuestro fué su *destello* luminoso
Vuestro será su postrimer sonido.

Vuestro será, Señor; no más canciones
Profanas cantará mi estro fecundo;
¡Ay! que me llevo en la cabeza un mundo;
Un mundo de escarmiento y de ilusiones;
Un mundo muy distinto de este sueño,
De este sueño letárgico y profundo
Antro quizás de un genio furibundo,
Sólo de llantos y amargura dueño.

Un mundo de pura gloria
De justicia y heroismo,
Que no es dado á los profanos
Presentir mundo divino,
Que los hombres no comprenden,
Que los ángeles han visto,
Y aún con haberlo soñado
No lo comprendo yo mismo.
¡ Acaso entre breves horas,
Cuando divise el empíreo
Postrado ante vuestro trono,
Veré mis sueños cumplidos!
Y entónces, vueltos los ojos
A esta mansión de delitos,
Os daré infinitas gracias
Por haber de ella salido.
En tanto, quede colgada
La causa de mi suplicio:
Es un ramo sacrosanto
Del que hicisteis vos divino.

¡ Adiós, mi lira! A Dios encomendada
Queda de hoy más... ¡ adiós!... ¡ yo te bendigo!
Por tí, serena el ánima inspirada,
Desprecia la crueldad de hado enemigo;
Los hombres te verán hoy consagrada;
Dios y mi último adiós queden contigo;
Que entre Dios y la tumba no se miente.
¡ Adios, voy á morir!... ¡ muero inocente!

PLEGARIA Á DIOS.

Sér de inmensa bondad, Dios poderoso,
A vos acudo en mi dolor vehemente,
Extended vuestro brazo omnipotente;
Rasgad de la calumnia el velo odioso,

Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente .

Rey de los reyes , Dios de mis abuelos ,
Vos sólo sois mi defensor , Dios mio ;
Todo lo puede quien al mar bravío
Olas y peces dió , luz á los cielos ,
Fuego al sol , giro al aire , al Norte hielos ,
Vida á las plantas , movimiento al rio .

Todo lo podeis vos , todo fenece ,
O se reanima á vuestra voz sagrada ;
Fuera de vos , Señor , el todo es nada ,
Que en la insondable eternidad perece ;
Y aun esa misma nada os obedece ,
Pues de ella fué la humanidad creada .

¡ Yo no os puedo engañar , Dios de clemencia !
Y pues vuestra eternal sabiduría
Ve á través de mi cuerpo el alma mía ,
Cual del aire á la clara trasparencia ,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus alas la calumnia impía .

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío ,
Y que los hombres mi cadáver frio
Ultrajen con maligna complacencia ,
Suene tu voz , y acabe mi existencia ! . . .
¡ Cúmplase en mi tu voluntad , Dios mío !

Tambien merece citarse con particular encomio

su precioso romance *Jicotencal,* obra bastante acabada y correcta, si se tiene en cuenta la miserable situación de su autor y el desamparo en que vivía. Abandonado por su madre, burgalesa desnaturalizada, que miraba en el color de su hijo un oprobio; siendo su padre, de oficio peinetero, con pocos y escasos elementos de vida. pasó su infancia en los linderos de la miseria, cercado de estrechez y de ruindad. De ahi que su educación fuese descuidada en extremo, y que él mismo apellidase á sus versos "flores de un ingenio sin cultura" pero su nativo y delicado gusto, su instinto de forma, su alma sensible de poeta, le hacían vislumbrar mayores y más dilatados horizontes. A ello contribuyeron Valdés Machuca, González del Valle y otros literatos, proporcionandole libros, de los que él se valió con más afan que provecho, pues faltáronle dirección y acierto en sus estudios, Por eso se enamoró del falso brillo de Matinez de la Rosa, á la sazon muy en boga, y á quien hoy, con más repasado ánimo, juzgamos todos de mérito apagado y fútil.

Empero, Plácido, fué uno de los más inspirados hijos de Cuba. Su popularidad fué grande no solo en la isla, sinó en toda la América, y salvando distancias, su nombre es conocido en Europa, porque fué "raro en todo, en su origen, en su genio, y en su muerte." Muchos críticos reconocen que el mismo Heredia no estuvo naturalmente dotado de tan primorosas facultades, y es de lamentar que las circustancias á que aludimos, no le hayan dejado tiempo ni condiciones buenas para su perfecto y completo des arrollo; pues alejado, casi por completo de todo co-

mercio literario, con pocos libros en que estudiar, sin amigos ni maestros hábiles, no llegó, en el breve espacio de su desgraciada vida, á proporcionarse esos indispensables medios de subsistencia que al par que cubren las más apremiantes necesidades del vivir, conceden tiempo y vagar para el cultivo de las relaciones sociales tan provechosas á todo individuo. Pobre peinetero de oficio, mulato de condición, sin estudios ni cultura, vino á proporcionarse tarde y mal algunos conocimientos, y por eso le vemos imitar á unos y otros, sin rumbo fijo, sin estilo propio, y sin convicción alguna; pero siempre seduciendo á todos por su espontaneidad, por lo gallardo y lozano de su imaginación, por su fino oido, por su estro brillante é inspirado. Incorrecto en la forma, desleido en la frase, es siempre dulce, apasionado y tierno en el fondo. Los defectos en que incurre pueden perdonársele en gracia á la situación en que se hallaba.

¡Quien sabe!

Si hubiera hallado una mano protectora, un inteligente Mecenas, acaso sería hoy la representación más conspícua de la poesía lírica en América!

Murió Plácido fusilado el día 28 de Junio de 1844; sus delirios revolucionarios le vendieron; unos versos patrióticos que escribió y que corrieron manuscritos le llevaron á la cárcel; una delación de José de la O., le hizo caer en la garras de un tribunal odioso; las gentes de su raza eran entónces objeto de persecución y recelo; y las sospechas de las comisiones militares formadas por el más tarde Duque de Tetuán, á la sazón Capitan General de la isla, le condujeron desgraciadamente á tan triste fin. Los pro-

cedimientos inquisitoriales de aquel Gobierno, no supieron respetar la vida de Plácido, hallando así la muerte, quien por su talento, por su poderosa imaginación y brillante estro, debía ilustrar la historia de su patria.

La primera edición de sus versos fué publicada en Matanzas, allá por los años de 1848. En París hízose otra (1856) plagada de yerros tipográficos, y en la que no hubo gran acierto literario. Otras muchas se hicieron en ambos continentes, pues como dice un literato francés, hablando de una de ellas, "no será la última, porque la reputación de Plácido se formó sola y no puede sino aumentar con los tiempos".

Gabriel de la Concepción Valdés pasará á la posteridad no solo por su genio y su inspiración sino también por sus desgracias y su muerte.

He aquí unos fragmentos de una carta que escribió antes de morir: "Dejo memorias á Martinez de la Rosa, Gallego y Zorrilla. No dejo expresiones á ningun amigo porque sé que en el mundo no los hay. Gabriel".

¡Que desengaño tan amargo encierran estas palabras!

RAMÓN DE PALMA.

APARECIERON sus primeros versos bajo el pseudónimo de Alfonso de Maldonado, y con este nombre publicó sus *Aves de paso,* colección de rimas que mereció la más cumplida aceptación del públicó habanero; dando, en tiempo posterior, á la imprenta, los cuadernos intitulados *Hojas caídas* y *Melodías poéticas.*

Sin que pretendamos colocar á Palma á la altura de nuestros mejores poetas, no por eso hemos de hacer traición á su númen, dejando de reconocer la perfección del plan de sus composiciones, su florido estilo y la severidad de su frase. Cierto es que deslustra alguna vez que otra estas cualidades, la imitación que desde luego se descubre en sus obras, imitación que le daña, pues haciéndonos recordar su modelo, le encontramos flojo y sobradamente inferior á él.

¡ Ay ! cuánto tiempo inanimado , estéril ,
En silencio pasé , sin que mi labio
Sonase con tu voz . . .

dice en una de sus mejores composiciones, parodiando á Heredia, cuando á la vista del Niágara, exclama:

¡ Oh ! cuánto tiempo
En tinieblas pasó sin que mi frente
Brillase con su luz . . .

Este defecto, y otros varios, que encontramos en sus *Faces sociales,* desvirtúan la bondad de sus escritos, haciendo olvidar rasgos de animación y sentimiento tan donosamente expresados como éste:

¡ Mi dicha es el amor ! Tierra de Cuba ,
Por los ardientes trópicos ceñida ,
Tierra de luz , de palmas y de vida .
Mi dicha es el amor !
De tu espléndido sol , de tus estrellas ,
De tus brisas , del mar y de tus flores
Se desprende el raudal de los amores ,
Que bebe el corazón .

Si bien es verdad que en la misma composición, de donde tomamos estos versos, hay conceptos triviales y pobres en demasía, como pudiéramos probar citando:

¡ Ventura loca !
Y estreché su mano bella
Y su cintura gentil .

Pero han de bastar estos yerros y descuidos para

condenar á un poeta como Palma? No juzgaría con razón el que leyere, si tal fallo profiriese, sin ver en sus *Devaneos de amor:*

Un silfo fué quien del Oriente trajo
La rosa purpurina
Con que perfuma su gentil tocado,
Quién á su planta célica
Calzó el coturno de luciente seda.

Y sin oírlo en *El Suspiro:*

¡Cuán feliz correspondida
Es la cándida doncella,
Que arde en la pura centella
De una lícita pasión.
Semejante al airecillo
Que retoza en los verjeles,
De su boca en los claveles
Vaga el suspiro de amor!

El himno de guerra del Cruzado, está escrito con gran sonoridad en la versificación, aunque no le concedemos de buen grado, la primacía que le otorga Guiteras entre los de su clase y género. Eso no lo puede asegurar, quien haya leído el canto á Misolongy, de Luáces, y otros cánticos de Heredia.

¿Qué más? Antes de juzgar á Palma se hace necesario estudiar la época en que brilló (1835 á 50), el movimiento literario que entónces reinaba, los estudios que había hecho, todas las manifestaciones sociales que contribuyen á formar el alma de un poeta. Fué desgraciado éste en sus empresas. El profesorado y sus versos apenas le dieron para comer. No anda-

ban medrados en Cuba los que por esta época se dedicaban á tan penosas tareas. Viendo, pues, que su laboriosidad infatigable no recibía otro galardón que víctores y aplausos, resolvió tomar por más utilitaria senda, y protegido por Aldama, desempeñó el cargo de secretario del ferro-carril de la Habana, y la dirección judicial de los negocios particulares de aquel opulento prócer, á quien revueltas insurreccionales le llevaron más tarde, á perder su inmensa fortuna. Así vivió Palma dichoso y contento, gozando la relativa holgura de su nuevo destino, y las delicias de su tranquilo hogar, que tanto embellecía su amante esposa D.ª María de los Dolores de Saint Maxent. En tan bonancible y casi próspero estado, dorada medianía de un poeta, le sorprendió la revolución anexionista, y comprometido en ella, por sus marcadas tendencias políticas, miró en peligro su vida y su hacienda, sufriendo los rigores de una prisión estrecha y mal sana, por espacio de algunos meses. De ella salió, cuando, merced á las diferentes notas que cruzaron con el gabinete de Washington, los de Europa, hizo aquél declaraciones categóricas y concretas sobre la anexión, prohibiendo resueltamente las expediciones armadas, que se preparaban en algunos puertos de la república. Estas peripecias y disgustos apenaron su ánimo esforzado, y los sinsabores, como lima sorda y penetrante, fueron enfermando su corazón, y produciendo una dilatación en sus paredes, lo que trajo aparejada la muerte del pobre Palma.

Acaecida esta, sus amigos trataron de coleccionar sus obras, y hasta llegaron, que sepamos á publicar un tomo de ellas; pero la poca afición á comprar

libros de puro entretenimiento, por una parte, y por otra el silencioso olvido de la muerte, obraron el milagro de dejarnos sin la colección, cosa muy de sentir, tratándose de un autor tan recomendable, atildado y nimio como el cantor de las *Aves de paso*.

Se nos dirá que los versos de Palma carecen de fuego, que su estilo no es propio; pero ¡qué importa!..... ¿No hay corrección y elegancia en su frase? ¿no tiene sentimiento en la expresión y arte y limpieza en sus obras? Volvemos á decirlo: Palma no puede compararse á Heredia, ni á Milanés, ni á Plácido; sus versos no tienen la robusted y virilidad que las odas de la Avellanada y Luáces; no es tan dulce y tierno como Zenea y Mendive, pero tiene suficientes títulos para ser apreciado, y, en sus obras, y en las agitaciones de su vida literaria, puede estudiarse la revolución de ideas y de doctrinas que se realizaba en nuestro país.

JOSÉ JACINTO MILANÉS.

I.

NADA más difícil para un crítico que tratar de obras cuyo mérito ha sido ya reconocido por todos; pues si no sigue la general corriente, y opone algún reparo á la opinión de los demás, necesita colocarse en frente de todos, y luchar á brazo partido, para que unos le nieguen la competencia necesaria, y otros, tomándole quizá como un espejo que refleja los sentimientos de su conciencia, le censuren con acritud, suponiendo que los juicios no reconocen más origen que la tristeza del bien ageno que le domina.

Ocúrresenos esta observación al estampar ahora el nombre de Milanés, no porque vayamos á rebajar su mérito, como pretendió hacer el mal aconsejado Bobadilla, sinó porque al examinar sus obras, siquiera lo hagamos con la ligereza propia de estos apun-

tes, obligados estamos á condenar, si en razón y en justicia nos ponemos, aquellas composiciones que precisamente forman el mayor deleite de sus compatriotas, mereciendo de ellos la más cumplida alabanza.

Ya al hablar de otro poeta, digimos algo sobre esto mismo, y sentimos pesar de haberlo dicho, y mucho mayor de tener que repetirlo aquí, porque hásenos culpado por ello.

No fué nuestro propósito combatir el género social á que dedicó Milanés algunas de sus obrillas más insustanciales, aunque á ser francos, confesaremos que no es de nuestro agrado. Lo que hicimos entónces y lo que pretendemos hacer ahora, fué y es demostrar el pernicioso influjo que en la imaginación del poeta matancero, había producido la lectura de Zorrilla, quien por su manera de ser especial, más es para admirar que para imitado, porque el genio no se copia ni se imita, como don precioso que es, que la Providencia á pocos otorga. Teníale Milanés, á no dudarlo, pero de índole bien distinta al de Zorrilla, y así al tomarle por modelo, en ocasiones perjudícale, como no podía ser de otra manera.

No se piense de aquí que fué este solo el error en que cayó el tierno cantor de la *Madrugada*, otros mayores se ven por desgracia en sus obras, á lo que contribuyó el desbarajuste que á la sazón reinaba en el país en materia de letras, y el intento de torcer la verdadera índole y naturaleza del arte, pensando darle otro fin muy distinto, del que propiamente tiene.

Cuestión es esta, que de no ser grave y extensa

para ser tratada á vuela pluma, hablaríamos aquí un poco; porque algunos escritores cubanos han dado en la gracia de aplaudir estos extravíos, atribuyendo á Domingo Delmonte, esta tendencia de moral doméstica, que informa algunas piezas poéticas de Milanés. Podrá este aparecer en estas obras, como honrado ciudadano, de recto juicio, buen corazón y excelente porte, á quien causan honda y penosa impresión los males sociales que deplora y frajéla, no con la sátira propia de estos casos, ni con el viril acento de un gran lírico, sinó á la manera de predicador de cuaresma, con intento de enseñar, de corregir, sacando siempre la consabida moraleja, como si esa fuera la misión del poeta en este pícaro mundo. El arte tiene su fin propio, peculiar y enteramente suyo, y no hay que confundirlo con la moral, porque en este caso, puede suceder muy bien, que por servir á ésta, en estricta justicia, no servimos á ninguno de los dos.

Pero hechas estas salvedades, consignados de este modo los principales defectos en que incurre Milanés, ¿hay razón y derecho para afirmar que es "un poeta menos que mediano", "rimador amanerado, las más de las veces vulgar, que en anémicas estrofas canta al amor y á los festines, sugetándose de antemano á una pauta oficial"? ¿Hay motivo para declararlo "poeta de tercer órden"?

Pues eso y mucho más asegura Bobadilla, quien prefiere un plato de tasajo brujo, á las obras de Milanés, con lo cual, después de decirlo, tan orondo, como si dijera alguna gracia, no demuestra otra cosa, sinó que es más gastrónomo que literato.

¿Le estorban los dioses á Fray Candil? Lo decimos por ese modo de arremeter que tiene contra Milanés, Varona y otros. No se tome tan inútil y penoso trabajo, y déjelos vivir á todos, que en el campo de la literatura todos cabemos, y no empece la presencia de Milanés, y el respeto que le profesamos por sus desgracias y por su estro poético, para que luzca Emilio Bobadilla su desparpajo y sus excentricidades de mozo desengañado y resuelto á llamar á todo trance la atención.

Clarín, á quien tanto imita Bobadilla, no ha tratado de socabar la reputación justamente alcanzada por nuestros poetas de ayer; frageló á los hueros y baldíos contemporáneos suyos, aunque también se metió con Cánovas, que no es huero ni baldío, sinó muy morrocotudo; pero esto seguramente lo hizo un día de mal humor. Además, Leopoldo Alas, que es un crítico de verdad, aparte sus ideas, que no son las nuestras, es un literato á quien jamás se le puede ocurrir la peregrina idea de escribir párrafos tan amanerados y tan rematadamente cursis, como la dedicatoria que estampa Fray Candil en sus *Reflejos.* Bobadilla leyó á *Fígaro,* y pretendió empaparse en aquella amargura desconsoladora del pobre Larra, sin reparar que no todos los escritores que pretenden pasar por humoristas, guardan en los resquicios de su corazón cosecha de desengaños.

Por otra parte, Milanés, es un poeta juzgado ya por todos; su fama ha sido ya sancionada por la opinión; podrá haber sus distingos sobre estos ó los otros lunares; pero nada más. La crítica seria y razonadora de los Piñeyros y Varonas,—estos si que

no son de la órden del microscopio, como diría Valdivia,—si bien repara y advierte sus yerros, no niega la inspiración del poeta matancero, su fino oído y la delicadeza y ternura de sus versos. Tan ingrata tarea estaba reservada á Bobadilla, y eso que *Fray Candil,* debe estar acostumbrado á malos versos, pues los escribe detestables. Díganlo sinó esta muestra:

" Con fragoroso estruendo
Al hondo valle de escarpada breña "
" La sebia corpulenta
Sudando sabia . . . . . "
" Que al querer buscar la paz
Y el honor que diste en precio ,
Sientas que hiere tu faz
El bofetón del desprecio " .
" De tu alma en cada beso "
" Que es lo que siempre ha sido "

Estos y otros muchos renglones desiguales, pudiéramos copiar de un librito que publicó con el nombre de *Relámpagos;* y por cierto que si en las cincuenta y tantas páginas de que se compone, abundan versos cojos y perníquebrados, hay en cambio desatinos de á folio, hinchazón y efectismo sobrados, y váyase lo uno por lo otro. En esto de escribir versos desatinados, tiene Bobadilla un competidor temible en Saturnino Martinez, porque indudablemente los pentacrósticos y quirimitifláuticos endecasílabos del hijo de Sariego, son más cadenciosos y armónicos, que los ingratos sones de la lira de Fray Candil.

II.

Nació José Jacinto Milanés en Matanzas, el año de 1814, y aun cuando su afición al estudio de las letras no era pequeña, no empezó á darse á conocer, hasta después de haber cumplido veinte y tres años. Entónces lo hizo en el *Aguinaldo Habanero* que, como hemos dicho en otro esbozo biográfico, dirigían Palma y Echevarría; y en breve tiempo fué tan conocido de todos, que en las más pequeñas poblaciones de Cuba, era considerado como uno de nuestros mejores poetas.

La desgracia, que parece cebarse en los hijos más esclarecidos de aquel suelo, no echó en olvido á Milanés: y en 1843, abrumado por graves y complicadas afecciónes, sin que fueran bastantes los recursos de la ciencia y los constantes cuidados de la familia, y solicitud de los amigos, enmudeció para siempre, preso de una enagenación mental, que, le llevó al sepulcro, tras largos padecimientos y dolores, en 1863.

Tal fué la vida de este desgraciado poeta que, en frecuente ocasión exclamaba como Rabistone:

Mon cœur bat dans la solitude,
Le fil est long, la tacle es rude,
Belle etoile, ¡ah! je vaudrais bien
Un cœur, un cœur auprés du mien!

Y le atormentaba lo infinito, como á Alfred de Musset; y sin embargo, podía hacer suyos estos versos de Lafechebre.

Une promesse parle au fond de la soufrance
L ' infi te tourment et l ' infi t ' attend .

Hablemos de sus obras, y ya que no conocemos más que la edición que hizo su hermano D. Federico, ajustemos á ella nuestra crítica.

Milanés, que es uno de los poetas más populares en Cuba, fué el primero que, desviándose del ejemplo presentado por los anteriores, trató de dar á sus cantos un colorido propio, retratando de tal modo los cuadros de la naturaleza tropical, que, si concediéramos á Cuba una literatura original y distinta de la castellana, citaríamos algunas piezas de este autor, y otras tantas de Tolón, desechando á los demas, por no tener ese sello *sui generis* que es el *exequatur* de toda originalidad. La sencillez y dulzura, y sobre todo, la melancólica y soñadora tristeza de que se hallan impregnados sus versos, contribuyeron, tanto como el estro innegable de este poeta, á darle la fama y nombradía de que goza.

Aprovechándose de las ventajosas condiciones que le concedían sus poco comunes conocimientos, su instrucción nada vulgar, y el estudio que había hecho de la literatura castellana, principalmente de los escritores del siglo XVII, trató de imitarlos, y, en muchos casos, con no poco acierto. Ensayos hizo en este género muy recomendables; y á estos trabajos se debe, sin duda, la pureza y sencilléz de sus cantos, Enamorado del brillo de García Gutierrez, con quién tiene algún parentesco en la dulzura de sus versos, escribió su *Conde Alarcos,* tomando su argumento del Romancero. Ya Lope se había valido de esa trama,

en una de sus más débiles comedias; Guillén de Castro y Mira de Amescua también habían llevado esta fábula al teatro. La obra del poeta matancero alcanzó gran boga en su tiempo, y se representó con verdadera solemnidad en los primeros coliseos de la Isla; pero, en rigor de verdad, no pasa de ser un felíz ensayo, escrito con fuego y talento, que arranca lágrimas al más indiferente; pero no una obra perfecta.

¿Quién que se pique de literato no ha oido recitar su canción á *La fuga de la tórtola*? ¿Quién habrá que, amando lo bello, no se haya entusiasmado leyendo *La Madrugada*?

Ninguno. ¡Es imposible! Hay tal sencilléz, tal encanto, tanta poesía en esas composiciones, que preciso se hace ser completamente refractario al buen gusto, para dejar de admirar la fuerza creadora del génio. Pero, copiémoslas aquí, seguros de que habrá de agradecérnoslo el que leyere:

LA FUGA DE LA TÓRTOLA.

¡Tórtola mía! Sin estar presa,
Hecha á mi cama y hecha á mi mesa,
A un beso ahora y otro después,
¿Por qué te has ido? ¿qué fuga es esa,
Cimarronzuela de rojos pies!

¿Ver hojas verdes sólo te incita?
¿El fresco arroyo tu pico invita?
¿Te llama el aire que susurró?
¡Ay de mí tórtola, mi tortolita,
Qué al monte ha ido y allá quedó!

Oye mi ruego, que el miedo exhala.
¿De qué te sirve batir el ala,
Si te amenazan con muerte igual
La astuta liga, la ardiente bala
Y el canto *jubo del manigual*.

Pero ¡ay! tu fuga ya me acredita
Que ansías ser libre; pasión bendita
Que, aunque la lloro, la apruebo yo.
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Si ya no vuelves, ¿á quién confío
Mi amor oculto, mi desvarío,
Mis ilusiones que vierten miel,
Cuando me quede mirando el río
Y á la alta luna que brilla en él?

Inconsolable, triste y marchita,
Me iré muriendo, pues en mi cuita
Mi confidente me abandonó.—
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

LA MADRUGADA.

Necio y digno de mil quejas
El que ronca sin decoro,
Cuando el sol, con rayo de oro,
Da en las domésticas rejas.

¿ Puede haber cosa más bella
Que de la arrugada cama
Saltar, y en la fresca grama
Del campo estampar la huella ?

Campo, digo, porque pierde
La mañana su sonrisa,
En no habiendo agreste brisa,
Mucho azul y mucho verde,

No hay que gozarla en ciudad :
En todo horizonte urbano
Se estaciona de antemano
Triste vaporosidad.

¡ Luégo, ved ! tanto edificio
Alto, serio . . . angustia dan,
El alba, el sol, allí están
Como sacados de quicio.

No, yo he de andar á mis anchas
Una campiña florida,
Por ver del alba querida
La faz virgen y sin manchas.

Verla en Oriente lucir
Diafana, rosada, bella,
Como una casta doncella
Que enamora al sonreir.

Yo no sé como hay cabeza
Tan interesada y fría
Que no ame al rayar el día
La hermosa naturaleza.

Vedla rejuvenecerse,
Vedla rodar en río,
Brillar pura en el rocío,
Con los árboles mecerse.

Arrastrada en el reptil,
Fiera y alzada en el bruto;
Dulce en el colgado fruto,
Risueña en la flor gentil.

¡ Oh Dios ! . . . Alla en mis niñeces,
Antes de brotarme el bozo,
¡ Con que sencillo alborozo
Vine á ver esto mil veces !

Ya una errante mariposa
Con su matiz me atraía;
Ya olvidado me ponía
A comtemplar una rosa.

Siempre alegre. ¡ Ya se vé !
Nunca entónces cavilaba,
Ni mis cejas arrugaba
Algún triste no sé qué.

Después como entré en más años,
Y como ví una hermosura,
Tuve por triste locura
Ver sol, montes y rebaños.

¡Que ingrato fuí! Pero bien
Se vengó naturaleza;
Aquella ingrata belleza
Olvidóme con desdén.

Vertí un mar de llanto: el alma
No se me hallaba sin ella;
Al fin, una amiga estrella
Dolióse y me puso en calma.

¡Oh, que dolor tan agudo
Es olvidar! Pero al cabo,
Rotos los grillos de esclavo,
Curóme el médico mudo.

El tiempo, el tiempo velóz
Que tiñe nuestras cabezas
De blanco, y tantas bellezas
Deja sin luz y sin voz.

De entonces acá me place
Ver la escena matutina
Segunda vez; medicina
Celestial que me rehace

Con todo, mis cicatrices
Se ensangrientan, y suspiro
Adonde quiera que miro
Dos amadores felíces

Y aun con menos ocasión,
Si oigo el susurro alterno
De dos palmas, en lo interno
Se me angustia el corazón.

Si en un ramo miro á solas
Dos aves cantar querellas,
Si relucir dos estrellas,
Si rodar dos mansas olas;

Si dos nubes enlazarse,
Y por el éter perderse,
Si dos sendas una hacerse,
Si dos montes contemplarse;

Me paro, y con ansiedad
Recuerdo que á nadie adoro;
Miro tanto enlace, y lloro
Mi continua soledad.

Costumbre general es entre los que para el público escriben, amontonar páginas sobre páginas, á fin de presentar voluminosos tomos, sin detenerse á pensar que quién mucho escribe se halla más propenso á equivocarse, y que la cantidad, no añade belleza,

antes bien la quita y da fatiga y cansancio.—Heredia no hubiera sido menos grande, si sólo hubiera escrito sus composiciones al *Niágara* y al *Sol*, y Gilbert, Andrés Chenier y otros muchos, no necesitaron fatigar las imprentas, para gozar de una reputación envidiable.

A esta costumbre pagó escote Milanés, y así vemos en el tomo de sus obras, trabajos que, por lo incompletos y defectuosos debieron permanecer en olvido; y no se nos diga que en todos ellos hay *algo* recomendable, porque si bien es cierto, no es menos verdad que contienen pensamientos vulgares en demasía y versos malísimos. Otros hay que, sin reunir los defectos de forma, no son muy superiores, por el fin á que propenden, y la pintura por demás enérgica que encierran:

Cuando hay luna en el cielo y no hay estrella
Y en lenguaje nocturno hablan las olas,
Platicará con la casada á solas;
Pálida reirá la vil casada,
Y bajo de la adultera almohada
Ocultará cargadas las pistolas.
. . . . . .
Que huye del sol y *anda oculto.*
. . . . . .
Como se muerde el puño y *sin resuello*
. . . . . .
En vez de que la ley *ponga un atajo*.
. . . . . , ... ,
Pues por huir de que el pueblo airado *ladre*
. . . . . , ...
Un ayo
Ingerto risible de docto y lacayo
Que *vierte latines* y *enseña á servir*.

Pero despojado de estos defectos, eliminadas algunas composiciones, y separadas otras, puede formarse un pequeño ramillete, que hará recordar por siempre á este infortunado bardo. Con el desbarajuste de una edición chapucera, se nos presenta Milanés muy desigual, y culpa tendrá de ello el colector de sus obras, que, falto de tino, y no con muy buen criterio, publicó cuantos versos hubo á mano, sin consultar la crítica literaria, y los preceptos del buen gusto. Al tratar de Plácido, nos quejamos de esta misma falta, y entónces, como ahora, deploramos el escaso talento de ciertos editores, que nos ponen en el caso de censurar, contra nuestra voluntad, lo que coleccionado con mayor esmero, fuera digno de alabanza y aplauso.

Y es esto tanta verdad que hasta los compiladores de *Cuba poética* vacilan un momento, al escoger las poesías de este bardo, como temerosos de estrellarse con la opinión pública, lo cual viene á ser un argumento *de fuerza* para nosotros, pues en el trascurso de estas biografías, hemos podido apreciar lo reparados que son en sus escogimientos tan donosos críticos.

Pero no presuma nadie que tratamos de menospreciar á Milanés. Lejos de eso, queremos consignar de un modo concreto, al terminar estos apuntes que de ligero escribimos, que, sin vacilación, reconocemos en el poeta de Matanzas, méritos bastantes para colocarlo en los primeros puestos de nuestra galería.—No tiene el fuego pindárico de Heredia ni la entonación robusta y varonil del malogrado Luáces; pero hay tal sencilléz, tal armonía, tan delicado acento en sus versos, que, fuera de estos dos gigantes de nuestra lite-

ratura, después de Plácido, ha de recoger los aplausos que arranca el génio y la admiración que tributa un pueblo á sus hijos más preclaros.

Al obscuro rincón de mi aldea llegó el último Almanaque de *La Ilustración Española y Americana*, tan flamante y limpio y bien impreso, como todos los anteriores, que es publicación que honra al país y ofrece á los amantes de lo bueno, sabroso contentamiento en artes y en letras. Con la curiosidad propia de quien anda escaso de libros y tiene afición y apego á la lectura, púseme á repasar el almanaque, cuando tropezaron mis ojos con el retrato de Milanés. Diome un salto de alegría el corazón dentro del pecho, que el ocuparse de la lírica cubana, cosa nueva y extraña es en la prensa de la corte; y comencè, antes á devorar con la vista, que á leer el artículo que á continuación venía y que firmaba D. Manuel Cañete.

Confieso ingénuamente, pecador de mi, que sentía cierta vanidad al ver que un crítico de fuste sacaba á colación el nombre y las obras de un poeta de mi tierra. Quién sabe, pensaba para mi capote, si Cañete se habrá animado á escribir esto, picado por la curiosidad despertada en su ánimo por mi libro; y esta ocurrencia, bonachona de puro infantil, me ponía vanidoso y hueco, que todos tenemos nuestra alma en nuestro armario, y nadie imagina ser menos de lo que és.

Hasta la publicación del Almanaque, no era cono-

cido ni de oídas el poeta matancero; Torres-Caicedo no le nombra siquiera; en la *América Poética*, publicada en Valparaiso, en 1846, no se acuerdan ni del santo de su nombre; y pare Vd. de contar, porque el Sr. Cañete no menciona más fuentes de conocimiento, bien porque las ignore, lo cual es muy problemático, bien porque callándolas, suene á nuevo y más peregrino lo que va á decirnos. Eso sí, para explicar este olvido en que todos tuvieron á Milanés, hasta que á él le vino en mientes sacarle de tal obscuridad, amontona frase sobre frase, cita á Orgaz y á Ramón Palma y otros poetas menores, que no vienen al caso, y á quienes conoció y trató por mediación de Domingo Delmonte y Nicolás Azcárate.

Pero, señor, ¿dónde está la *pastora?*

Nuevas y prolijas disquisiciones sobre la celebridad y la vida pública de los hombres que se han hecho notables por algo; cómo se debe hablar de ellos y de su vida íntima y privada; limitaciones y cortapisas que imponen al escritor su buena crianza por un lado, y por otro el respeto y la consideración que todos nos debemos de tejas abajo. Todo esto desparramado, disuelto y desleido en un *mare magnum* de prosa muy gramatical y muy pesada. Pero nunca es tarde si la dicha es buena; y después de tan kilométrico exordio, llegamos al asunto que motiva el artículo de nuestro académico.

Dice que Milanés nació en Matanzas el año de gracia de mil ochocientos catorce; afirma que yo lo consigno así en mi libro, tomando este dato de una somera biografía que apareció al frente de la primera edición de las obras de este bardo; por cierto que,

pretendiendo darme una dedada de miel, asegura que mi obrilla "contiene noticias y observaciones muy estimables". Ya verá el lector en qué consisten éstas. Por lo que se refiere á la fecha del nacimiento de Milanés, me parece ocioso que el Sr. Cañete dijera que la había tomado de aquí ó de allí; las fechas en que suceden las cosas, no se toman ni se inventan; son del dominio público, y en último término pertenecen á los libros parroquiales donde se bautizó la persona de quien se quiere tratar. Si no consigné el día, y señalé solo el año, fué por no creerlo necesario á mi propósito, no por ignorarlo, pues esto no era posible después de haber leído y estudiado á López Prieto en su *Parnaso cubano,* á Calcagno en su precioso *Diccionario biográfico,* y al mismo D. Federico Milanés, en el extenso prólogo que escribió y publicó con la segunda edición de las obras de su hermano. Si el Sr. Cañete hubiera leído estos libros, se ahorraría el trabajo de tanta lamentación; bien que entónces, su artículo, carecería de este atractivo.

También se queja de no saber si Milanés fué pobre ó rico, hidalgo ó ruín y menguado pechero, y porque ignora la causa oculta que trastornóle el juicio, se echa por los trigos de Cupido, tras de la hermosa que de cuerdo que era le tornó en loco, pacífico y quieto; que en eso de locuras el Sr. Cañete parece inclinarse á las que producen las hembras. De igual manera se aflige por no dar con el nombre del humanista habanero que dió á conocer á Milanés en la capital de Cuba; por todo lo cual comprenderá el curioso lector, que el Sr. Cañete no estaba debidamente preparado para escribir un artículo biográfico.

De otra suerte sabría á qué atenerse sobre todos estos puntos; consignaría que el padre de Milanés fué un modesto empleado en la Real Hacienda, que carecía de fortuna con qué atender de un modo desahogado á la educación de sus hijos; que la locura del poeta no provino de esta ó la otra causa conocida, sinó por que Dios quiso y nada más; señalaría en su artículo que Milanés nació el 16 de Agosto de 1854, y hablaría de sus relaciones con Domingo Delmonte, hombre adinerado y estudioso, que fué quien le dió á conocer en la Habana; llenando todas esas lagunas que se advierten en su trabajo, y mencionando otros pormenores de la vida, que le harían sumamente recomendable, pues en un artículo biográfico toda minuciosidad cuadra bien, y hay quien se paga por ello, y aplaude la solicitud de quien acopia datos y noticias con solícita atención.

Y ahora voy á ver en qué consisten "esas noticias y observaciones estimables" que contiene mi librillo. —"Razón tiene el autor de *La Poesía lírica en Cuba*, cuando en su biografía de Juan Clemente Zenea dice refiriéndose al cantor del Yumuri: "No sabemos porqué, ni atinamos tampoco á descifrarlo, siempre que de las obras de éste se ocupan los literatos cubanos, haciendo caso omiso de *La Madrugada*, y de la canción *A una tórtola*, solo se fijan en la *Madre adúltera*, A Larra, *La ramera*, y otras piezas del autor del *Conde Alarcos*, que, ó mucho nos engañamos, ó son de lo peor que de su pluma ha salido". De acuerdo en lo esencial con esta opinión del Sr. Valle, había yo escrito un año antes, que se publicase su libro: "Sin salir de la isla de Cuba, madre de poetas, como

Heredia y la Avellaneda, vemos á uno de sus hijos más distinguidos, á José Jacinto Milanés, cuando aun no conocía los versos de Zorrilla, ni el giro prosaico y la malsana tendencia de *El verdugo* y *El mendigo* de Espronceda, emular en *La madrugada*, la ingenuidad, la frescura, la gallardía de Lope; y conocidos aquellos, amanerarse y viciarse, hasta desnaturalizar á veces la índole propia de su inspiración, como en *El bandolero, El mendigo, La ramera* y otras composiciones análogas ".

A esto sin duda alguna debía referirse aquello de "las noticias y observaciones estimables", porque para el Sr. Cañete, nada debe de haber tan digno de estimación, como *coincidir* en lo esencial con su opinión "un año después de conocerla". Cierto que esta obrilla vió la luz por primera vez en 1882; pero como se compone de trabajos sueltos de crítica ligera, y muchos de estos esbozos biográficos, habían sido ya publicados en periódicos y en revistas, todos ellos llevan al pie la fecha en que se escribieron, y el que cita el académico, se refiere á 1874 y fué inserto en *El Pabellón Nacional*, de Madrid, siete años antes de que el Sr. Cañete escribiese el párrafo copiado *coincidiendo en lo esencial con mi opinión.*

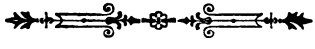
En lo que puede estar bien seguro D. Manuel Cañete, de que nadie querrá *coincidir* con él, es en aquella peregrina observación que hace, juzgando una de las poesías de Milanés: "fuera de los admirables y apasionadísimos versos *A Higiara* de mi fraternal amigo el sabio historiador y anticuario D. Aureliano Fernández-Guerra, en nuestra lírica de la regeneración romántica, no encuentro composición ninguna

que supere etc." Pero, hombre, por los clavos de Espronceda, Zorrilla, Campoamor y Nuñez de Arce, ¿cómo se atreve V. á estampar esta heregía literaria?

Por que V. no es tan viejo para.....

Y en este caso, no ser crítico militante.

Villa América, 1888.



MIGUEL TEURBE DE TOLÓN.

En mis poesías,—dice en el prólogo de una de sus ediciones,—hay lo que ha habido en mi vida; alegres ilusiones, á par que tristes realidades, alcázares de cristal en lo porvenir y escombros de venturas en el pasado, armonías y encantos de ayer; gemidos y dolores de hoy, esperanzas que siempre corren por delante sin dejarse alcanzar, y desengaños que vienen azotando sordamente por detrás; cantos y lloros, risas y lágrimas, duda descreída y fe inefable, lo uno tras de lo otro, todo en confusión, chocándose como olas de revuelto mar.—Con estas palabras se describe el poeta mucho mejor que pudiéramos hacerlo nosotros.—Temperamento exaltado; imaginación ardiente, creyó sonada la hora de la libertad para su patria, y acariciando planes de anexión con los Estados Unidos, abandonó su modesto hogar, y ansioso de distinguirse se entregó al

torbellino de la revolución en Nueva-York. Situación de angustia y zozobra, sin medios de vida en un país extraño, hallándose solo y acosado por la miseria. A sacarle de estos apuros vinieron los que dirigían los asuntos cubanos, en la ciudad imperial, dándole parte en la colaboración de *La Verdad,* órgano oficial en aquella época de la gente levantisca (*). Hallábase en este empleo, como el pez en el agua. Publicó en este diario violentos escritos que hicieron figurar su nombre en el registro de la Comisión Militar establecida en la Habana, como acusado por delitos de infidencia, siendo sumariado más tarde, y recayendo sobre él sentencia de pena capital, en el consejo de guerra que se le formó. Reseñas históricas y biográficas de sucesos y hombres contemporaneos, escritos con alguna facilidad y elegancia y grande exageración de ideas y sobrexcitación de pasiones, dió á luz en *La Verdad,* juntamente con un diálogo en que el autor suponía ser el asunto de las conversaciones que tenían en la Isla, diversas personas de las diferentes clases sociales, discurriendo sobre los acontecimientos del día. Este último trabajo fué el más notable de los que hizo en esta època, llamando poderosamente la atención por la novedad de la forma hasta entónces no empleada por otro alguno.

También publicó en esta fecha una obra de educación titulada *Elementary Spaisish Reader and Translator,* y una traducción de la *Historia de los Estados-Unidos,* de Mis Emma Williar.

(*) Vagó de posada en posada, mendigando socorros de sus compatriotas. — Guiteras, *El Nuevo Mundo*.

Todos sabemos el fin que tuvo tanta fiebre revolucionaria de anexión. La parte sana del país repugnaba abiertamente ese pacto convencional que iba á poner nuestra raza á merced de otra, si bien prepotente y grande por su bienestar y progreso, sobrado absorbente y rapáz por condición natural. Los espíritus sérios y reflexivos eran enemigos declarados de tan temeraria empresa. Aun aquellos que más se habían distinguido por lo exaltado de sus ideas, veían con malos ojos tan descabellado proyecto. En honor de la verdad debemos confesar que el Gobierno americano no hacía gran cosa por alentarlas; antes bien, acogíalas con apatía, convencido tal vez de la poca eficacia de sus resultados. Con estos antecedentes, el pronunciamiento de las Tunas, y el desembarco en Playitas, de López, demostraron las pocas fuerzas con que contaban. Entónces, como siempre sucede, se tornaron en crueles censores los apologistas de la víspera, y aquella junta revolucionaria, que, en la medida de sus fuerzas, había hecho todo lo posible por el triunfo, estrellándose contra la indiferencia de la opinión pública, recibió las más acerbas y rudas recriminaciones, como si en sus manos tuviera el cambiar la manera de ser y la esencia de las cosas,

Tolón fuè uno de ellos.

¿Cómo nó? Su imaginación febricitante no le permitía ver el sentido práctico de los sucesos, no comprendía, en medio de sus delirios revolucionarios que es imposible alterar el orden y el gobierno de un país que vive tranquilo, trabajando y engrandeciéndose bajo la bandera augusta de la patria. ¿Se cometían abusos en la administración? ¿había un desequi-

librio en el repartimiento de los destinos públicos? ¿Qué importa..? Ancho y pacífico campo se ofrecía á los cubanos para conquistar el bienestar deseado y la libertad apetecida, sin ir á postrar su riquísimo suelo á la voracidad rapante de la nación vecina. No caben dos razas tan opuestas en un mismo país, sin que la una viva y se desarrolle á expensas de la otra, y no son ciertamente los Estados-Unidos, pueblo que use de parsimonias, dejándose llevar antes por su espíritu aventurero y absorbente. Ejemplo diéronlo en Texas.—¿Era la hora de romper las estrechas ligaduras que ataban y constreñían la colonia?—Pues reclamar el derecho y la libertad, por los procedimientos legales, llegando á la autonomía más lata; pero nunca entregar la pureza de nuestro suelo á mano extraña. Esta fué una ilusión que acariciaron algunos espíritus exaltados, y que hoy, por fortuna, nadie defiende ni propaga.

Concluída la revolución, tristes y aciagos dias de miseria se presentaron para nuestro poeta. Se vió solo y abandonado por sus amigos, en país extranjero, bajo los rigores de un clima que no podía soportar, y entónces pidió ser comprendido en la amnistía política, para volar á su patria infortunada, donde la muerte había de segar por siempre su asendereada vida.

¡Pobre poeta!

¡Sus delirios políticos á qué extremo no le condujeron! Su amor ferviente y sacrosanto al suelo que le vió nacer ¿á qué fines tan altos no le hubiera conducido, si, mejor guiado, su precioso talento, no se malograse en la miseria y alejamiento á que le lleva-

ron su vida de conspirador y su carácter bélico?

Nació en Panzacola el 20 de Septiembre de 1820, y murió en Matanzas el 30 de Agosto de 1857. Educóse en esta ciudad en la escuela gratúita, única que por entónces existía, y privadamente estudió lenguas vivas, adquiriendo no pequeño caudal de conocimientos. Fué empleado en la Secretaría del Gobierno de Matanzas, y en diferentes colegios dió clases de humanidades. Su primer tomo de versos, titulado *Preludios* fué publicado en 1841, y colaboró en los más notables periódicos de su época. Durante su emigración, imprimió en compañía de Leopoldo Turla, Zenea y Santacilia *El laud del desterrado.*

No se han publicado todas sus obras reunidas. Cuando dejó esta mansión terrena se ocupaba precisamente en preparar una edición completa. Esto, no obstante, con las publicadas podemos formar juicio de las buenas cualidades de este ilustre matancero, y señalar en él uno de los que con más acierto y gracia dieron sabor local á sus cantos, procurando inclinar el gusto público á esta clase de trabajos literarios. Cierto es que en algunas de sus leyendas describe cuadros inexactos é inadecuados. Dígalo sinó la que lleva por título *Lectura de la Biblia,* donde se pinta á un anciano labrador, leyendo en corro de familia las Santas Escrituras. Eso desgraciadamente no sucede nunca en Cuba; las condiciones sociales del país, la educación de los campesinos y su manera de ser, lo impiden en absoluto; allí no se ocupan las gentes en buscar en esas sublimes páginas, la guía de salvación moral, algo, en fin, que conforte el atribulado ánimo, y haciéndonos mirar al cielo, aleje de

nuestra vista las tristezas de este mundo perecedero. No está dentro de las costumbres de aquel país, el recogimiento que há menester el padre de familia, para congregarla, en horas de descanso, y dirigirla con las sabias enseñanzas bíblicas. Esto aparte, en la mencionada leyenda, hay versos muy recomendables y no dejan de tener intención estos:

La voz armoniosa y grave
En la estancia resonaba,
De los salmos del profeta
Repiticndo las palabras:
" Mancebo fuí en otros dias
Y hoy de la vejez cansada
Arrastro el fardo: mas nunca
Ví que Dios abandonara
Al justo, ni ví su prole
Que mendigando vagára ".
" Mi amo, dijo entónce el negro,
¿ Yo también?"— Sí, Dios no falta,
Buen Pedro, ni á tí ni á nadie.
Amale, como Él te ama;
Pon tu esperanza en su n.ano
Y Él pondrá su luz en tu alma.

No es esta la mejor de sus obras; la *Ribereña de San Juan,* el *Remedio de una honra,* y un *Rasgo de Juan Rivero,* colocan el nombre de Tolón á una altura envidiable, y lucen las galas y explendores de su ingenio florido. No tiene poderoso vuelo su inspiración; en la oda decae siempre; en las estrofas de arte menor es donde se ostenta su gallardía y se enseñorea con el habilidoso empleo que hace de los adjetivos. Es un poeta sobre todo, y ante todo, local. Sus

trabajos tienen, sin duda ninguna, el dejo de los cantos populares de Cuba. No cultivó ese género bastardo que trató de aclimatar en aquella tierra el versificador Fornáris. Comprendió, con sobra de talento, que para crear en Cuba una literatura propia y original, le bastaba copiar su naturaleza floreciente siempre, retratar las costumbres y usos de sus hijos, y no hacinar palabras de dudoso origen y soñadas historias de tiempos que no pasaron, con el fastidioso apéndice de "Yo soy Siboney".—En este concepto nos es grato hacer mención de este matancero, digno por su talento, de figurar entre los predilectos hijos de Apolo en la Isla.

Villa América, 1878.

JOSÉ LUÍS ALFONSO,

MARQUÉS DE MONTELO.

CANTOS *de un Peregrino*, intitula este hijo de Cuba una colección de sus obras, publicada en París en 1863, y bien pudiéramos asegurar que tienen mucho de peregrino los tales versos. El mismo así lo reconoce, presentándose en el Prólogo como *simple aficionado*, y á fe que no miente, pues si no tiene nada de esto último, anda bien sobrado de lo primero, y váyase lo uno por lo otro.

Dice también, quizá para atenuar los yerros, que sólo en horas de ócio y de holganza, ha dedicado las fuerzas de su intelecto al estudio y cultivo de las letras: y esto casi nos avisa en favor suyo, porque en medio de todo, peor sería que se dedicara á *mauvais affaires;* pero hétenos aquí que, cuando más decididos estábamos á callar, saltó la liebre; es decir, la liebre

precisamente no, porque no había ninguna; sino que D. José Luís, con bondad irreprochable, aun cuando con sediciosa intención y aviesa mira nos ofrece otro segundo tomo; y como eso de darnos un segundo tomo es la mayor de las calamidades que pueden sufrir las letras cubanas, y nosotros somos fieles amantes de ellas, ¡ qué demonio ! lo que es eso, no se lo podemos perdonar.

Pero vamos á cuentas.

Divídese la obra en tres partes, concluyendo con una traducción de los *Cantos de Selma.*—Respecto de este poema, lo mismo que á la noticia que acerca del bardo escocés nos suministra Alfonso, hemos de apuntar algo á la postre de este artículo; pues ahora queremos examinar, aunque ligeramente, porque no podemos detenernos en obras de tan escaso valor, los tres primeros libros, que, ó mucho nos engañamos, ó no nos han de dar momento de reposo en su condenación y crítica.

Difícil nos sería clasificar las obras de este autor, y para ello no tenemos la paciencia y el buen humor que necesarios se hacen para cosa tan baladí; pero si no hemos de hacer una clasificación detenida y un análisis profundo de los versos de Alfonso, no por eso dejaremos de consignar aquí nuestra critica, en la seguridad de interpretar con ella el juicio de todos los cubanos que hayan leído los *Cantos de un peregrino.*

Si entendemos por poesía la manifestación de lo bello, y la expresión artística del pensamiento por medio de la palabra, mal atinado anduvo este autor bautizando su libro de tal, pues en él no encontra-

mos, y nos pesa en el alma, ni artística expresión, ni belleza alguna. Y no se diga que, ya no un poeta excelente, es José Luís Alfonso un versificador armonioso, que ni esto le concedemos, y sólo haciéndole mucho favor, colocamos su nombre al lado de los de Briñas, Betancourt y Cháves.

Abramos el libro, y oídle en unos sáficos á Nisia:

Haz que yo sienta sobre el pecho *mio*
La carga amada de tu hermosa frente,
Y que el aroma de tus negros *rizos*
Avido aspire.
. . . . . .
Así felices en eterno *abrazo*
Nos juraremos un amor eterno,
Y si funesto nos separa el *hado*
Venga la muerte.
. . . . . .
Si de mi amada conocer *deseas*,
Lector amigo, la sin par *belleza*...
. . . . . .
Oval el rostro, placentero tiene,
Cual la sonrisa de la madre Vénus.

Mas no contento con estos desatinos, comete otros no menos notables, y á poco que anduviéramos, y si nos fijáramos en *La Noche de luna*, encontraríamos estos versos, en los que no sabemos que admirar más, si el chaparrón de asonantes ó lo mezquino y pobre del pensamiento:

Bello es el mundo y la vida,
Bello el *cielo* y sus lumbreras,
Bellas las verdes *praderas*
Como las flores de Abril;

Bello es el mar, y la *calma*
De sus ondas *azuladas*,
Dó se miran *retratadas*
De la noche estrellas mil.

Todo esto será muy bello, y más aun si así lo quiere el Sr. Alfonso; pero es poco castizo, y suponemos, pensando llanamente, que al decir "estrellas de la noche," lo hizo con la buena intención de no confundirlos con los que nos hace ver un indiscreto pisotón sobre un callo recibido. Por otra parte, que las estrellas no son de la noche ni del día, ya lo sabemos todos, y por lo tanto, parécenos sobrada impropiedad atribuírselas á aquella, cuando éste pudiera presentar también sus títulos de dominio.

Y hora es ya de que tratemos del poema de Ossián.

Cuestiónase de mucho tiempo ha sobre la existencia de este bardo, á quien se ha tratado de colocar al lado de Homero, asegurando que sus cantos pueden competir con la *Ilíada* y la *Odísea*, y tan revueltos andan los pareceres y tan confundidas las opiniones, que más de cuatro, padeciendo extravío, afirman la autenticidad de sus poemas, sin que hasta la fecha, que sepamos, tengan razón alguna en que fundarlo. Es de los que sostienen esto el autor de quien hablamos; y tal maña se da, y de tal modo enmaraña y tergiversa la verdad histórica, que, pese á su sabér, no entendemos una jota de lo que sobre este punto dice. Nosotros, lejos de pensar en la verdadera existencia del hijo de Fingál, creemos que los poemas que con su nombre se conocen fueron escri-

tos por Jacobo Marpherson, mediano ingenio que brilló allá por los años de 1760.—La popularidad que adquirieron estos cantos, tiene su fundamento y explicación en la humillación política que sufría Escocia, y no el mérito literario intrínseco suyo, pues que á vuelta de mil imágenes exageradas y faltas de verdad, toman un color vago, fantástico y sentimental, que, agradando al pronto, concluye por producir mareos.

¿Qué diremos de la traducción de José Luis Alfonso? ¿Se encontraba en condiciones para emprender este trabajo? ¿Basta saber un idioma para traducir bien una obra? El autor de los *Cantos de un peregrino* era el menos á propósito para dar cumplido remate á empresa tan árdua, y así le vemos trasladar desatinadamente á una lengua, que no es por cierto la que hablaron Cervantes y Calderón, aquellas descripciones fantásticas, donde oímos silbar el viento entre los abetos y vemos cabalgar las sombras en las nubes.

Toda traducción en verso suele ser incorrecta y defectuosa, y, sobre todo, poco fidedigna. Sucede, que, tratando de vencer los obstáculos rítmicos, se olvida el pensamiento, y pierde este toda la brillantéz y tersura con que fué expresado: sucede también muchas veces, y particularmente al traducir del inglés al castellano, que las diferentes combinaciones del lenguaje, no se amoldan, por lo general, á una forma que, por muy sencilla que sea, siempre es más trabajada y difícil que la prosa.

¿Qué habría de pasar con los *Cantos del Selma*? ¿Qué...? Preferimos callar y callamos. ¡Ojalá que

nuestro silencio pudiera hacer olvidar las obras de José Luis Alfonso!

Al preparar ahora esta nueva edición de este libro debemos hacer una advertencia.

Nada de cuanto consignamos en este artículo, se refiere al hombre: todo va con el escritor. Nuestras censuras no son personales, y aunque empleamos el lenguaje ligero y frívolo de una crítica fugitiva, no por eso tratamos de rebajar la personalidad del escritor, cuyas obras dan motivo á nuestras burlas.

Y ya que tenemos la pluma en la mano, por más que andemos con prisa, no queremos dejar de hacer otra advertencia.—En la colección de versos que publicó López Prieto, bajo el epígrafe de *El Parnaso Cubano,* tratando del marqués de Montelo, copia composiciones menos censurables que las citadas por nosotros. En descargo de nuestra conciencia debemos declarar y declaramos que cada cual habla de la feria, según le va en ella. Al Sr. Prieto no le fué del todo mal, según la traza que pone, y la muestra que nos enseña. Los versos que cita, si bien no son modelo de dicción y pureza como afirma, no están preñados de lugares comunes, ni presentan una rima tan incorrecta, como los otros. Son producciones incoloras; hijos entecos y encanijados de un chirúmen poético

pobre y mezquino; porque con todo y con eso, sosténgase otra cosa en el *Parnaso Cubano,* este autor, no es de los que inventaron la polvora en materia de versos.

Y basta ya de advertencias y explicaciones.

Fecha ut supra.

JOAQUÍN LORENZO LUÁCES.

Carta á un amigo de confianza.

AMIGO mío: Pregúntame V. con bondadosa curiosidad, en su estimada carta, que, como todas las suyas, llenóme de placer, por mis insignificantes escritos, y me anima, generoso y benévolo conmigo, más de lo que merezco, á terminar y dar á la estampa mi trabajo, acerca de la poesía lírica cubana. Muchas veces he dudado, y suspenso repasaba mis mal pergeñados manuscritos, viendo en ellos la gran deficiencia que manifiestan y revelan, y al reparar en lo pobre y malo de su estructura literaria, pensaba al pronto en cambiar la forma y plan de mi trabajo, y escoger simplemente algunas piezas de cada autor, precederlas de muy someras notas biográficas, con relación sucinta de sus escritos, y

dar de ese modo á la imprenta un reportorio de versos cubanos.

Tarea fácil y por demás sencilla sería esta para mí, aunque tropezase con algunas dificultades, que se explican desde luego, recordando que no otra cosa hicieron Luáces y Fornáris, en su *Cuba poética,* con más reposo y vagar que yo, y conociendo y tratando personal é íntimamente á casi todos nuestros poetas; por más que en ese libro, que usted conoce perfectamente, en resolución, no brillan ni la imparcialidad ni el buen gusto de los compiladores. Pero, ¡qué quiere V., mi amigo! Eso de no meter baza, como vulgarmente se dice, hiere mi amor propio, hasta el extremo de hacerme desechar tal propósito, y me obliga á continuar la primitiva senda, dedicando un artículo á cada poeta, y diciendo en él, como Dios me dé á entender, lisa y llanamente, no sólo mi opinión, enteca y flaca en demasía, sinó la agena, si autorizada y digna se presenta. Tal sistema, harto más escabroso y difícil, entraña por otra parte mil tropiezos, que consisten en tener que condensar y concretar el pensamiento de manera que en muy pocas páginas resulte expresado lo que para su mejor y más adecuado desarrollo requeriría todo un libro. Y tanto es esto verdad, cuanto que me encuentro apurado hace días, sin saber cómo y de qué modo he de escribir algo que no sea impertinente, sobre el poeta más vigoroso de esta tierra. El cantor de los grandes ideales de la humanidad, no coge en el reducido cuadro de un artículo; su figura, cada vez más grande para mí, no se encaja en el estrecho marco que serviría para Briñas ó Fornáris. Y ¡vea V. lo que

son las cosas! Joaquín Lorenzo Luáces es un poeta casi desconocido entre nosotros; sus versos, algunos de ellos publicados en un pequeño volúmen, cuya edición no fué numerosa; sus grandes odas al Trabajo y á Varsovia y á Ciro Field; sus dramas y comedias, que son muchos; sus leyendas cubanas y sus romances, donosos y galanos como los de nuestros mejores hablistas; sus poemas, inéditos algunos; todos los trabajos, en fin, de su fecunda y correcta pluma, no han visto la luz pública coleccionados en forma de libro. Unos cuantos andan repartidos en las buscadas colecciones de nuestros escasos periódicos; otros impresos separadamente en pequeños cuadernos; muchos en poder de su hermano D. Agustín, y todos ellos olvidados por la juventud, que conoce á Luáces más por su fama que por sus obras, más por el recuerdo de las prendas personales que le adornaban, que por los cantos apasionados y vehementes de su musa.

Fornáris era su amigo, y con él redactó muchos periódicos y revistas; con él compuso y recopiló esa desgraciada *Cuba poética,* de tan pésimo y deleznable gusto (*). A la muerte de nuestro poeta, el bardo bayamés le dedicó un artículo, más sentido que bien escrito y pensado, recordando su valeroso estro, y llamando la atención pública sobre el pobre Luáces. Villergas, que también le conoció cuando comenzaba

(*) Debo declarar aquí, aunque no tengo moti o digno en que fundarlo, y sólo es obra de recelo ó sospecha que me asalta por el conocimiento de las obras de estos dos poetas, que la colección intitulada *Cuba poética*, más debe ser trabajo de Fornáris que de Luáces, ó bien que en su empeño cedió el autor del *Aristodemo* á una amistad poco franca y sobradamente exagerada y pueril.

su carrera literaria y las grandes concepciones de su inteligencia aún no habían robado su forma y vistosos atavíos á su fantasía y lozana imaginación, aplaude su depurado gusto en el manejo habilidoso del idioma en que escribe, y declara que sabe sostener convenientemente, en sus obras, el vuelo levantado de la verdadera inspiración. Encuentra muy nutrida de ideas, ataviadas con la majestuosa forma que su asunto requiere, la poesía que intitula *La Naturaleza.* Cita, el mismo crítico, los siguientes versos, tomados del *Ultimo amor,* y el soneto dedicado al alzamiento del país Lombardo-Véneto:

Por él Catón, muriendo, se engrandece,
Y triunfa Bruto, y su ofensor perece;
Y del audáz Hiparco, haciendo vanas
Las duras leyes que menciona el ódio,
Con verde mirto cubre
Su fiel espada el vengador Hermodio

A los nombres de patria y de venganza
Despierta rencoroso el Italiano,
Y alzando airado la robusta mano,
Altivo blande la nudosa lanza.
Le conduce á la gloria la esperanza;
Reta á los siervos del feroz germano,
Y retumba en los ámbitos del llano
El himno precursor de la matanza.
El pendón nacional despliega al viento;
Combate bravo, asalta las almenas;
Huye el austriaco á su mirar sangriento...
Y exhaustas ya las generosas venas,
Sólo pueden alzar en un momento
¡ Venecia ruinas y Milán cadenas !

Menciona como dignos de elogio, otros, como *La Pesca* y *Bruto, primer cónsul,* copiando el robusto y animoso coro de su *Canto de guerra:*

¡ Venganza griegos : Missolonghi en ruinas
Bajo el alfanje de Ibraím cayó !
¡ Halle siempre el muslín , cual en sus muros,
Al griego muerto , pero esclavo no !

Para Villergas, Luáces pertenece á la raza de los verdaderos poetas, y señala su presencia en Cuba, como uno de los más predilectos hijos de la musa castellana. Es atildado y nimio en su lenguaje, sin ahogar en una forma amanerada y violenta el fuego sacro de la inspiración; no canta solo la hermosura y el amor; su lira resuena cadenciosa y dulce al expresar el afecto que inspira la mujer amada, de igual modo que encuentra acentos bizarros y dignos arranques, cuando describe los adelantos de nuestra portentosa civilización y proclama la libertad benéfica de los pueblos.

Ya vé usted, amigo mío, si tengo tela larga que cortar, y si con tantos elementos como poseo, amén de una biografía detallada y minuciosa que me dió un hermano de Joaquín Lorenzo, con varios versos inéditos de éste, que guardo como preciosa reliquia, no podría hacer un acabado estudio de sus obras si con más reposo, vagar y esparcimiento, pudiese coordinar mis ideas, darles forma adecuada y digna, y poseyere más talento y analítica atención. Por eso le decía, al empezar esta carta, que me veía negro, sin saber que hacer con este poeta, uno de los más nota-

bles de Cuba. Señalar los defectos de Briñas, de Fornáris, de Vinajeras y de otros mil, es labor fácil y acomodada al gusto público. Es más, la pequeñéz de sus obras dispensa al crítico de un trabajo serio, meditado y extenso; pero eso no sucede así tratándose de hombres como Luáces, que han escrito mucho y muy bien, reservando la posteridad, para sus obras, una influencia patente y manifiesta en la dirección de nuestra juventud estudiosa.

Era nuestro poeta de familia modesta, aunque no pobre, y en ella halló siempre ejemplo digno que seguir, modelo honrado que imitar, y condición y despejo en que amoldar su carácter. De cuerpo enteco y encanijado, gozó de poca salud, y su robusto ánimo y valeroso esfuerzo viéronse mal encerrados en tan pobre y menguada vestimenta. Sensible y afable en su trato; caballeroso y digno, conocía perfectamente nuestra literatura y escribía con corrección y elegancia y de carrera, no concediendo á sus escritos importancia alguna; enemigo de darse á luz y de lucir las galas de su ingenio, que él juzgaba, con su delicada modestia, de ningún valor. Gozaba en el triunfo de sus amigos y aplaudía la revolución literaria de su país, amándole con amor ciego y exaltado. Cultivó todos los géneros literarios; pero las condiciones peculiares de su espíritu, su exquisita prudencia y benignidad, le hicieron sobresalir más en los unos que en los otros. Y no podía suceder de otra manera. ¿Cómo era posible que Luáces compusiese epígramas y letrillas, como Góngora y Quevedo? ¿Cómo habían de valer sus críticas y sus artículos de costumbres, tanto como los de Fígaro? Bufón lo ha dicho: el estilo

es el hombre, y cuando quería poner de manifiesto los vicios de una obra, hallaba la disculpa de ellos, y la aplaudía; cuando pensaba zaherir con un epígrama á un émulo suyo, lo hacía con tal suavidad, que resultaba inocente y pueril en sus enfados; era todo amor y entusiasmo, y no podía lucír su ingenio sinó en los grandes vuelos de la poesía pindárica, cuando exclamaba:

¡ Ciro, Cambises, Alejandro, César,
Pasad en vuestros carros y corceles,
Que de cien pueblos la cervíz hollaron !
! Pasad: vuestros estériles laureles
El incendio y la muerte marchitaron !
Pero no los de Field... Ellos florecen,
Y sin llanto ni sangre reverdecen...
¡ Vedlo sinó ! Con diestra inmaculada,
Del sábio ilustre conquistando el sólio,
Ha subido al moderno Capitolio
Laureado y solo, sin pavés ni espada !

Ya he dicho antes que Luáces rendía fervoroso culto á la amistad.—Prueba patente de ello es que en sus postrimerías, y cuando la muerte, aparejada de dolores, iba á visitarle, se creyó obligado por el dicho de su amigo Mestre, pulido escritor cubano, y presentó al certámen, que abrió el Liceo, un trabajo notabilísimo. Es un valeroso esfuerzo de su musa, próxima ya á espirar (*).

(*) Para que vea usted que no me dejo llevar de la pasión, quiero consignar aqui que en dicha oda hay versos tan impropios como este:

Doma al caballo, disciplina al toro.

Pero ¿qué valen éste y otros lunares ante la severidad de la forma y la robusta entonación de este canto?

¡Oh Cuba! !oh patria!... ¡Si á mi acento rudo;
Tan grave senda holláras ;
Si á la molicie enervadora alzáras
Con el trabajo previsor escudo :
Si enérgica arrojaras
El traje bullidor de los festines ;
Si opusieras con ánimo arrogante ,
Al perfumado humear de los pebetes
Y al himno estéril dél placer incauto ,
Que al integro sonroja ,
El rugiente vapor que el agua arroja ,
El crugir del cilindro que voltea ,
Y el alto hervor con que la masa roja
Del fundido metal bulle y ondea !

Ignoro si llegó á publicar en colección sus anacreónticas, pero las conozco casi todas, y puedo aventurarme á decir á V. que no me agradan, por más que en todas ellas se descubre la inspiración de este peregrino poeta. Fornáris confiesa que lo creyó discípulo de Anacreón, y que le estimulaba á seguir sus huellas. ¡Medrados estaríamos, por mi fé, si llega á tomar por lo serio su consejo! Hoy no tendríamos esas odas que he citado, y la que dedicó á Varsovia, que puede muy bien figurar entre las mejores de Quintana. A pesar de todo, en sus anacreónticas hay gracia y sencilléz, y á veces cierta ligera travesura, que sienta á maravilla en este género de composiciones.

Y ya que he mencionado aquí su oda *Á Varsovia* voy á copiarla para que V. conozca esta elocuente página de la lírica cubana. En ella hay rasgos felicísimos, y hay también, y, no tengo para que negarlo, descuidos imperdonables en un autor tan correcto é

inspirado. Pero estos descuidos son pocos y de poca monta, y las bellezas abundan, haciéndolos olvidar fácilmente. Hé aquí la oda:

Brillaba el sol. Varsovia moribunda
En sopor convulsivo
Insomne descansaba, cual enfermo
Que perdiendo las fuerzas agoniza,
Y cuyo cuerpo débil solamente
El fuego de la fiebre galvaniza.
Los almenados muros ya por tierra
No son reparo al invasor impío,
Y el fin augura de la inícua guerra
Con eco triste el quejumbroso río.
El triple cinto de montados bronces
Que la ciudad indómita ceñía
Con un raudal de sangre salpicado
Solo un grupo de ruinas ofrecía
Por el cañón del ruso ametrallado,
Y el águila bifronte de Moscovia,
Padrón de la ominosa tiranía,
Flotaba en la ya muda batería,
Baluarte ayer de la inmortal Varsovia.

Como el graznido ronco y repugnante
De los cuervos hambrientos,
Apagan los enérgicos acentos
Del águila caudal amenazante,
Así el rumor de roncos atambores,
De amenazas, de aplausos y clamores,
Que atruenan confundidos
La campiña desierta,
Domina un solo acento formulado
Por la voz del patriótico soldado
Que repercute el vigilante ¡ alerta!
Y á la bárbara hueste
Que con sarcasmo despreciable insulta
La mole grave de la inerte plaza

Que tanto noble patriotismo esconde,
Varsovia, sin plegarse á la amenaza,
Con su silencio aterrador responde.

El sol, en tanto, perezoso avanza
Cual no queriendo presidir el día
Que ha de ver insaciable de matanza
Agitar su pendón la tiranía;
Mas llegado á mitad de su carrera
Innunda en luz la dilatada esfera
Y su paso fatídico apresura;
Y al punto Paskewish..... ¡ nombre funesto !
Domador de ciudades,
Alma de esclavo, corazón de roca,
El ejército sarmatha convoca.
Ya corren á su voz !
Del Czar la guardia
La envidia excita de la rusa tropa,
En los hombres luciendo y los caballos
El oro que arrebata á sus vasallos
El cruel coloso insultador de Europa.
Los ásperos boyardos en sus filas,
Bajo el mando se muestran altaneros
Del Gran Duque Miguel. En líneas densas
Mas distantes se forman decididos
De Souvarow y de Astrakan y Varna
Los célebres guerreros. No oscurece
Tanto la luz el polvo que difunden
Húsares, coraceros,
Y dragones y hulanos y lanceros
Que impida ver el diferente equipo
Del inmenso tropel de los infantes
Que amenaza cubrir el horizonte.
Allí ostentan plumajes carmesíes
Las tiaras de los altos granaderos,
Y más allá en los cascos punteagudos
El águila imperial los cazadores
De espaldas recias y semblantes rudos.

Cómo brillan al sol ! Yelmos, corazas,

Banderolas, arneses,
Hebillas, placas ..... todo centellea
Con lúgubre fulgor ..... ¿ Mas quien podría
Dar nombre á los revueltos batallones
Que saliendo del fuerte campamento
Se extienden por los ámbitos del llano ?
¿ Ni quién á retratar alcanzaría
Al bello y mal domado circasiano,
Al tártaro feroz, al samoyedo,
Al horrible calmuko,
Y, por fin, al cosaco infatigable,
El, más que todos, impaciente y fosco
Que evocando con ásperos ahullidos
La sangre y el botín de la pelea,
A toda brida, con la lanza en ristre,
Sobre el potro ukranés se gallardea ?
Mas, ¿ Qué extraño furor, qué rabia ciega,
Qué demencia sus ánimos domina
Que la hueste confusa arremolina
Y al paroxismo del delirio llega ?
¿ Cómo olvidan la antigua disciplina ?
¿ Cómo en vez de formar vivientes muros
Se agitan como espigas tembladoras
Que azota el vendabal ?
Los mismos jefes,
Sin reprender el insolente alarde,
Unen su voz á las blasfemias sordas,
Y aplauden, revolviendo las espadas,
Los gritos de furor y carcajadas
Que al aire arrojan las revueltas hordas...
¡ Ebrios están ! .... El triunfador soberbio
Del Asia envilecida
Queriendo enardecer sus corazones,
Perturba la razón de sus legiones,
Y, en vez de patrío amor ó sed de gloria,
Solo vierte en sus pechos encendidos
El fuego vil del afrentoso Baco.

No hay duda, nó! La rabia amenazante

Que brilla audaz en su pupila ardiente,
No es el valor plausible que se irrita;
Es la rabia del ébrio que demente
A morir sin honor se precipita.

¡ Honor al varsoviano, al ruso mengua
Pues ya no puede desmentir la Historia,
Que así dirá para baldón eterno!
" Los que en París, en Erivau y Varna,
Con paso regular, firme y seguro,
Del turco, persa y del francés vencieron,
Solo inflamados en licor, pudieron
Subir resueltos de Varsovia el muro! "
¡ Y Varsovia entre tanto agonizaba!
Cual la fiera del Atlas perseguida
Por el grupo tenaz de cazadores
Que acosada, sin tregua, en su guarida
Del feliz vencedor por los clamores;
Lanza ronco y enérgico rugido,
La melena terrífica enarbola,
Bate el trémulo hijar despedazado,
Con el pincel de su flexible cola
Sus propias carnes con furor desgarra,
Y pierde, al fin la sanguinosa vida
Revolviendo frenética la garra;
Así el polaco en su rencor rugiente
Más bien exasperado que abatido
Procura alzar la destrozada frente!

Abandonado del francés voluble,
En rüinas el recinto y arrabales,
Por la peste y la guerra devorado,
Aunque débil y exangüe y moribundo
Despedaza con ánimo iracundo
Sus abiertas y míseras entrañas,
Haciendo estéril el valor fecundo
Que inspira, con sus ínclitas hazañas,
Al ruso miedo, admiración al mundo!
Mirad al pueblo. En grupo amenazante
Saciado ya de sangre y exterminio

Siempre grande aparece.
De la Dieta el palacio circunvala
Y al martirio sublime aparejado
Un trueno de amenazas impregnado
En solo un grito simultáneo exhala.
" ¡No haya conciertos, dicen, haya guerra!
Y nuncios, generales, dictadores,
Todo el que apreste la cerviz al yugo,
Humíllela ante el hacha del verdugo:
Que polacos no son, sinó traidores!"

En lo interior del templo de las Leyes
Ruge también la tempestad. Los nuncios
Se indignan escuchando
Al dictador osado que propone
Rendirse á Paskewich.....
" ¡Cómo! — clamaba
El bando más terrible y animoso,—
Solo para olvidar tanto heroismo
Derrocando en infame patriotismo
Retar osamos al feroz coloso?
¿Será vana la sangre que á torrentes
De Ostrolenska y Varsovia en las derrotas
Vertimos, los que ayer torpes ilotas
Alzamos hoy las rescatadas frentes?
¿Por nuestras propias manos arrancados
Arrojaremos hoy á sus corceles
Juntos con nuestras armas, los laureles
En cien combates con valor ganados?
Nunca! jamás!.. Y si morir es fuerza,
Con un coraje al opresor funesto,
Muramos en la brecha defendida
No prolongando la afrentosa vida
Que la Siberia acabará tan presto.

" Mirad, — exclama el Dictador perjuro, —
Mirad, por compasión, que se aproxima
El terrible momento... Yo os conjuro
Que salveis á Varsovia amenazada
De destructor y horrible bombardeo.

Mirad, que no son dioses los polacos,
Que defienden la brecha ya accesible
Con la fé de un sublime fanatismo.....
¡ Héroes son nada más, y el heroismo
Nunca pudo vencer de lo imposible!" —
" Silencio al Dictador! ¡ Fuera cobardes!
— Exclama un nuncio, — y el que sienta estinto
Su pecho de furor y de venganza
No profane más tiempo este recinto
De la patria refugio y esperanza!
Polonia su poder nos ha legado:
Atada no entreguemos á Polonia
A los pies de ese monstruo coronado.
¡ Dictador! ¡ Dictador! Son invencibles
Los que saben morir....! Incendios, muertes,
Son males para el pecho de los fuertes
A la vil servidumbre preferibles!....
¡ Abajo el Dictador!...." —
En el instante
De resonar el tumultuoso grito:
" Abajo el Dictador!" ruge indignada
La noble muchedumbre convocada,
Y "¡ abajo el Dictador!" con voz tonante
De extremo á extremo respondió Varsovia.....
Mas ¡ ay! ¿ qué ruido regular, lejano,
Interrumpe á la plebe amotinada?
¡ Es que junta su voz á la asonada
El estampido del cañón del ruso
Que da principio á la fatal jornada!
Al punto que lo escuchan los magnates
" ¡ Al muro! ¡ al muro!" con ardor exclaman
Sedientos de combates;
Y cual nubes que en cielo encapotado
Al campesino tímido amedrentan,
Del arrabal de Cristi amenazado
En la línea de fuego se presentan.....
A la incierta metralla resonante
Que el bronce innumerable de los rusos

Amenazando esclavitud envía ,
Con acierto fatal , envuelto en llamas ,
Responde la polaca artillería .
Al impulso tremendo
Que el pecho de los tímidos aterra,
Se cubre de cadáveres la tierra ;
Saltan las piezas con fragor horrendo ;
Restablecerla quieren los soldados
Y , aunque avanzan con furia las legiones ,
Se estrellan á los pies de los cañones
En menudos fragmentos destrozados .
El fuego va á morir , cuando empezaba
Apenas á tronar . El patrio brio ,
Secundando al saber , ya se previene
A vencer otra vez el poderío
De la fuerza brutal . ¡ Otra victoria
Va del Polaco á sancionar la gloria !

Lo teme Paskewish , y al punto vuelto
A las suyos exclama :
" De lejos nunca combatió el valiente !
Está abierta al valor digna palestra :
Dad de vosotros generosa muestra ,
Mas sabed que no da lauros la fama
Sino en sangre bañados que derrama ,
Al arrancarlos , la animosa diestra . . .
Llevad , llevad la abrasadora llama
Del varsoviano muro á lo más alto !
¡ Hurra al Emperador ! hurra! ¡ al asalto ! "
Y llama al fiero Vit , que á su mandato
Lanza las ebrias hordas sin concierto
A escalar la mortífera trinchera ,
Donde el águila angusta de Polonia
Se repliega en la indómita bandera .

Secundan los briosos capitanes
El empuje brutal de las legiones ,
Animando con voces al valiente
Y aguijando al remiso que vacila
Con la punta feral de las espadas .

En pos una de otra, cada fila,
Unidas y cerradas,
Corren en confusión, cual las manadas
De los salvajes toros. — Impelidos
Los unos por los otros, sin que puedan
Evitar las primeras
La obstinada impulsión de las postreras,
Se adelantan las moles redobladas
Siguiendo las tendidas banderolas,
Como una mar de turbulentas olas
Que rueda con mugír amenazante
Y va á estrellarse á la fatal barrera
Que opone el cielo á su agresión constante.

No esperan los polacos en sus líneas
La *avalancha* feroz de los guerreros,
Y salen á su encuentro denodados
Sus valientes, robustos granaderos.
Como el rayo encendido
Que abrasa lo que toca
Se lanza la patriótica columna,
Con fiero impulso con la rusa choca,
La turba la atropella, la extermina
Y, abrevada de sangre y de matanza,
Desbandada la arroja á los reductos
Perdida de vencer, toda esperanza.

De los jefes, empero, á las razones
Que el ejemplo secunda, vuelve el rostro
El fugitivo ruso; titubea
Y á morir con honor se determina
Tornando con ardor á la pelea....
Mas... ¿qué nube de polvo se abalanza
Que á trechos rompen, augurando muerte,
Cual fúnebres relámpagos sombríos
Los fulgores terríficos que esparcen
El sable alzado y la tendida lanza?..
¡Miradlos y temblad! Si quereis gloria
Esperad y morid; mas si la vida
Preferis al honor... volad, que llegan!

¡ Los lanceros — azules , los dragones
De Sandomir no veis ? ¡ Ah ! si ¡ Victoria !
¡ Los conoceis, los conoceis , cosacos
Y firmes esperais ? ¡ Vana locura !
Llegan ; hieren . . . ¡ dó están esas legiones
Cuyos pies ocultaban la llanura ? . .
¡ Huyeron ! . .
¡ Ah ! miserables cuan distantes !
Como nube de tímidos gorriones
Que persigue el azor en la espesura ;
Esquivando el furor de los ginetes
Generales y jefes y soldados ,
Hasta el pié de las rusas baterías
Con insano rencor son degollados . . . . .

Del duro Paskewish á los acentos,
Bramando con furor , ya se adelantan
Millares de ginetes . El polaco
No los cuenta , embriagado por el triunfo ,
Y arrostrando la furia del cosaco
A su encuentro se lanza decidido ;
Empero por las masas repelido
Tras breve lid , con rápida carrera
En las líneas se abriga . Allí le sigue
El imprudente ruso ; le persigue ,
Y con furor salvando la trinchera
Con otros nuevos batallones choca ,
Rompiendo en ellos su pujanza grave,
Como se estrella en la escarpada roca
Con rudo impulso la orgullosa nave .

Al verse de los suyos separada
Quiere huír la columna ; pero aislada
Envuelta en humo y fuego se extremece ,
Batalla con temor . . . y fulminada
Por el plomo y el hierro desparece ,
Que , ardiendo en saña, el varsoviano añade ,
De la polaca sangre en holocausto ,
Y en medio de la furia moscovita ,
Otra página fúnebre á su historia

En sangre vió del opresor escrita . . .
En tanto ¡ ay Dios ! en tanto , enardecido
El ruso general que ha conseguido
Distraer la certera batería
Cuyo fuego nutrido
El asalto de Cristi le impedía ,
Con hórrido estampido
Renueva el espantoso cañoneo ;
Y al ver los muros ya despedazados
Guerreros lanza en denegrida nube
Que avanzan con horrible clamoreo
Por la embriaguéz y cólera excitados . . .
Del baluarte fatídico delante
Ya están los granaderos esforzados ;
Relámpagos de lumbre amenazante
Despiden impacientes los fusiles
Y al enérgico grito de ¡ adelante !
Del Czar avanzan los esclavos viles .

Nada á su paso destructor es valla ,
Marcha triunfal semeja su carrera ,
Y el polaco impasible en la muralla
La mecha en alto , la señal espera .
Ya , con valor irreflexivo y ciego ,
A medio tiro se encontraba el ruso ,
Cuando responde á su clamor confuso
La voz siniestra y funeral de ¡ fuego !
Los globos inflamados
Barren filas enteras : impasible
Sobre ellas salta el moscovita fuerte ,
Y al verlos cada vez más agrupados
Parece que el acero de la muerte
En vez de aniquilar , forma soldados .

Tres veces truena el bronce
Antes que el ruso destrozado llegue
A los pies del reducto fulminante ,
Y tres veces se agita la columna
Y en su sangre se anega
Y en brusco movimiento trepidante

En sí misma, turbada, se repliega.
Pero no retrocede, que cerradas
Las amplias brechas que en las densas filas
Ha abierto la metralla devorante,
Se aproxima con furia asoladora
Alfombrando la ruta espantadora
Con líneas, en fragmentos, separados
Donde ruedan, sin orden, confundidos,
Sobre arroyos de sangre, moribundos,
Cadáveres, banderas, atambores,
Clarines, bandas, armamento y plumas.

En vano los polacos iracundos
Derriban en la arena á los audaces;
Más numerosas, cuanto más diezmadas,
Como enjambres de abejas irritadas
Subiendo siguen las revueltas haces.
Y al fin llegan! Los bravos defensores
Los reciben bramando de alegría
Y pecho contra pecho enardecidos
Defienden la ominosa batería.
El chocar de los bárbaros aceros,
El golpe abrumador de los fusiles
Convertidos en mazas de combate,
El funeral silencio rompen solo.
No se escuchan clarines ni atambores.
Provocando á la cruel carnicería,
Ni aún arrancan el miedo y la osadía
Al débil ayes, ni al audaz clamores.

Atravesando un seno generoso
Hiere la bayoneta el bronce duro
De las ya mudas piezas, y al empuje
Salta el hierro templado ó se doblega.
Ruedan los bravos; las teñidas plumas
De polacos y rusos se confunden;
Y ya sin armas en la diestra fuerte,
Nuevas preta al sitiado la energía,
Y á la inútil presión del brazo inerte
El triunfo incierto de la patria fía.

Allí un noble polaco moribundo
Arranca el hierro que le rasga el pecho,
Le esconde del contrario en la garganta
Y "¡adios Polonia!" con ardor clamando,
Sucumbe con delicia contemplando
Que besa el ruso al espirar su planta.

Mas ¡ay de mi! no puede prolongarse
Lid tan horrible... Espiran los valientes
Unos tras otros; inflamados globos
Incendian la ciudad; llega la noche
A aumentar el horror. Los que resisten,
Pocos, pero resueltos, á abismarse
Con la noble Varsovia,
Por las voraces llamas divididos
Sucumben por el número oprimidos
Y mueren con placer. Los moribundos
Batallan con furor. La faz airada
Revuelven contra el ruso en su agonía,
Tenaces muerden la enemiga espada
Y temor del Imperio todavía,
Con sus cuerpos defienden la estacada
Que en vano cubren muchedumbre impía.

Mas ¡ay! ceded polacos... Es inútil
La defensa... Mirad... ¡Cayó Varsovia!...
¡Cayó por cuarta vez!... Ya vuestros jefes
Han resuelto ceder. En los baluartes
Donde aún la sangre derramada humea,
En vez de los polacos estandartes,
El blanco lienzo de la Paz ondéa.
¡Os conceden la paz!... La paz... ¡No hay duda!
¡Que insultante sarcasmo! ¡Ni que lazos,
Que vínculos de afecto estrechar pueden
La paz que ofrece el vencedor que llama
Rebelde siervo al infelíz vencido?
¡Cómo los tigres del romano imperio
Paz llaman á la infame servidumbre
Y á la horrenda quietud de los sepulcros!
¡Vivid, vivid para besar la mano

Del triunfador tirano ,
Y haced que olvide la imperial alteza
Que fuísteis de Varsovia defensores ;
Imitando ese grupo de señores
Que al yugo rinden la servil cabeza
Con la audacia infernal de los traidores !
Mas no más tiempo con osado labio
La sangrienta ironía
Vuestro valor santificado insulte . . . . .
Y si quereis vengaros . . . ¡ escuchadme !
Nada espereis de pueblos ni de reyes ;
Y pues mirais que las naciones callan
Y el mercader de Julio os desconoce ,
Y , como Luis y Napoleón , lo hicieron ,
Permite que la patria tinta en sangre
Se debata á los pies de los triunviros
Que su naciente libertad insultan ;
Castigando tan vil apostasía .
Unid vuestros valientes batallones
Del Czar triunfante á la aguerrida tropa
Y , en mengua de occidente y mediodia ,
Haced con vuestra noble bizarría
Colonia rusa la mitad de Europa !

También el teatro tiene que agradecerle á Luáces. No era un poeta dramático en el riguroso sentido de la frase. Sus dramas, por lo común, son flojos; sus comedias bretonianas, á vuelta de una versificación fácil, fluida y elegante, descubren pobreza de trama, no despiertan el verdadero interés, necesario, gradual y constante, que debe presidir en este linaje de trabajos. Ejemplo vivo y manifiesto de lo que le digo se encuentra en *El Fantasmón de Caravaca, Los dos amigos, El Becerro de oro,* y otras, sin dejar su drama *El Mendigo rojo,* primorosamente versificado y con algunas situaciones de primer orden. Empero puede

asegurarse que sus mejores obras son el *Aristodemo* y *Arturo de Osbert*. La primera de estas tragedias no tendrá la sencilléz extrema de la *Efigenia* de Eurípides; pero ofrece un plan perfectamente concebido y desarrollado con acierto. Los episodios que inventa contribuyen á realzar al protagonista, y la figura infame de Theón es sublime y sobre todo punto original (*).

Y basta ya de bachillerías, que á poco más salgo de mi apuro, sin darme cuenta de ello. ¿Puede esta carta servir de artículo en mi futura obra? Pienso que si; y desaliñada y torpe en su expresión, si bien no estudia uno por uno los trabajos del infortunado Luáces, manifiesta bien á las claras, y sin artificio, la estima grande en que los tengo y el alto concepto que me merece quien, con su talento lozano y vigoroso, supo dar vida al pensamiento, ensalzar á su país, y contribuyendo á su mayor progreso, hacerse digno de los loores que le tributa la fama.

(*) Pero ya lo he dicho antes; no era Luáces un verdadero poeta dramático. Su talento vigoroso y exaltado, su inspiración valiente y robusta no hallaban cómodo albergue en el teatro, sujeto á reglas y preceptos, y cuya naturaleza obliga al autor á despojarse de su propia personalidad, para reflejar con exactitud las varias escenas de la vida que retrata. La admiración le arrastraba; un hecho cualquiera hacía arder su pecho en grave y noble indignación: y estas cualidades le hicieron brillar en los más altos vuelos de la poesía lírica.

F. LÓPEZ DE BRIÑAS.

Con este nombre conocíase en Cuba un versificador florido, exaltado y ardiente en sus amores, defectuoso en el plan de sus composiciones, incorrecto en el lenguaje, descuidado y desleído en la frase. Y no se crea que alcanzaron poca boga sus escritos; antes bien, el vulgo de que nos habla Lope, y el vulgo de nuestros literatos concedióles sobrada fama, colocandolos á la par de los de Mendive, Roldán y Zambrana en los *Cuatro laudes*, otorgando á su autor diferentes premios en más de una sociedad literaria.

Nosotros, que no pensamos de igual modo, no hemos de brindar tan alto honor á sus obras. Nuestro propósito de no faltar á la verdad y de mantenernos en los límites que la razón dicta, nos impide prodigar aplausos á quién no los merece: y á fe que no nos causa pesar tratándose de Briñas, pues sentimos

verdadero contentamiento al augurar á sus obras el olvido más completo

"No son modelo á propósito para los jóvenes—dice Fornáris; — pero sus poesías escogidas serán siempre leídas con gusto"; y cita á renglón seguido el canto *A Marta*, *La Estrella y el Sol*, y otras varias, que, á su juicio, merecen consideración y aprecio.

Veamos hasta qué punto tiene razón el poeta de Bayamo, y citemos algo de las composiciones mencionadas.

CANTO Á MÁRTA.

Oigo una voz en lo interior del alma
Que me asegura el porvenir que ansio.
. . . . . .
Te haré una choza de cortezas verdes,
Donde en un lecho dormirás de flores,
Donde jamás te faltarán *sabrosas*
Mieles y *aromas*.

LA ESTRELLA Y EL SOL.

Me verás alumbrar la superficie
De la región vacía . . .

¿Como puede tener superficie lo que es ilimitado?

Mas no se piense que son estos los únicos yerros que comete Briñas: en su poema *Colón*, se leen otros no menos disparatados:

Se ha puesto el sol, y tiende su ropaje
La oscura noche por la *mar desierta*.
. . . . . .

Y al peso abrumador del desaliedto
Se desploma sobre él el firmamento.
. . . . . .
Dice y la hora de arribar resuena
En las tres anclas, que, al caer á plomo,
Ruidosas á la par con la cadena,
Rompen del mar el *esmaltado lomo.*

¿Queréis que sigamos copiando? ¿No bastan estos defectos? Pues abrid de nuevo el libro; detenéos en su oda *Redención del género humano,* y leeréis:

. . . . . la vida
Con tres clavos cosida
. . . . . , .
De muerte la escritura
Que adquirió el hombre, etc.

¿Deseáis conocer sus versos *A Laura?*

¡Oh, cuán bella á mis ojos resplandeces
De este mundo *en la nada!*
. . . . . .
Si te miro en la danza enamorado,
Aérea cual tu risa (?)
. . . . . .

¿Queréis..... pero, no: basta con lo dicho para demostrar la poca significación literaria de este autor; y al concluir estos renglones, diremos, como comienzo de ellos; "Olvido para sus obras, perdón para sus faltas; eterna maldición para la influencia que ejerció."

1868.

RAFAEL MARÍA DE MENDIVE.

> Le poete ne doit jamais oublier au profit d'un avenir que lui meme trouve plus brillant, les exigences du present et du lecteur qui ne tient qu'a le dernier.
>
> RICHTER.

I.

ACONTECE, por punto general, que aquellos que atinadamente manejan la crítica literaria, son los que, aplicando con menos acierto los preceptos del arte, incurren en los mismos defectos que reprochan en los demás, careciendo de las bellezas, que en agenas obras, celebran y aplauden. Y esto sucede porque ha menester el escritor que á la crítica tarea dedique las fuerzas de su inteligencia y saber, un talento profundamente analítico, gran copia de erudición y una fría serenidad, que, si bien no está reñida, al menos compónese mal y no se arregla y encaja con la briosa inspiración del vate y lozana

fantasía. A este propósito dice Larra, á quien no nos cansaremos de admirar por lo mucho que discretamente nos deleita y enseña, que mal pudiera el cielo conceder tan codiciados dones á un individuo sin contradecir sus propias leyes; y en su comprobación cita Fígaro á Homero, Virgilio y otros más, que si él no los mencionase, bien podríamos nosotros hacerlo por cuenta propia, comenzando las citas por el mismo Larra, gallardo y noble talento, tipo, cifra y compendio de nuestro aserto.

Se agolpan á la mente estas breves reflexiones, porque vamos á trazar algunos rasgos biográficos referentes á uno de los cubanos que más se distinguieron en el campo de la poesía, y que más medianamente manejaron el escalpelo de la crítica literaria (*).

Nació Rafael María de Mendive el 24 de Octubre de 1821, hijo de padres que, si antes habían sido ricos, tan pobres los encontró al venir al mundo, que no pudieron pagarle una escuela, y mucho menos un colegio donde hacer sus primeros estudios. En defecto de ello enseñóle primeras letras, latín, italiano y francés su hermano D. Pablo, que había recibido una brillante educación en los colegios más notables de Inglaterra y Francia, y cuyo cariño por Rafael le llevó hasta nombrarle heredero de su pequeña fortuna, de la cual por motivos de delicadeza, no quiso percibir éste ninguna cantidad.

Hizo Mendive sus estudios preliminares para la

(*) No acostumbramos á estampar juicios sin comprobaciones. Véanse sus trabajos en la *Revista de la Habana*, principalmente el que versa sobre un poema de Campoamor.

carrera de abogado en el seminario de San Carlos, donde á la sazón se daban gratis un curso de latín, otro de filosofía y cuatro de derecho común. Recibido de bachiller en 1842, le comprendió la reforma del nuevo plan de estudios, y le fué preciso cursar los años quinto y sexto que exigía aquel plan para obtener el grado de licenciado, mientras que, en la universidad de Madrid, se hacía necesario otro más, motivo que le obligó á no recibirse de abogado en la córte, como pensó hacerlo en 1845.

Vuelto á la Habana el mismo año, publicó en compañía de Roldán un semanario titulado *Flores del siglo;* y dos años más tarde, un tomo de poesías, llamado *Pasionarias*. Fué en este tiempo colaborador asíduo de *El Faro industrial,* y secretario de la sección de Literatura en el Liceo de la Habana. A contar desde esta fecha, hasta 1852, residió en París, y después de esta ausencia regresó de nuevo á Cuba y fundó *La Revista de la Habana,* periódico quincenal, que alcanzó gran boga y próspera y larga vida (*). Al año siguiente fué nombrado secretario de la Sociedad de Crédito del ferro-carril cubano, y así vivió contento y feliz, dando á la imprenta un segundo tomo de versos, con un prólogo de Cañete. Saludado por todos, alentado por muchos, se presenta el nuevo paladín en la arena literaria, recogiendo triunfos, siendo en breve aclamado como un poeta dulce, natural y cariñoso. El mérito, que á nuestro entender,

(*) Se dieron á conocer en esta revista los literatos que más tarde brillaron en Cuba; y entre las poesías que en ella publicó Mendive, merecen citarse *El Canto fúnebre*, *Serenata á Paulina* y la *Música de las palmas*, puesta en música por el célebre y malogrado Gotschalck.

distingue las poesías de Mendive, en esta época, es el de haberse alejado de perniciosa escuela á la sazón puesta en boga en nuestro país. Nos referimos á la influencia de Zorrilla, que señaladamente se había significado en algunas obras de Palma, tomando carta de naturaleza en las de Fornáris.

Ha escrito además un libreto que fuè puesto en música por el maestro Ardite, y cuyo título es *Gulmara,* habiendo tomado el argumento de uno de los poemas de Byron. Dió á la imprenta dos ediciones de las Melodías Irlandeses, de Moore, y aun guarda inéditos dos dramas: *La nube negra* y *Los pobres de espíritu;* y dos leyendas llamadas *El valle de los suspiros* y *Un drama en el mar.*

II.

Rafael María de Mendive, como casi todos los trovadores de Cuba, es tierno y sencillo, y agrada por la dulzura de sus cantos y los delicados matices de su sentimiento.

¡Y esto mismo se le ha querido echar en cara pretendiendo significar la pobreza de su estro!

Nosotros, que no preferimos ningún género, ni somos apegados á determinada escuela, creemos que donde quiera que se vean cumplidos los fines del arte, allí donde se mire realizada la belleza, debemos admirar la fuerza creadora del genio, sin detenernos á examinar el tiempo que necesitó en su obra, ni su género, ni su escuela. Nos basta que haya belleza

para que la admitamos, y por eso figuran en nuestra modesta biblioteca Homero al lado de Cervantes; Byron y el cantor de Hamlet; Voltaire en el mismo estante que Lamartine, y Fr. Luis de León junto á Calderón de la Barca, D. Ramón de la Cruz y Leopardi.

No es ciertamente la filiación lo que buscamos en un poeta, y por eso no hemos de deplorar que Mendive sólo tenga *una cuerda* en su lira, si bien no disculpamos que exagerando el tono quejumbroso del malogrado Heredia, preste cierta monotonía á sus cantos, condición que hace olvidar únicamente con los rasgos de sentimiento y la delicadeza con que los exorna. Oigamos lo que dice á su hija:

Cuando en mis brazos con placer te estrecho,
Lleno de fuego celestial... entónces
Siento que libre de tu amor en alas,
Dejo esta vida,
Dejo esta vida y me remonto á un mundo
Donde, entre sueños, la pasión me finge
Vastas campiñas de perfumes llenas
Plácidos bosques.
. . . . . .
Nunca del pobre la mirada apartes;
Ave que errante en tu cendal se prenda
Sepa que tiene en tu sencillo pecho
Cima de flores.

¿Queréis conocer dos romances de lo más donoso y bello que ha inspirado la musa castellana? Pues leed la *Flor del gua y Yumerí.*

El amor á la virtud, el deseo del bien, le dictan la sátira intitulada *Lamento,* en la que, alejándose

del camino emprendido por Quevedo y Moratín, llora las malas costumbres de la época, en vez de flajelarlas como ellos. No se encuentran allí ni gracia, ni travesura, ni acerada ironía; pero ¡qué cuadro tan bello y rico presenta á nuestros ojos! Mendive, entregado á una *soñadora idealidad,* como dice Byron, canta con extrema sencillez, y avergonzado de los vicios de la sociedad, fulmina contra ellos terribles anatemas:

¡ Cuán elocuente , oh Dios ! y cuán sonora
Debiera ser mi voz en este instante ,
Ya que infortunio tanto el alma llora !
. . . . . .
Ven y serás al presenciar conmigo
El cuadro de tan mísera flaqueza ,
Su juez más digno y su mejor testigo (*)
Escucha . . . ¿ ves ? A despuntar empieza ,
Entre celajes trémulos la luna
Mientras duerme feliz Naturaleza .
Reposa en calma en su dorada cuna
Un candoroso niño á quien halaga
Con sus brillantes sueños la fortuna .
La brisa , en tanto , cariñosa vaga
Entre las hebras de sus blondos rizos ,
Como el postrer suspiro de una maga ;
Y un ángel comtemplando sus hechizos ,
Suspenso acaso con placer le cuida
De la luna á los rayos movedizos .
Mas la amorosa madre ¿ dónde es ída ?
¿ Dónde aquél labio está , que con sus besos
Suaves nos llena el corazón de vida ?

(*) *Villergas* dice, y con razón, que este juez debía ser *recto*, y no *digno*. *Passez la mot.*

¡Qué versos tan preciosos! Veamos ahora como traduce á Moore en una de sus celebradas melodías irlandesas:

Ven conmigo silencíosa,
Niña hermosa,
Sobre el mar;
Ven á ser mi compañera
Cuando el sol solemne impera
O nos cubre temblorosa
La espantosa
Tempestad.
¿Qué me importa ser cautivo
Si aquí vivo
Sin tu amor;
Si ligada está mi vida
Con tu muerte, y siempre unida
Va mi suerte á tu existencia,
Y á tu ausencia
Mi dolor?
. . . . . .
En la tierra los más bravos
Son esclavos,
¡No en el mar!
Donde nadie nos espía
Ni hay más luz ¡oh niña mía!
Que la luz esplendorosa
De la hermosa
Libertad!...

La muerte del malogrado Palma arranca á su lira notas delicadas y sentidas. No se cumple en él el conocido proverbio de ¿quién es tu enemigo?—El de tu oficio.—Rinde, por el contrario, tributo cariñoso y digno á la memoria de los que fueron sus compañeros de letras, ensalza sus nombres y recuerda sus virtu-

des y talentos. Heredia, Milanés, Tolón y hasta Acosta, que fué bien mediocre, le sirven de motivo para alabanza, en uno de sus más celebrados romances. ¿Qué mucho que Ramón Palma, que era hombre de génio y corazón entero y valiente arrancase á su lira notas tan sentidas é inspiradas como estas?

Mentira me parece,
Mentira, que haya muerto . . . !
Sin luz está su alcoba;
Su lecho está desierto;
Y en él tan sólo reina
Profunda soledad . . . !
Las lámparas de oro
Se encuentran apagadas;
Su lira hecha pedazos,
Sus rosas deshojadas;
Y envuelto en sombras fúnebres
El ángel de su hogar.
Murieron ¡ ay! murieron
Las dulces esperanzas,
Los sueños de ventura,
Las plácidas confianzas,
Y aquellos goces íntimos
De férvida pasión . . . !
Ni gritos, ni lamentos,
Ni cánticos, ni quejas,
Ni besos, ni suspiros
Devuelven esas rejas,
Que mudas guardan, lúgubres,
Su expléndida mansión.
Abierta está la página
Del libro que leía,
Y en cuyos versos ávida
El alma se embebía,
Cuando cual rayo súbito
La muerte cruel le hirió.

La estátua del silencio
Adusta se levanta,
Y el génio de la música
Oprime con su planta
Y apaga el són armónico
Del arpa del placer...
Cubierto por las nieblas
Su fondo oscuro y frío,
No guarda ni una gota
Del llanto que sombrío
En los momentos últimos
Vertió su corazón.
¡ Oh cielos ! ¿ Es posible ?
La muerte no respeta
Ni al férvido patriota,
Ni al mártir, ni al poeta,
En cuya frente espléndido
Brilló más de un laurel !
¿ Qué ven aquí mis ojos ?
¿ Qué escuchan mis oídos ?
Fragmentos y despojos
En polvo convertidos,
Y el eco melancólico
De algún suspiro fiel... !

No hemos de seguir copiando. No es menester que citemos otras composiciones. Historiando la poesía horaciana el erudito Menéndez Pelayo, cita con elogio y estima la que dedicó este autor *A un arroyo,* y en verdad que es notable. Con lo expuesto basta para probar el mérito de este poeta; y tiempo es ya que digamos algo sobre los defectos en que suele incurrir; poniendo punto final y remate á este artículo.

No cabe en humana obra nada perfecto, ni hay rosas sin espinas, rayos de luz sin sombras ni sol sin manchas. ¿Qué extraño, pues, que un poeta presente

al par que muchas bellezas algunos lunares en sus versos? Mendive, el correcto y pulido Mendive, escribe versos tan inarmónicos como éste:

Nos devoran de dolor y de tristeza.

rimando goza con esposa (Esperanza), aplausos con brazos á (Dervenine) y lágrima con mágica (La gota de agua); tomando verbos en acepción impropia, como lo hemos probado al hablar de sus tercetos. Mas ¿que importan estos defectos y algunos otros que no citamos en gracia á la brevedad?

Errare humanum est.

"En las composiciones de nuestro cantor cubano—dice el Sr. Cañete—se advierte desde luego que sabe sentir, que tiene ideas propias y sentimientos elevados, que conoce y maneja atinadamente el idioma; que lee con acierto en el gran libro de la naturaleza, y que la hermosura de los campos, el agreste esplendor de las montañas y la majestad de los mares, causan en su alma impresiones profundas y duraderas; pero se conoce también que, deslumbrado á veces por el falso brillo de una escuela que tuvo momentáneamente gran boga, y que ha caído ya en la sima del descrédito, cuando no en la del olvido (que es lo mejor que pudiera sucederle), vicia su índole peculiar, seducida por el irreflexivo aplauso que arranca al vulgo el oropel de ciertos ingenios corruptores, y se empeña en imitar y seguir á quién no merece tanta honra".

Estos datos biográficos quedan incompletos. El poeta vive enmudecido en Nasseau, triste y sólo, y separado de su hogar y de su patria. La ola de la re-

volución le alejó de Cuba. Destino adverso, que roba á la literatura sus más gallardos campeones!

Después de la pacificación de Cuba, regresó á la Habana, donde publicó la tercera y última edición de sus versos que tengo á la vista. Es la más completa de todas, y en ella ha suprimido no pocas composiciones, añadiendo otras de sus postreros tiempos, y castigando y limando muchas de ellas. Reprodúcese en esta edición, como en las anteriores, el correcto y bien pensado prólogo de Cañete, y como nota biográfica, con sus ribetes y pezpuntes críticos, contiene además un sabroso estudio de Vidal Morales, escrito con exacto conocimiento de lo que trata, y lleno de interés por las noticias que acopia y los datos que suministra. No hay duda que Morales es un bibliógrafo de la madera de los buenos: no se acabará con Bachiller, en Cuba, esta raza de escritores.

Vuelto Mendive de la emigración le brindaron sus amigos con la dirección de *El Diario de Matanzas*, periódico liberal é independiente, cuyo cargo de director desempeñó por breve tiempo, regresando á la capital para consagrarse por completo al ejercicio de su profesión de abogado, en el despacho de su amigo Valdés Fáuli. En estas tareas le sorprendió la muerte, siendo objeto de una respetuosa manifestación de cariño su entierro. Todos los periódicos de la isla tributaron al poeta los laureles que con su

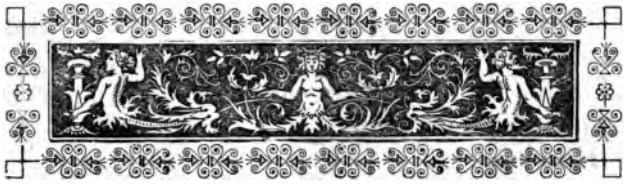
inspiración, exquisito gusto y delicado sentimiento había sabido conquistarse.

Ya Zenea dijo que "como los pájaros que oyen un ruido y cantan, Mendive, se eleva en álas de su inspiración, cuando se conmueve y habla naturalmente en el idioma de las almas sensibles..... porque es un poeta de imágines delicadas, y hay en sus versos una música delicadísima que halaga nuestros oídos".

Villergas también se ocupó, en el exámen, de las obras de este poeta, asegurando que "es uno de los mejores líricos contemporáneos, sin que entre todos los que hoy manejan la lengua de Castilla, le supere uno solo en las melodías del sentimiento". La Avellaneda le llamó "poeta eminentemente tierno"; y todos, en fin, los que se han ocupado en su estudio, han reconocido, su inspiración brillante. y sus fáciles y armoniosos versos, que se pegan al oído "como sucedió con los del Trovador, y como sucede siempre con los que tienen mérito positivo".

En la última edición de sus obras incluye Mendive un poema ó leyenda, titulado *Cuento de amores*. Es una narración algo deshilvanada y falta de trabazón y enlace; puede que sean fragmentos de una gran leyenda que dejó sin concluír; pero de todos modos hay en este cuento de amores, versos hermosísimos, descripciones de primer órden, muestras, en fin, del celebrado talento de su autor. En este sentido, acaso sea lo que más nos gustó de cuanto escribió.

1887.



JOSÈ SOCORRO DE LEÓN

SCRIBIÓ este poeta un tomo de versos, intitulado *Flores silvestres,* y como no le conocemos otra cosa, por ellos habremos de juzgarle.

Desde luégo salta á la vista que no pensamos bien de sus versos, y de esta opinión ha de convencerse el que leyere si se toma la molestia de repasar esta estrofa, que, como otras muchas, presenta una forma detestable y un pensamiento por demás pobre.

Dadme de *ádel* sepulcral corona ,
Y el bastón del mendigo *miserable*
Con su sombrero y frac hecho girones
Para *abrigarme* .

Y no es esto de lo peor que encontramos, pues pagando escote á la manía de su país, escribe sone... tazos, que todo pueden ser menos sonetos.

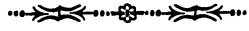
Sin embargo, á pesar de tantos yerros, no con sobrada ligereza anduvimos al llamarlo poeta, que bien merece este nombre quién escribió el precioso romance *Te vuelvo á ver.*

Hélo aquí:

Y te vuelvo á ver. ¡ Ay triste !
¡ Cuánto por este momen to ,
Cuánto , luz de mis delirios ,
Suspiró mi amante pecho !
¡ Y te tengo entre mis brazos !
¡ Y oigo tu voz y no sueño !
¡ Y me dan tus labios dulces
El más dulce de los besos !
Y yo esperaba . . . esperaba ,
Y en la fiebre de mi anhelo ,
Nunca pensé que llegase ,
Nunca , este instante supremo !
Pero, ¿ es verdad ? . . . ¿ no es mentira
Que en mis brazos te contemplo ,
Y que es tu voz la que escucho ,
Y estos besos . . . son tus besos ?
¿ Es verdad que eres tú misma
La que ciñes á mi cuello
Tus brazos . . . cadena suave
De dichas y de embelesos ?
¿ No es ilusión que te escucho ?
¿ No es ilusión que te veo ?
¿ Es tu corazón amante ,
Dilo por Dios , el que siento
Que solloza . . . que suspira ,
Y late . . . como queriendo
Decirme con sus latidos
De tu cariño lo inmenso ? . . .
¡ Como que he soñado tanto
De nuestra ausencia en los tiempos ,
Me asusta que un sueño sea

La viva emoción que siento!
Y como que en esos días
De separación y duelo,
Cuándo no soñaba, ¡ay triste
Y duro resentimiento!
Herido en medio del alma
Por el dolor más intenso,
Por el dardo más agudo,
Pensaba con desconsuelo
Que en la tumba del olvido
Sepultabas mis recuerdos!
¡Oh! permite que en tus labios,
En tus labios siempre frescos,
Beban otra vez amores
Los míos que ya están secos.
No te apartes de mi lado...
No te alejes de mi seno...
¡Déjame buscar la vida
En el ámbar de tu aliento!
¿Ves ese rayo de luna
Que por el follaje espeso
Penetra de una arboleda?
Pues es de amor mensajero...
Amor le manda que alumbre,
De la noche en el silencio,
La escena más deliciosa,
De los amores más tiernos!

Gisbert sólo dejó un corto número de composiciones, y, sin embargo, se halla colocado entre los clásicos franceses, ¿Qué extraño, pues, que nosotros escribamos aquí el nombre de León, después de habernos legado este delicado romance?



JUAN CLEMENTE ZENEA.

I.

Vamos á tratar de un poeta infortunado, muerto en lo mejor de sus años, cuando el porvenir le sonreía y tantas páginas de gloria le estaban reservadas por sus cantos.

La guerra, semejante á ese mónstruo que nos pinta la antigüedad, todo lo absorbe y tropella. A su paso desaparecen hombres, riquezas y hermosura ¡Ah, y cuantas lágrimas nos cuesta! Heredia muere clamando por el sol de su patria: Plácido es fusilado en Matanzas, y Zenea trás de prolongada prisión y encierro, recibe igual término que el ilustre cantor de Martinez de la Rosa.

¡Maldita la guerra y bendita la paz!

Nació Juan Clemente Zenea en Bayamo en 1834,

y siendo muy joven aún, contando sólo diez y siete años, colaboraba en *La Prensa*, y dirigía en compañía de su primo Ildefonso Estrada, malísimo escritor por cierto, *El Almendares*, semanario de literatura y artes (1852).

Alimentando ideas de independencia, *cansado de soportar la mirada del déspota español,* según decía, tomó rumbo á New-York, y de allí pasó á México, donde redactó el diario oficial de la República, hasta que la revolución de Yara le llamó á sus filas y abandonando entonces gloria, familia y hogar, escribió artículos de propaganda y combate en *La Revolución,* disertó en el Atenéo Cubano de Filadelfia, animó á los débiles, esforzó á los valientes, y corriendo trás muerte segura, salio para Nasseau, y de allí para Cuba, conferenció con Céspedes, arengó á los suyos; y..... ¡terminación prevista! apresado por las tropas del Gobierno, fué fusilado en los fosos de la Cabaña el 25 de Agosto de 1871.

A la noticia de su muerte se publicaron en un periódico de la córte sus poesías póstumas, precedidas de frases apologéticas, protestando contra los voluntarios de la Habana por haber fusilado al poeta que, después de haber recorrido los campos de la insurrección "por no ser un esclavo más en el fundo de España" escribía:

Porque tengo por más honra
Ser libre filibustero
Que ser pirata negrero
Y torpe esclavo de un rey.

Nosotros no hemos de juzgar á Zenea en el cam-

po de la política. A otros toca tan ingrata tarea. En la candente arena de la política no esparcen su fragancia las flores. Allí todo es campo de soledad y de abandono. En los verjeles de la poesía encontraremos grato soláz y esparcimiento al ánimo. Zenea era un poeta, y en sus versos se retrata su alma apasionada y vehemente.

II.

Bajo el punto de vista literario, su vida fué no menos activa, y de ello se resienten sus trabajos. Escribía mucho y de prisa, sin detenerse á corregir lo escrito. Por eso vemos composiciones tan detestables como *El hijo del rico,* en las que no aparecen ciertamente la sencilléz y novedad del cantor de Fidelia; por eso vemos que, imitando á García Gutierrez, le copia en uno de los pensamientos más originales de éste, exclamando:

El cielo siempre azul me causa hastío.

Pero ¿quién no perdona estos defectos en presencia de las infinitas bellezas que encierran sus versos? Juan Clemente Zenea, como Mendive, aunque á nuestro juício superior á él, es el arroyo que serpentéa y fecunda los campos, no el torrente que se desborda espumoso. Poeta de gran sentimiento, de

galano estilo y pura dición, escribió romances preciosísimos, género en el cual se distinguió mucho. Y en prueba de ello, vamos á copiar algo de su elegía á Fidelia:

¡ Bien me acuerdo ! ¡ Hace diez años
Y era una tarde serena,
Yo era joven y entusiasta,
Pura, hermosa y virgen ella !
Estábamos en un bosque,
Sentados sobre una piedra,
Mirando á orillas de un río
Cómo temblaban las yerbas.
¡ Yo no soy el que era entónces,
Corazón en primavera,
Llama que sube á los cielos,
Alma sin culpa ni penas !
Tú tampoco eres la misma,
No eres ya lo que tú eras;
Los destinos han cambiado:
¡ Yo estoy triste y tu estás muerta !
. . . . . .
Con estos temores vagos
Marché á lejanas riberas;
Y allá bañé mis memorias
Con una lágrima acerba;
Juzgué tu amor por el mio,
Entibióse mi firmeza,
Y en la duda del retorno
Olvidé tu imagen bella.
. . . . . .
¡ Bien me acuerdo ! ¡ Hace diez años
De aquella santa promesa,
Y hoy vengo á cumplir mis votos
Y á verte por vez postrera;
Ya he sabido lo pasado,
Supe tu amor y tus penas,
Y hay una voz que me dice

Que en tu alma inmortal me llevas !
Mas . . . lo pasado fué gloria ;
Pero el presente , Fidelia ,
El presente , es un martirio .
¡ Yo estoy triste , y tú estás muerta !

No sólo en el romance se distinguió Zenea; le vemos brillar en la oda, haciéndonos recordar á Fr. Luís de León, cuando dirigiéndose á la memoria de su pasada ventura y de sus sueños de amor, exclama, días antes de morir, encerrado en aquel calabozo que á semejanza del infierno del poeta florentino, debe tener esta inscripción sobre la puerta: *¡Lasciate ogni esperanza!*

¿ Y éstas son las hermosas
Albas del porvenir ? ¡ Delirio insano !
¡ Ay mis lirios y rosas !
¡ Oh dichas engañosas !
¡ Oh breves goces del amor humano !

¿Hemos de copiar más? ¡Queréis oír sus hermosas quintillas, dignas de Gil Polo?

Mensajera peregrina ,
Que al pié de mi bartolina
Revolando alegre estás ;
¿ De dó vienes , golondrina ?
Golondrina ¿ á donde vas ?
. . . . . .
Bien quisiera contemplar
Lo que tú dejar quisiste ;
Quisiera hallarme en el mar ,
Ver de nuevo el Norte triste ,
Ser golondrina y volar .
. . . . . .

No busques, volando, inquieta,
Mi tumba oscura y secreta;
Golondrina, ¿no lo vés?
En la tumba del poeta
No hay un sauce ni un ciprés.

Pero, á pesar de su ingenio nada común, pagó tributo á su época; imitó al dulce Milanés en sus yerros y prosaísmos, y llevado por ideas exageradas de una falsa *poesía social*, trazó cuadros faltos de verdad y de mérito, en los que desciende al nivel de un mediano versificador:

" Y en espléndida cuna te acostaron."
" La fortuna tomó por otras sendas."
" Vamos donde los sauces
Gimiendo anuncian
Que desde el golfo sube
La blanca luna."

Ya tuvimos ocasión de ver, cuando tratamos de José Jacinto Milanés, que esos lunares de Zenea tienen su explicación y origen en las obras del poeta de Matanzas. No sabemos por qué, ni atinamos tampoco á descifrarlo, siempre que de las obras de éste se ocupan los literatos cubanos, haciendo caso omiso de su *Madrugada* y de la *Canción á la tórtola*, sólo aplauden *La Madre adúltera*, *A Larra*, *La Ramera* y otras piezas del autor de *El Conde de Alarcos*, que, ó mucho nos engañamos, ó son de lo peor que de su pluma ha salido. Achaque será tal vez de nuestra corta inteligencia y saber escaso, encontrar defectos donde solo hay bellezas, y desechar aquello que precisamente más nos venga en falta: pero ¿por qué

no confesarlo?.... no nos conformamos con meras afirmaciones y nombres más ó menos respetables; queremos que se nos pruebe de una manera clara y terminante si composiciones en que abudan versos como estos

" No hay Dios ; el hombre es mónstruo y su alma fea "
" La pobre cuna donde duerme un bulto "
" Rendida y muda ante el querer de bestia " .

pueden ser buenas ó aceptables siquiera, para quien se precia de rendir fervoroso culto á la verdad.

III.

Entre las diferentes ediciones que se hicieron de las poesías de Zenea, debe contarse primeramente la que, publicada por el *Mundo Nuevo,* de New-York, corre magníficamente impresa desde 1873.—La que hizo el poeta en 1860 *(Los cantos de la tarde)* lo mismo que la formada por los editores de *Las Brisas de Cuba* (1856) á más de ser imcompletas, contienen infinidad de yerros y dislates.

Y aquí terminaremos estos apuntamientos, por demás brevísimos y de ninguu valor, añadiendo que Zenea escribió en *La Revista Habanera* (semanario que dirigía en 1863) una série de artículos acerca de la literatura anglo-americana, que prueban, cuando

menos, lo familiar que debía serle el idioma de Ed. Poe.

Juan Clemente Zenea hubiera sido un gran poeta con más meditación y estudio; con la agitada vida de conspirador y el corto número de sus años, sólo ha dejado adivinar con sus versos un destello de su genio.

Al repasar la preciosa historia de sus infortunios, ¿quién no maldecirá la guerra? ¿quién no bendecirá la paz?

Habana, *1877*.

ANTONIO VINAJERAS.

Con poca ó ninguna resolución y cobarde ánimo damos comienzo al presente trabajo. Antonio Vinajeras es amigo nuestro; él nos presentó al público de Madrid, cuando por primera vez, bajo el velo de un pseudónimo, dimos á luz un tomo de versos. ¿Será por eso menos imparcial nuestro juicio crítico? ¡Quién sabe! Tal vez, sin darnos cuenta de ello incurramos en el mismo defecto que de todo propósito señalamos en los demás; tal vez... Pero, no; basta ya de suposiciones, que algo ha de quedar para el curioso lector, y él verá si caemos ó no en falta tan odiosa, que ya, en el pasado siglo, era amargamente censurada por el ilustre Montesquieu.

Los hijos de la América latina que hayan leído las pampiroladas que se publicaron en la Habana contra Antonio Vinajeras, se extrañarán al verlo figurar en nuestra galería, y doblarán desdeñosamente esta

hoja, sonriendo con malicia del puritanismo del autor de estos "apuntes". No; no paséis adelante sin detener la vista en esta página. Poco juicio y no mucha cordura sería desestimar las obras de este poeta, cuando aplaudisteis á Betancourt, Chaves, y Jacinto Valdés, y tuvistéis un cariñoso saludo para la *Hija del Damuji*. No son razones las que alegáis: los artículos publicados en *Las Brisas de Cuba*, no prueban nada, absolutamente nada, como no sea la poca pericia literaria de su autor, ilustre naturalista ciertamente, pero campanudo y pentacróstico poeta, á quién vienen de molde y como pedrada en ojo de boticario aquellos versos de Villergas:

Es un poeta en invención muy flojo,
Y un literato en presunción muy fuerte.

Y para probar esto, no tendríamos más que apuntar aquí alguna estrofa de su composición *A un arroyo*, donde *saca el jugo almibarado de las flores, y la tierra, en su fecundo seno, presenta mil insectos, que alimenta*

En aquel corto espacio de terreno,

como dice este poeta por antífrasis; pero hacemos gracia de esta y otras muestras de poesía en estado de *canuto*, y pasamos á tratar de Vinajeras, que, á la postre, como poeta, vale más que él, *malgré lui* (*).

(*) Sentimos en el alma que una consideración bastarda de los que se empeñan en presentarnos á D. Felipe Poey como poeta egregio é inspirado, lo mismo que á Bachiller y Morales, nos pongan en el triste caso de cantar las del barquero. Por lo demás, repetimos, que Poey es hombre de talento, honra de su patria y gala y ornato de la ciencia. Lo mismo pasa con Bachiller; pero todo eso no quita para que no sean poetas, ni críticos literarios. — La verdad en su lugar y cada cosa en su punto.

Y ya que cité antes unos versos de Villergas, recuerdo que, hablando de un panorama muy celebrado que representaba al Great-Eastin, á cuyo lado parecían lanchas de pescar los navíos de tres puentes, decía que de igual manera semejaban coplas de Calaínos las odas de Píndaro y de Quintana, comparadas con las sublimes inspiraciones del gran Vinajeras. Entre paréntesis, dice aquel crítico, ¡qué satisfecho de su númen debe estar el gran Vinajeras! Sólo así se explica el que haya hincado el diente al Niágara, después de Heredia, y á Atala, después de Chateaubriand. ¿Qué digo? ¿No es público y notorio que lo hizo para oscurecer las *usurpadas reputaciones* de Chateaubriand y de Heredia?—Con respecto á este último, se dice, que, habiendo uno de nuestros mejores talentos peninsulares celebrado sus obras, hasta el punto de decir que nadie debía ya cantar al Niágara, después de haberlo hecho Heredia en una oda inimitable, sonrióse con aire de compasión el gran Vinajeras, y dijo: "¿Inimitable llama V. á esa oda? Pues yo conozco á un individuo capáz de hacer otra infinitamente mejor, y de ello tendrá V. la prueba antes de ocho días". Y en efecto; aquel individuo, que era el mismo Vinajeras, porque no podía ser otro, publicó á la semana siguiente una oda al Niágara, en que reveló al atónito mundo los más gigantescos alcances, si estos habían de medirse por las pretensiones. En cuanto á lo de Atala, francamente, no sé lo que pasó; pero me lo figuro como si lo estuviera viendo.

"Ese Sr. de Chateaubriand, diría para sí Vinajeras, ha metido, en su tiempo, mucho ruido..... porque yo no existía; pero ya existo, y ahora veremos

quién pone el cascabel al gato". Esto diciendo, cargó bien el mortero de su poético chirúmen, hizo su puntería, tomó la mecha, y. . . ¡púm! ya murió Chateaubriand, ya murió Atala, ya casi murió también el género humano, que está desde entónces cantando á la sordina:

" Ya mi Atala ¡ infelíz ! sucumbió ;
Vinajeras audáz la mató ;
Y pues ella dejó de existir ,
Sin mi Atala no puedo vivir .
No puedo , no puedo ,
No puedo vivir " (*) .

Uno de los defectos que presentan las obras de Vinajeras, es sin duda, su número, por demás excesivo. Este autor tiene publicados á la fecha, que sepamos, cuatro gruesos volúmenes de poesías; una novela, que, dicho sea entre paréntesis, es su mejor lauro, y una porción de artículos políticos y literarios. Su fecundidad, sobrada para el número de sus años, no podía menos de perjudicar al valor intrínseco de sus producciones: todo cuanto ganaron en universalidad perdieron en corrección y pureza, arrojando un déficit desfavorable á la fama y buen nombre de Vinajeras. La admiración sube de todo punto, dice un panegirista (nunca falta un roto para un descosido), cuando le vemos galantear, con amoroso discreteo, á dama castellana, celebrando sus gracias y hechizos, de la misma manera y con igual facilidad y talento que estudia á Locke y á Kant, y pronuncia un elocuente

(*) Véase la colección de *El moro Muza*.

discurso, en lengua extranjera, en el Ateneo de Madrid. Necesario se hace un gran esfuerzo para comprender á este literato en todas las esferas que abarca, y muy dificultosa sería para nosotros la salida, de ser cierto este *soli-bombo,* si en tal atolladero nos encontráramos; pero la suerte nos favorece, siendo nuestro propósito más limitado y modesto; y á poco que digamos, llenaremos nuestro objeto, aunque malamente en su desempeño, pues andamos de priesa y no tenemos talento y gracia para salir airosos de tal empresa.

Comenzó este hijo de Cuba á darse á conocer en la época más calamitosa del romanticismo melenudo, y, aunque calvo, hubo de comprarse una peluca, por no ser menos, y pagar tributo á la diosa casquivana, á trueque de cubrir la parte superior de su individuo. Con tan *descabelladas* aficiones, publicó sus dos primeros volúmenes de versos, dedicandolos al Instituto de Francia, rasgo que hace notar uno de sus críticos con tono zumbón y burlona frase, no sabemos con qué motivo, ni por qué razón; pues creemos que cada cual puede dedicar sus obras á quien mejor le convenga, sin que por esto aumente ó disminuya el mérito que ellas atesoran ó los defectos que encierran.—Después..... pero ¡tate! íbamos á bosquejar aunque indirectamente, su biografía, y eso no está en nuestros papeles; y tanto es así que le hemos pedido los suyos al autor de *Enriqueta*, sin que hasta ahora este hijo de Matanzas, haya dejado de *hacerse el sueco,* cosa que, francamente, no comprendemos. —A pesar de todo, por si D. Antonio persiste en llamarse andana, y no concerdenos lo que con tanta necesidad le pedimos, como este librejo ha de compo-

nerse no solo de notas críticas, sino también de muy someros datos biográficos, el que Vinajeras dé la callada por respuesta, como vulgarmente se dice, no ha de ser parte á que el entretenido lector se quede en ayunas, sin saber la vida y milagros de tan empingorotado poeta. Vamos, pues, á satisfacer esta curiosidad, valiéndonos para ello del precioso arsenal que nos ofrece Calcagno, y donde deben acudir todos los amantes de Cuba. Nació nuestro D. Antonio Quintín de la Luz—que así se llama el preopinante,—en Matanzas en 31 de Octubre de 1833 y en esta ciudad hizo sus primeros estudios de filosofía. En el teatro matancero estrenó su obra dramática *Los dos estandartes*, colaborando en algunos periódicos con el pseudónimo *Quintín de Castañeda,* y sosteniendo ácres y violentas polémicas que le proporcionaron muchos disgustos y sinsabores. Alejóse de la prensa y colgó la pluma, dedicándose á estudios más graves y serios; pero su inclinación nativa le arrastró de nuevo á la palestra periodística, no dándose, desde entónces, punto de reposo en la publicación de sus obras. Fueron estas recibidas en Cuba con señalado disgusto, y aquí es razón que consignemos que no hemos podido dar nunca con la causa de semejante inquina, pues si bien los partos de Vinajeras,—literariamente hablando, por supuesto,—son medianos, y hasta malos muchos de ellos, no había motivo para condenarlos en absoluto, allí donde tantos aplaudieron desatinadamenle á Fornáris, Alfonso y otros pajarracos y avechuchos del parnaso cubano. Otra debiera ser la causa de tal encono; pues si la medida fuese general y á todos alcanzara,

nada tendríamos que decir, dándonos por satisfechos del buen juicio de nuestros paisanos; pero siendo esto una excepción, protestamos contra ella, significando nuestra extrañeza por tal conducta, sin descifrar el intríngulis de tantas y tan recias arremetidas.

¡ Mirad á Dios ! El infinito mismo
Estrecho viene á Él .

Así da principio á la introducción de sus versos, y fuerza es detenernos aquí para decirle algunas cosas al oído, á fin de que no se enfade; pues de otra suerte si el que leyere se enterase de ellas, motivo justo tuviera para su enfado.—"Señor Vinajeras; eso de que Dios se viene estrecho á sí, me parece una estrechéz..... de entendimiento. ¿Le gustan á V. las trompetillas? Se lo pregunto, con la sana intención de regalarle una muy chiquirritica y muy mona, solo por la curiosidad de saber lo que hará V. con ella. —¿A qué género corresponde la voz infinito? ¿al neutro?—Pues, entónces, alma de cántaro, ¿por qué dice V. *el* infinito, y no *lo* infinito, como debiera decír?... Decididamente, usted quiere que yo le regale una trompetilla".

Pero dejémonos de secretos, lector querido, y no te enfades, que sé bien que eso de hablarse al oído, estando otros delante, es solo privilegio de gente enamorada y necia.

Continuemos:

" Y Dios *violento*
Con nuevos astros orna el firmamento "
De Gutemberg la *gloria sin retraso* "

"La ilustración avanza triunfadora
Queriéndose *del todo* presentar".

¿Qué te parece de esos versos, lector carísimo? —Son malitos, ¿eh?—Lo mismo digo.

Si tuviéramos alguna autoridad en materia literaria y nos atreviéramos á tanto, aconsejaríamos á Antonio Vinajeras que se circunscribiera á la índole peculiar de su génio poético, y que no se remontase á las altas regiones de la *poseia especulativa,* que es *ciencia esquemática;* porque le encontramos más inspirado, correcto y pulido, cuando en tono menos rimbombante, celebra la belleza del universo y canta á las flores en la introducción antes citada:

Azucenas de Abril! Galanas flores
Que vuestro seno abrís ruborizadas,
Cuando evapora el sol con sus fulgores
Del rocío las perlas condensadas.

Aquí hay belleza y fácil expresión y gracejo, y no en esas otras composiciones en que á fuerza de *remontarse,* se pierde por las nubes, empeñado en parecer tan pentacróstico, como el celebérrimo autor de *Las Brisas;* cosa que, á la verdad, no lo consigue, porque Quintín de Castañeda es al fin y al cabo un simple mortal ó un mortal simple, á quien no es dado alcanzar la realización de un imposible. Y no vaya nadie á creerse que en esas mismas páginas de tan desbaratada poesía, no hay algún rasgo, tal cual atisbo de lo que sería este autor, si, como hemos dicho, se ciñera á la propia índole de su carácter poético. Sirvan

de ejemplo, sinó, estos versos que tomamos de sus odas á la *Lucha del Atlántico* y *Al Niágara:*

Ante el ráudo Amazona,
Dadme, os lo ruego, la sonora lira
Que al Niágara cantó; ved el gigante
De los ríos del Sud, que viene airado
Con vigorosa frente;
Y en paso vencedor y hondo rugido
Dando á los vientos su fragor profundo,
Y anunciando terrífico á su paso
Que es corto cerco á su furor el mundo.
Partes resonando
Atruena bosque y selva tu rugido
Y entre cavernas cóncavas perdido,
El eco se derrama retumbando.
¡ Señor ! ¡ Señor ! te he visto levantado
En alas de tus rayos; tu grandeza
Dejó de gloria el corazón bañado;
Y postrándome al punto y asombrado,
Adoré tu grandor y tu belleza.
Mas nunca ¡ oh Dios de la verdad suprema!
Te miré como aquí, grave, brillando,
Siendo de eternidad divino emblema,
El Niágara á tus plantas rebramando:
Tu gloria el sol, el mundo tu poema.

Desgraciadamente para la reputación literaria de este autor, comenzó á darse á conocer en el período álgido del romanticismo de los duendes y brujas, y de los corazones hastiados y almas corrompidas, y de su nacimiento resiéntense no poco sus obras. Pudiéramos hacer aquí un ligero estudio de aquella época, apuntando todo lo malo que en ella hubo y lo bueno que, por descuido, se conservó; pero esto fatigaría la atención del lector, y nosotros, al trazar estos

apuntes, no nos proponemos sentar plaza de sábios, ni de eruditos siquiera; y sí presentar, á grandes rasgos, lo que valen estos poetas, que, á pesar de haber nacido en América, no son, ciertamente, cosa del otro mundo.

No sólo escribió Antonio Vinajeras en verso castellano, sinó que también echó su cuarto á espadas en la lengua del proscrito de Jersey. Aunque no debièramos ocuparnos en tales cosas, por no ser de nuestra incumbencia, sin embargo, no podemos resistir á la tentación que se nos viene de copiar aquí una poesía, escrita en esa lengua, que, por lo facil y sencilla, no dejará de caer en el agrado de todos.

Dice así:

TOUJOURS Á TOI (*).

Pensar, dudar.— *V. H.*

Si m'adressant au ciel, si caressant ma lyre,
Je voyais ton regard, mon âme, qui soupire,
Vivrait sans sa douleur;

(*) Esta composición se halla precedida de la siguiente nota, puesta por Thalés Bernard, elegante escritor premiado por la Academia francesa. «Nous avons pensé que nos lecteurs verraient avec plaisir ces strophes, ecrites dans notre langue par un étranger qui aime passionement la France, M. Vinajeras, que l' Union des Poetes est hereuse de compter au nombre de ses membres. Né le 3 Octobre 1833, é Matanzas, dans l' ile de Cuba, M. Vinajeras est venu habiter l' Europe en 1854. Fixé á Paris depuis une année, il y a publié deux volumes de vers remarquables, dédiés á l' Institu, dans lesquels il essaie d' unir la ciencie et la poésie. M. Vinajeras, lié personnellement avec nos plus illustres écrivains, et particuliéremente avec M. Villemain, est aujourd' hui membre de l' Institut historique, de la Societé libre des Beax-Arts et de l' Académie imperiale de Rouen. Il es de plus chevalieur de l' ordre espagnol de Charles III. C' est ainsi que l' Union des Poetes prend une importance considerable, et compte aujourd' hui des correspondants meme dans le Nouveau Monde. — THALÉS Bernard.»

Paris, 1859. *(Bulletin de l' Union des Poetes).*

Et toi, brillante flamme, astre de ma fortune,
Tu serais à mes yeux le rayon de la lune
Sur le front du Seigneur!

Etoiles! douz zéphyrs! o fleurs! o poesie!
Donnez-moi pour tourjours le souffle de la vie,
Car je vis pour aimer;
Je vis pour voir les yeux de l'être que j'adore,
Dans les astres du ciel, sur le front de l'aurore,
Sur les flots de la mer.

Et toit, rêve de l'âme à l'âme entrelacée,
Reçois ces vers plaintifs, reçois, ma bien-aimée,
La voix d'un cœr absent.
Toujours je pense á toi c'est pour toi que j'implore
Cet astre demi-dieu que l'univers honore,
Rubis du firmament!

¿Hablaremos de *Enriqueta*? Hemos dicho ya que esta novela es la mejor obra de Vinajeras, y lo repetimos aquí, añadiendo que el capítulo titulado, si mal no recordamos, *Una tempestad en el Escorial,* es de lo más bello y animado que en este género de trabajos literarios se ha escrito en Cuba. Pocas son las novelas *cubanas* que hemos leido; y si nos desentendemos de las de la Avellaneda, no conocemos ninguna superior á *Enriqueta,* salvo las de Anselmo Suarez y las de Villaverde, que son la nata y flor de nuestra literatura romancesca.

Sentimos de todo corazón no poder analizar esta obra, ni ocuparnos tampoco en el estudio de otra no menos importante (sus discursos y artículos) por no

darle este bromazo á su campanudo y pentacróstico crítico. Pero ya que no de ese modo, por no consentirlo el plan que nos hemos trazado, no perderemos la ocasión, porque sabemos que la pintan como al señor Vinajeras, y sobre otro punto diremos algo, no mucho, al célebre y distinguido naturalista habanero.

Por ejemplo: dice dicho señor que el poeta de quien tratamos confunde con bastante frecuencia los sonidos de la *v* y de la *b*, aconsonantando leve con debe, etc., y esta falta, á sus ojos tan enorme, tan piramidal, es para nosotros perdonable en un joven que comienza, cuando hombres de tan gran valía como Quintana, Hartzenbusch y otros la cometen. Véanse, sinó, los siguientes versos:

Mas nó la ley que permanente y *viva*,
Manda y anima al corazón del hombre,
Y en el orden del mundo entero *estriba*...

Y no queremos recurrir á tomar ejemplos de *Cuba poética*, colección *escogida* de versos, porque esto nos parece ridículo, aunque tratándose del asunto que ventilamos todo es poco.—Como se vé, la observación del Decano de la facultad de Filosofía y Letras en la universidad de la Habana, carece de valor y de importancia; bien, que, siendo cosa tan nimia é insignificante, como los lunares que señalamos, lo extraño sería que tuviese algún valor.

Y ya es hora de dar remate y terminación á este artículo, por demás largo. Poco ó nada pudiéramos añadir á lo que llevamos dicho. El mérito de los versos de Antonio Vinajeras, no es tanto como han

pretendido algunos; tienen muchas incorrecciones, muchas faltas gramaticales, muchos prosaismos, muchos..... pero, á pesar de sus defectos y á pesar de la peluca, preferimos las obras de este autor á las de Briñas, Cárdenas y Chaves, Jacinto Valdés. y tantos otros que lucen plumas de pavo real en las letras de Cuba, sin ser ni más ni menos que grajos al estilo del que nos habla el fabulista; aunque, á decir verdad, si á ello se nos apura y se hace forzosa la elección, nos quedamos sin ninguna.

En el primer número de *El Solfeo,* periódico satírico de Madrid (7 de Marzo de 1875), leemos la siguiente *nota,* que copiamos á la letra:

"D. Antonio Vinajeras, ha sido nombrado vicecónsul de España en Macao.

"Están, pues, de enhorabuena:

"El Sr. Vinajeras, Macao, y el estilo Victor Hugo *(especialidad* del Sr Vinajeras.)"

Hace pocos años viajaba yo en el *Mendez Nuñez*, vapor-correo de la compañía de López. Ibamos con rumbo á Cuba, y entre el abigarrado pasaje había algunas familias habaneras, que regresaban á su país, después de visitar la gran Exposición que tuvo lugar en la capital de la vecina República. El tiempo hermoso y apacible ahuyentaba de nuestro ánimo el recuerdo temeroso de los peligros del mar. José Antonio Cortina y Tejera hacían el gasto de la conversa-

ción; el uno, entusiasta y verboso, con su natural y rápida palabra nos entretenía agradablemente; el otro, con sus caprichosas barcarolas y cancionetas, nos recordaba que la raza de los poetas es eterna en Cuba, por más que fuesen, con Tejera, á encontrar su inspiración en las nebulosas márgenes del Rhin y del Elba

Tiempo después y ya cansado de estar en la Habana, fuíme una noche al Ateneo en busca de impresiones gratas al espíritu, y tuve el gusto de ver colocado en la tribuna al Sr. Vinajeras, leyendo un discurso de viernes de Cuaresma. Sorpresa grande fué para mí, que imaginaba estuviese este autor en Madrid, encontrarle en semajante sitio. Con voz melíflua y tono que por lo dulzón y almibarado, se despegaba un tanto del oído, leyó nuestro matancero muchas páginas de prosa poética, sustentando principios que no hallaban sólido afianzamiento en su argumentación pobre y enteca.—Olía su oración á panegírico, y picaba en alabanza poco discreta de otras edades, para que pasase inadvertida, allí, donde tantos corazones jóvenes y generosos latían rindiendo culto ferviente y puro á la libertad. Así fué que, á poco de concluir, levantóse Cortina, mi compañero de viaje, y con ademán descompuesto y airado, con desordenada pero elocuente palabra, contestóle entre los aplausos de todos.

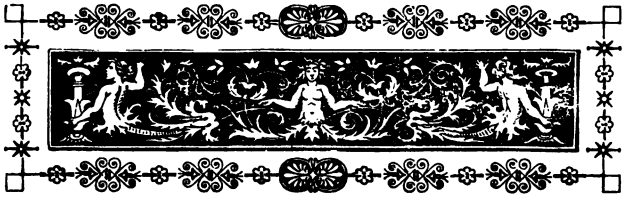
¡Y qué diferencia tan notable! El Sr. Vinajeras leía acompasadamente; su voz era igualmente melíflua: su tono dulzón, como queda dicho, y algo empalagoso; su acción, rígida y meditada y medida. Cortina, por el contrario: los ondulantes rizos de su

caprichosa cabellera batían el aire con los movimientos de su cabeza artística y escultural; su palabra, premiosa al par que espontánea, era á trechos elocuente é inspirada, y á ratos perezosa y lenta, como á veces nos alumbra el sol con luz brillante, y á veces se anubla y oscurece; su ademán descompuesto è irritado acompañaba á la frase y sufría sus veleidosas alternativas. ¡Ay, y como se revolvía contra su paisano, que, tras largos años tornaba al nativo suelo! ¡con qué dureza le atacaba!

El Sr Vinajeras aplaudió á su contrario, y por medio de un señor, que no conocí, nos anunció que, estando cansado, se reservaba para otro día la tarea de rebatir las proposiciones de Cortina. Yo al saberlo, no quise volver al Ateneo; el Sr. Vinajeras parece que fué de mi opinión, y no volvió tampoco. En cambio, el Director de *La Revista de Cuba* sigue conquistando laureles en aquella sala, donde tan malparado quedó el bueno de Vinajeras (*).

Fuente-Santa, 1878.

(*) Desgraciadamente Cortina ya no existe. Murió en la flor de sus añas, y cuando el porvenir le sonreía y más brillantes triunfos le preparaba. Fué el fundador de *La Revista de Cuba*, y ese es su mejor lauro, pues congregó en la redacción de *La Revista*, lo más selecto de la gente de letras en la Habana, y allí se discutían los más árduos problemas de la ciencia con la serenidad que prestan el talento, la instrucción y el gusto más esquisito. Hoy, *La Revista de Cuba*, no existe: murió con Cortina.—Fué este periodista exaltado, y aun poeta en el más limitado sentido de la palabra. Declamador, sobre todo, su carácter hallaba más adecuado campo en la oratoria, y en la tribuna era donde lucía más las condiciones que le adornaban. Todavía no había alcanzado el grado de maduréz que necesitaba,—pero en los relámpagos de su elocuencia castelarina, se vislumbraba el genio tribunicio que dominaba su ser. — 1887.



ENRIQUE JOSÉ VARONA.

« Fué inocente y veraz; de la callada
Virtud admirador y cortesano ».

VARONA.

I.

En el epílogo de este librejo, manifestábamos hace años, lo difícil que era señalar con acierto los nuevos y variados derrroteros de la lírica cubana; y hoy, al preparar esta edición, nos afirmamos y ratificamos en ello, declarando que no existe, entre todos los cultivadores de las letras en Cuba, uno solo que se distinga lo bastante por su originalidad y talento, para formar escuela y ser á la manera de astro resplandeciente en cuyo torno giren otros satélites, recibiendo su luz y reflejándola con brillo y con pureza.

Varona publicó un trabajo, estudiando la *nueva*

era de las manifestaciones líricas, representadas, según él, por Tejera, Valera Zequeira y Barrero: pero aunque para nosotros es voto de mucha estima y de valor el suyo, no estamos conformes con él, ni podemos estarlo, pues el juicio que le merecen estos poetas menores, y la significación y tendencia que les asigna, no se apoyan en verdad en sólidos é irrebatibles razonamientos.

Ya dijimos entónces que Francisco Sellén valía más, en nuestro concepto, que los citados por Varona. Su traducción del *Intermezo*, de Heine, y áun muchas de sus poesías originales, descubren el verdadero talento y la inspiración reflexiva de este autor. Como Mendive, ha prestado un verdadero servicio á la literatura cubana, introduciendo en ella diversos elementos de literaturas extrañas, escogidos por lo general, con acierto, y trasladados casi siempre á nuestra lengua con gallarda muestra de señalada verdad y esmero. Pocos son los que pudiendo producir obras de mérito, consagran su inteligencia y vagar, á enaltecer las obras de los demás, generalizando su conocimiento, y propalando su fama. Atribuía á esto el malogrado Larra la carencia de buenas traducciones, pues los que tenían ingenio no las hacían, y solo con ellas se aventuraban los que, sin ser poetas, conocían medianamente varias lenguas; y en tal concepto, teniendo esto presente, aun que no fuese más que por lo mucho y bien que tradujo, Francisco Sellén, tendrá derecho á la consideración y aprecio de sus paisanos.

Tejera es premioso en la frase; hay falta de arte en sus produciones; su lenguaje no es limpio, y los

vuelos de su fantasía sosegados y cortos. No hace olvidar á Milanés ni á Zenea, según afirma el mismo Varona, á pesar de sus apologías, y no solo no los hace olvidar, sino que no se acerca á ellos ni con mucho, salvo en sus yerros. Borrero y Zequeira literariamente, se parecen á todo el mundo y no se asemejan á nadie. Hacen versos bien medidos; dicen, en ellos, *cosas bonitas*, no siempre bien dichas; pero de lo demás, nada. ¿Es el verso un ropaje? ¿es acaso un ideal para el arte?—De ser cierto lo primero, podemos asegurar que estos autores andan por lo común bien trajeados; en una palabra, que tienen muy buena ropa.

Decíamos también que nos gustaba más el crítico que los criticados. Varona, que por otros títulos muy importantes debe figurar al frente de la juventud estudiosa é inteligente en nuestro país; como poeta lirico, vale, á la postre más que Tejera, Zequeira y Borrero (*), si bien es inferior á Heredia Luáces y otros poetas mayores. Ya el celebrado Revilla, en un somero juicio crítico que hizo de sus versos, dijo que sabía Varona pensar por cuenta propia, y expresar bellamente y con sobriedad lo que pensaba, encontrándole menos soñador que Sellén, y más

---

(*) Por un error de imprenta, en la anterior edición de esta obrilla, el pícaro cajista me hizo decir *Borrego*, en lugar de Borrero, que es como se llama este señor. Como el libro se imprimió en Barcelona, y yo vivo en *Villa America*, qne está situada en el fondo de un bellísimo valle asturiano, no me fué posible corregir el yerro de imprenta, y así salió por esos mundos de Dios. Consigno esto porque háseme echado en cara la peregrina idea de hacer un chiste de mal gusto con el apellido de este literato. Nada más lejos de mi ánimo que semejante desafuero. En toda crítica debe prevalecer siempre el respeto personal, y quien no lo haga así ni es crítico ni cosa que se le parezca. Conste.

atento á lo elevado del concepto, que á la pureza y limpidéz de la forma.

Esto, que en parte es verdad, demuestra hasta la evidencia que hacemos perfectamente en colocar en nuestra galería el nombre de Varona, á pesar de hallarse, por el presente, alejado de todo trato y comercio con las nueve hermanas, por dedicarse con mayor ahinco á otros estudios más serios, y preocuparle hondamente la resolución de los problemas del pensamiento moderno, mereciendo que la *Revue Philosophique*, de París, al hacer el análisis de una de sus obras *(La Lógica)*, le llame "hombre de mérito singular y crítico juicioso y erudito."

En España apenas es conocido por sus libros. Hay aquí mucha prevención con los literatos ultramarinos, debido, sin duda, á los muchos escritores hueros que de América han venido, y á los repetidos aplausos que se reparten á cualquier medianía. Culpa suya es también este desconocimiento en que se le tiene, pues Varona no ha colaborado nunca en ninguna de las importantes revistas madrileñas. Modesto y poco inclinado á los ruidos de polémica, sigue constante su labor, menospreciando los insensatos clamoreos de los que, sin condiciones para luchar y vencer, aspiran obstinadamente á los primeros puestos sociales, que su audacia les concede algunas veces, y desde su retiro trabaja sin descanso, como afanoso obrero, por la ilustración y el progreso de su país.

De este olvido injustificado pretendemos sacarle ahora con esta ligera silueta que trazamos á toda prisa, por que andamos con poca calma y queremos

dar luego á la imprenta este librejo. Y antes de relatar su vida, y de hacer mención de sus obras, consignaremos aquí de paso que ni siquiera conocemos de vista á Enrique José Varona.

II.

Nació Enrique José Varona el día 13 de Abril de 1849 en Puerto-Príncipe. A muy temprana edad abandonó sus estudios oficiales, que había comenzado en las Escuelas-Pías, de su ciudad natal, y en el Colegio de Alonso y Delgado, de la Habana; y esta circunstancia de carecer de título académico, en un país donde todos los que lo tienen se decoran con él á todas horas, dió lugar á que el vulgo de nuestros doctores y bachilleres, le tuviera como erudito á la violeta, por el gravísimo pecado de no llevar, su ciencia, la legal y universitaria sanción.

El primer libro que dió á la estampa, fué un tomo de anacreónticas, que, juntamente con las de Luáces, son lo mejorcito, en su género, que se publicó en la isla. Sus aficiones clásicas, su amor entrañable al maestro romano, le llevaron á traducir y comentar algunas obras de Horacio, entre las que se cuenta la celebrada epístola á los Pisones. Durante este período de iniciación en su vida literaria, los griegos y los romanos embargan su inteligencia, y si alguna escapatoria realiza, furtiva y presurosa, no

traspasa ciertamente los linderos de la literatura castellana en nuestro siglo de oro. Nutrido de tan provechosa y benéfica savia, marchó á la Habana, llevando un equipo de versos por demás recomendables. Publicólos en dos tomitos, colaborando en *Arpas amigas,* con los hermanos Sellén y Valera, donde incluyó la *Parábola* y el *Pirron,* que juzgó favorablemente en *El Globo,* de Madrid, el sin ventura Revilla. Los tomos de versos originales llevan por nombres *Paisajes cubanos* y *Poesías.* En uno y otro muestra una filiación lírica hasta entónces extraña á la poesía cubana. Allí donde todo es exhuberancia y vida, la brevedad en la forma, el adecuado empleo en los adjetivos, no son prendas que adornen las obras de todos los literatos. Zorrilla y García Gutierrez se acomodan más á nuestra manera de ser literaria; son como un reflejo de nuestra naturaleza desordenada, virgen y salvaje, pero hermosísima. Varona, empero, con su cultivada inteligencia, tomó por otra senda, y en los *Paisajes,* ó sean narraciones, como él también los llama, hay la profunda observación y el desenfado de los *pequeños poemas,* si bien es cierto que no tienen esa encantadora naturalidad, cifra y compendio de la musa de Campoamor, y escollo en que tropiezan y caen en lo vulgar y rastrero, sus numerosos imitadores.

Bajo la capa del cielo es un cuadro dramático, bellamente concebido y expresado. Lástima grande es que no sea una realidad en Cuba, donde la infamante esclavitud con la más crasa ignorancia, ha borrado en la infortunada raza africana, las más rudimentarias reglas del honor y de la dignidad.—

Aquel tipo ricachón del cubano que se educa en las saturnales de París, ó en cualquiera parte semejante, y, vuelto á su patria se aburre de lo lindo á todas horas, porque tiene el corazón hastiado y la inteligencia, como luz mortecina que no alumbra el respetuoso campo de la moral y del deber,—esta figura completamente inútil en nuestra sociedad, está pintada de mano maestra.

Arturo de Guzmán es un mancebo
Tan rico y tan expléndido en su trato
Que dice con desdén á cada rato:
— " Ni lo que tengo sé, ni lo que debo ".
Nació en Cuba, educóse en cualquier parte
Con el mayor esmero,
Pues le dieron con arte
El barniz de un cumplido caballero.
Arriesga sin pasión, en cada encuentro,
El jornal de diez pobres por semana;
Y aunque vive cien leguas tierra adentro
Le cortan sus chalecos en la Habana.
Cuando salta la diestra bailarina
Atruena el coliseo con sus bravos;
Ha leído á Proudhon, anda en berlina,
Ama la libertad y tiene esclavos.

Este infeliz criollo, para quien, la capital de Francia, solo tiene de notable sus afamados sastres y grisetas corrompidas, se aburría, como de costumbre, una tarde en su finca, cuando acertó á pasar junto á él, una mulata de flor, nombrada Rita, cuya belleza, ligeramente bronceada, aguijoneó, con fuerza, el deseo mal dormido de sus carnales apetitos. Corrió tras ella y al darla alcance

Ella rehuye el labio pudoroso
Y él en ámbas megillas
Le imprime el suyo seco y ardoroso.

Pero la muchacha, tímida y fugitiva se escapó de sus amorosas garras, y el mancebo se quedó como Bobadilla cuando se empeña en darse aires de *Clarín,* sin llegar á ser clarinete. Alguien dijo, y ello es muy cierto, que no hay quince años sin amor, y así Rita, que tal se llamaba la mulata, sentía allá en los escondrijos de su corazón, el constante aleteo de la pasión que le inspiraba Pablo, otro mestizo como ella. Ambos solían hacer sus furtivas escapatorias al solitario bosque, que siempre el amor fué gran amigo de la soledad y del misterio, y allí juntitos se contaban sus sufrimientos de esclavos, sus devaneos y sus ensueños. Después de los besos de Arturo, no habían podido verse á solas los amantes: ella no deseaba otra cosa, pues le quemaban áun como brasa candente. Por eso, en ocasión de verse, en la espesura del bosque, deshecha en lágrimas y en caricias, y mostrándole la megilla profanada por el concupiscente labio de su amo,

Bésame aquí, gemía y suplicaba,

como queriendo borrar, con los besos de amor y de ternura, la mancha de la impureza. Pablo la interroga y al verla llorar con honda pena, la juzga enferma, y la acaricia y abriga con su propia ropa. Rita, entónces, entre sollozos reprimidos, le cuenta la escena ocurrida con Arturo. En esto llega el implacable

amo, celoso de verlos juntos, y les apostrofa con violencia. Colérico vibra el látigo altanero y con él cruza la cara del mulato: éste se enfurece, al verse humillado en presencia de la mujer que adora, y arrebatado y feroz, olvida su condición de esclavo, se lanza sobre Arturo y dá con él en tierra.

Del mestizo frenético y rugiente
El erizado busto centellea,
Y entre sus dedos rígidos seguro
Sobre la frente lívida del blanco
Ensangrentado el látigo chasquea.

Este se defiende y con el eficaz auxilio de un poderoso mastín que le acompaña, derriba á su esclavo, disparando sobre él su rewolver. Así pone fin á los dias del infortunado Pablo. Rita, trastornada, loca de dolor, presa de horrible calentura, delirando con su amante y con el autor de tan terrible crimen, fué á para á la húmeda y triste enfermería, donde unas veces triunfaba su joven y robusta naturaleza, y otras parecía como que iba á pagar tributo á la muerte.—La pasión de Arturo crece y se aviva con estos contratiempos, que siempre fué achaque de todo amor contrariado el agrandarse sin medida, y mucho más en el caso presente, por lo extraño de la contrariedad sufrida, por la posición de ámbos, y por la falta de moralidad del mozo. Pasan días y más días, y no pudiendo soportar más la ausencia á que los padecimientos de Rita le condenan corre á la enfermería, donde ésta pasaba sus horas de angustia. Al verle, con movimiento súbito se levanta, y envuelta en la sábana, atraviesa la estancia y des-

aparece por el campo. Sus guardianes pretenden detenerla; pero Arturo lo impide y presuroso se lanza en su seguimiento. Cruza el llano, escala el monte y llega al bosque, testigo mudo de su infortunio; allí sobre una roca descansa un breve rato; el amo la sigue afanoso; ya llega y la da alcance: y entónces Rita

> Miró al hombre diciéndole ¡ Maldito !
> Y mirando al abismo dijo ¡ Pablo !

y se arrojó desde la altura, precipitándose en medio de la corriente hervorosa. Arturo de Guzmán volvió sólo hacia su casa; aquel dia una sombra de disgusto bañó su semblante; pero al amanecer siguiente esa sombra desapareció y ni una arruga señaló en su frente con su surco la huella de aquel drama. Pasaron meses y nuestro héroe cambió de domicilio. El campo le venía estrecho á sus liviandades, y hoy vive en la Habana, paseando su lujo y su impudencia por calles y paseos.

Así concluye este pequeño poema de Varona, tan tierno y conmovedor como los otros dos que forman esta colección. Como advertirá el entretenido lector, no es el género bastardo de las leyendas zorrillescas, el que sigue aquí el escritor camagüeyano, sino el que entronizado por Campoamor, sirve hoy de encanto deleitoso á sus lectores. Y no solo en esto sigue Varona las huellas del poeta de *Los grandes problemas*, que entre sus poesías sueltas las hay que tienen ese sello de originalidad y gracia, de aparente ligereza y de profundidad de pensamiento que distin-

guen á las doloras. Sirva de ejemplo aquella composición que comienza así:

¡ Quien me dijera Angelina,
Que aquellas tranquilas horas,
Que aquella luz matutina,
Se trocaran
En las penas punzadoras
Que mis días acibaran !

El poeta camagüeyano enmudeció. Preocúpanle hoy problemas filosóficos de dificil resolución; el magisterio y el periodismo le impiden todo vagar. Ya no canta con acordados sones el amor y la patria: su lira yace entre los mil infolios que la filosofía de todos los tiempos hacinó en la biblioteca de todo hombre culto. Desde entónces data esa serie de conferencias socráticas que tanto renombre le dieron, y que coleccionadas en cuerpo de obra, forman su Lógica, su Psicología y su Moral (*). Por esta época colaboró en la *Revista de Cuba,* de Cortina, dirigiéndola después con el nombre de *Revista Cubana*, cuando con motivo de la muerte de su fundador, hubo de suspenderse su publicación.—También dió á luz sus *Estudios literarios y filosóficos,* y en la *Caridad*, del Cerro, y en la *Sociedad Antropológica,* de la que fué Presidente, pronunció sus más bellas y correctas oraciones sobre Cervantes, Víctor Hugo, Emerson, D. José de la Luz Caballero y otros, en cuyas oraciones, resplandece, como en todo, su inteligencia singu-

(*) En descargo de nuestra conciencia debemos declarar que no estamos conformes con muchas de sus doctrinas filosóficas, por más que nos enamore su aliento de expositor.

lar, consagrada siempre al esclarecimiento de la verdad, en la serena región de las ideas.

No fué la política la cariñosa amiga de Varona, antes bien mostrósele casi siempre huraña, como madrastra á quien no agradan los halagos de agenos hijos. Por eso Calcagno, en su magnífico diccionario, asegura que no logró popularidad como hombre público, frase bien elocuente y sobria; pero este pasaje de su vida fué relatado por el mismo Varona en una hoja impresa que circuló por la Habana, y que llegó también al obscuro rincón de nuestra aldea, dando clara y gallarda muestra de los sinsabores que le costó su Diputación á Córtes, los desengañosos perjuicios que le ocasionaron sus propios amigos, y el olvido è ingratitud que esto entrañó, para quien con talento superior, varia y profunda ilustración y carácter integérrimo, consagra afanoso su existencia al progreso y engrandecimiento de su patria.

Villa América, 1887.

SATURNINO MARTINEZ.

CONFIESO ingénuamente que cojo la pluma con temor. Cuando conocí á Saturnino Martinez, tuve ocasión de escribir en una revista de aquella época, un artículo que revelaba bien á las claras la impresión que habían hecho en mi alma de veinte años, sus cadenciosos y fáciles versos (*). Hoy, por fuerza, tendré que ponerme en desacuerdo con mis anteriores afirmaciones, que no en vano el estudio y el trascurso del tiempo, apagan convenientemente los desusados vuelos juvelines, y, depurando nuestro gusto, nos hacen comprender mejor las condiciones estéticas que una crítica racional, ha de reclamar á toda obra de arte. Por otra parte, para acallar escrúpulos de conciencia, pues soy timorato y

(*) Este artículo á que hago referencia fué reproducido más tarde por la *Ilustración Gallega y Asturiana*.

medroso en grado sumo, al seguir este nuevo rumbo en mis apreciaciones, puedo vanagloriarme de no hallarme solo, ya que un crítico de *La Revista de Cuba,* probó como dos y dos son cuatro, que nuestro poeta había perdido mucho, malogrando, en cierto modo, sus envidiables cualidades para la lírica.

Con tan buena compañía, he de desafiar las iras de nuestro héroe, á trueque de decirle unas cuantas verdades, que solo es amigo quién las dice, no con ánimo de afrenta, y sí como advertencia cortés é interesada. Puede que guste poco el autor de que voy á tratar de este lenguaje, y que su epidermis, por demás finísima y susceptible, se irrite al menor contacto de mi pluma. Fama tiene de ello, y buenas pruebas da á cada momento de la irritabilidad poética de su carácter; pero ¡qué demonio! los que murmuramos en público sobre cosas agenas que no nos importan, debemos decirle la verdad monda y lironda, aún con certeza de suscitar los enfados de la víctima.

De todas suertes, bien sé yo que no soy santo de la devoción de nuestro autor, pues no canto como él

" la evolución sublime de la idea "

ni desciendo á pintar, en mis pobres versos, aquellas zarandajas tan á su capricho y voluntad, que le sacan de cualquier compromiso, dejando maltrecho al desventurado lector, que no entiende ni una jota de tantas sublimidades. Dígalo sino aquello de

" Así en las hondas

Cavidades del pueblo , se revuelven
Opacas multitudes ."

Hay en la Habana una manera de hablar rara y por demás culta que se apellida *estilo catedrático,* Fulano habla en estilo catedrático, dicen, y ya se sobrentiende que lo que hace ese prójimo, no es otra cosa más que disparatar á maravilla, en una forma plateresca, y sobre todo encomio original. Picado se halla de esta dolencia y la aflige en grado superlalivo, á Saturnino Martinez. Sus artículos de propaganda republicano-socialista, se reducen á un hacinamiento de palabras de relumbrón, huecas las más; aparatoso ropaje de mil colores que cubre raquítico esqueleto.

Aunque no tanto, nótase igual tendencia en las composiciones de sus últimos tiempos, y eso que la fuerza nativa de su númen poético, le arrastra y separa, á cada paso, de tan peligrosa senda. ¿En qué consiste? ¿Dónde y cómo hallar explicación cumplida á este extravío de su inteligencia? Casi estoy por asegurarte, lector querido, que no me atrevo á penetrar tan hondo arcano. Averigüelo Vargas, que no canso mi cabeza en esos tiquis-miquis ni quintas esencias. Reconozo el hecho; lo afirmo; presento mis pruebas. ¿A qué buscar su genealogía? Estos poetas son el demonio; se incomodan por poca cosa, y yo soy demasiado cobardón, para provocar, á sabiendas, sus rencorosas iras. Líbreme Dios de ello, y así curado de este mal, diré tan solo de Saturnino Martinez, lo que se cuenta y murmura en la vecindad.

Como me lo contaron te lo cuento.

Es el caso que este hijo de las musas, nació en el

pequeño concejo de Sariego (Oviedo) tan chiquitin y estrecho como grande y gigante es la ambición de Martinez. Fueron sus padres honrados trabajadores; llegó á la pubertad, y sin más estudios que los muy rudimentarios que recibiera en la escuela pública de su pueblo, como tantos otros, en pos de fortuna, marchó á las codiciadas playas de Cuba. Allí encontró rudo trabajo sin descanso; pero su espíritu se mecía en nubes de verdadera y noble poesía, y su corazón ansiaba dar otro rumbo más adecuado y digno á los esfuerzos de su actividad.

Ocurrió por este tiempo la muerte de la mujer del dulcísimo Mendive, dama de buen porte, mucha caridad y excelente trato, y entónces escribió una elegía, que, recomendada por Azcárate, vió la luz, con frases encomiásticas de Zenea, en la *Revista Popular*. Esta composición fué un hallazgo, anunciaba un poeta sencillo é inspirado; sus versos, fáciles y armoniosos, proclaman sus condiciones para la rima; su frase, si bien natural, dejaba bastante que desear á los puristas, señalando todo ello, en conjunto, que Saturnino Martinez tenía verdadera aptitud poética; que era, digámoslo así, de la madera de que se hacen los predilectos discípulos de Apolo.—Verdadero poeta de imaginación; especie de planta inculta, natural y espontánea, de bello color y forma: pero planta al fin, no cultivada. Estos vates duran poco; el bagaje poético de que disponen, es pobre y reducido en demasía. Concluyen, á la postre, por copiarse á sí mismos; por hacer un molde estrecho donde encierran sus repetidos conceptos, entregándose en brazos del culteranismo más chabacano, para ocultar, con tan

vistoso equipo, la pobreza y ruindad del pensamiento. Sólo el estudió puede salvarles, y presurosos acuden á él los que desean inscribir sus nombres en el libro de los inmortales.

Hospitalarios, como ningunos, los habaneros, acogieron con regocijo el canto sencillo y tierno de este trovador, y comprendiendo Azcárate y demás amigos suyos, que había menester de ocupación más liberal que le dejase tiempo y reposo y vagar para el estudio, le proporcionaron el cargo de bibliotecario en no sé qué corporación ó academia. Libros tuvo á mano con que instruirse; su nuevo destino, si no le proporcionaba elementos sobrados con que atender á las múltiples necesidades de la vida, en una sociedad tan cara y exigente como la de Cuba, no dejaba de contribuir, en la medida de la decencia, al sostenimiento de sus cargas personales y de familia. Con tan buenos auspicios, ¿aprovechó su tiempo nuestro autor? Es esta una pregunta á la cual no se puede contestar de un modo categórico y absoluto. Saturnino Martínez es poeta ¿cómo negarlo? Su alma recibe la inspiración sublime de los dioses, y modula en su lira acordes de inefable y suavísima armonía. En este concepto, sus primeras composiciones, si no se pueden presentar como modelo de dicción, tienen suaves y tiernos arranques líricos, pensamientos delicados y sencillos, ecos apasionados de una inspiración robusta y poderosa. Inútilmente puede negarse esto después de leer estas estrofas de su epístola á Fornáris, titulada *Mi valle natal:*

" Yo también, como tú, pienso en el fresco

Valle dónde nací . . . Aun imagino
Ver en las olas de la mar lejana
Levantarse la expléndida llanura ,
Donde á la luz del espirante día
Vagar exento de pesar solía
En mi edad infantil . . .
¡ No ! Nunca olvidaré los dulces juegos
De la alegre niñez , ni los lugares
Donde al rumor de solitario rio
Mis dulces compañeros de la infancia
Me dijeron adios ; ni el tierno abrazo
Y postrero tal vez de la familia ,
Que arrebatada de amargura y pena
Al pequeñuelo infante contemplaba
Resignado á partir . Aun de mi frente
No ha borrado el torrente de los años
El último de amor ardiente beso
Del labio maternal ; y aun me parece
Ver los objetos que á mi lento paso
Iba dejando atrás . La blanca oveja
Triscaba en torno del redil ; el ave
Posada sobre el árbol del camino
Entonaba con plácida dulzura
Su armónica canción ; la flor se abría
Dando á los aires su primer fragancia .
Y la zagala de vivaces ojos
Al pasar junto á mí se detenía ,
Y dejando escapar lágrima pura
Me estrechaba á su seno palpitante
De emoción fraternal . Ah ! cuán inmenso
Torrente de sublime poesía
Encierran para mí las blancas hojas
Del libro de esa edad ! Campos cubiertos
De tembladores lirios y azucenas ,
Soledades sin fin , vastos desiertos . . .
Si yo os olvido en mis amargas penas
Que me niegue su amor la amada mía ,
Y nunca el verso que mi labio entona

Merezca, como prenda de valía,
Rico laurel ni espléndida corona.
..... Tú del Bayamo
Junto á la margen solitaria y fría
Aspira alegre el aura embalsamada;
Que en tanto yo por ignorada vía
Iré soñando en mi fatal jornada
Con la doliente humanidad que ansía
Tiempos de bendición, sin que olvidada
Quede, en los antros de la mar bravía,
Del callado Nalón la honda y sombría
Corriente, que se quiebra sosegada
En las llanuras de la patría mía."

Pocos años ha publicó un tomo de versos con un prólogo de Villergas. En esta carta de recomendación ó informe de vida y costumbres, le da el naipe á este señor, por encontrarlo todo inmejorable, lo cual no deja de ser una fortuna, pues pocas cosas en el campo literario, califica de buenas y bellas, este antojadizo crítico. Obróle este milagro, que por tal hay que tenerlo, el *patriotismo* á la sazón irritado de Villergas. El mismo Saturnino Martínez había sido tildado como patriota tibio y casi simpatizador, algo inclinado á teorías y discursos poco convenientes en Cuba.

Razón por demás era esta para que, quemando, en el pebetero de la adulación, la mirra de la lisonja, cantara nuestro autor, republicano con ribetes de socialista, á gentes que habían engalanado, sus pedestres nombres, con rumbosos títulos haitianos, y otros aditamentos y cintajos poco democráticos.

Aquello era una fiebre de *patriotismo;* su libro una protesta; la dedicatoria un saludo afectuoso á

los voluntarios; el prólogo de Villergas un esfuerzo inútil de crítica apasionada y del momento. Y tanto es ello así, que nunca hay necesidad de hacer alarde de independencia y desinterés al juzgar una obra. Cosas son estas que deben desprenderse del mismo juicio emitido, y del buen nombre y fama del público escritor. ¿Le remordía acaso la conciencia al autor del *Parnaso cubano,* al asegurar que no sólo le consideraba como un buen poeta inspirado y correcto (por instinto de forma), sinó que llegaba á colocar su nombre á la cabeza de los primeros que en este siglo pulsaron la sagrada cítara? Oh! sombras veneradas de Quintana y Gallego! Dormid el profundo sueño de la muerte; que no lleguen á vuestro oído el eco de estas y otras estrofas que entresamos de las obras de Saturnino Martinez:

" Almas que llevan
Entre los pliegues de sus vagas formas
Un astro negro que en la eterna noche
Apenas vierte luz . . . "

" Sabemos los castellanos
Que no formará episodio
El cataclismo del ódio
En corazones hermanos . "

" No el torpe vocerío
De insano vulgo el corazón redime
Del generoso pueblo , que al sombrío
Poste de la ambición atado gime . "

" Ha menester que lime
La mano del saber los eslabones
De la cadena que su cuello oprime . "

" En cada verde sabana
Mostrará sin que se asombre

Ese santuario sin nombre
En cuyas áulas se imprime
La unificación sublime
Del pensamiento del hombre."

¡Quiera Dios que Campoamor y Nuñez de Arce y otros bardos de menor cuantía, no reparen en el pobre bagaje poético de Martinez! quiera el cielo que no den en afirmar que no había motivo para tanto aplauso de parte de Villergas, ese Atila literario, que con estrecho criterio de escuela, se atrevió á maldecir del sublime cantor de Granada.—Los encomios exagerados vienen siempre en mengua de quien los recibe; como una crítica apasionada y personal y necia, cede siempre en desprestigio de quien la ejerce. ¿Pueden servir de algo los incesantes aplausos de Villergas á Saturnino Martinez? Las alabanzas extremas de Leal, ese Chateaubriand de bisquit ¿son provechosas al modesto hijo de Sariego?—Seremos más exigentes con él, ya que sus abogados defensores, con maneras tan altisonantes y por tan diversos modos, no se contentan con señalar las buenas condiciones poéticas que posée, sino que, nuevos mentores del publico que paga, lee y tiene criterio propio, tratan de exajerar sus méritos por vana complacencia, por caprichosa amistad, ó por convenirles así para redondear una frase, que á los demás nos parece ampulosa y vacía de sentido, y que al autor enigmático del laberíntico *Mundo científico,* en medio de sus recónditos ensueños, le sabe de perlas, y la encuentra sublime, grandielocuente y archipiramidad.

No se envanezca nuestro poeta con el elogio fácil de la gente amiga: oiga el eco fiel de la opinión y de

la prensa, como reza *La Correspondencia de España*. Escuche á los que, con deseo de acierto, no les mueve más interés que el de la verdad. Nunca fueron los prólogos verdaderas críticas: antes bien va cayendo en desuso la costumbre de ponerlos, porque el público está en el secreto, y prescinde de ellos.

Pero, ¿cómo—dirá el entretenido lector,—pudo extraviarse una imaginación lozana, corromperse un instinto poético nativo, y caer en defectos garrafales, Saturnino Martinez, que despertó en un principio tan risueñas esperanzas? Faltóle el brío de su primera edad, como cuando se dirigía á un célebre violinista exclamando:

" Lánzate audaz y piérdete en la inmensa
Llanura esplendorosa
Tras cuyo azúl y dilatado velo
La patria de los genios se levanta
Sobre discos de luz; rápido vuela,
Y si apiñadas las gigantes nubes
Ocultan tempestuosas
El templo celestial que tu alma anhela,
Estremeciendo la región del viento,
El arco pulsa, y al vibrante acento
Que retumba en la bóveda sombría
El mismo Dios, radiante de alegría
Te abrirá la mansión del firmamento.

¿Nególe su lira la verdadera magia de sonidos, la cadencia armónica que hacía resonar sus versos con tan grato son en nuestro oído?

"Fugitivas las aves
Cruzando van el aire humedecido

Ansiosas de encontrar entre las suaves
Hojas del verde matorral su nido."

" Cuando la tarde trémula derrama
Flébil melancolía,
Del árbol del dolor en mústia rama
Cuelga el laud y llora todavía."

" ¡ Oh ! plegue á Dios que en la escabrosa senda
De este mundo de sombras y de hastío,
Jamás el infortunio te sorprenda,
Y que brote la flor y mane el río
Doquier que intentes colocar tu tienda."

Pero, si todo eso sucede, si continúa con vigor imaginativo y cadencia y magia de sonidos en su arpa, ¿por qué nos apartamos de los elogios de Villergas? Lo he dicho antes y forzoso me será repetirlo ahora; Saturnino Martinez es un poeta de imaginación. Trató de fortalecer su inteligencia con serios estudios; faltóle dirección en un principio; sobráronle aplausos después; anduvo escaso de buenos amigos que le hiciesen justísimas advertencias; huyó de estas en busca de aquellos, y se entregó al *efectismo* deslumbrador y ciego.

En sus escritos en prosa es donde más se refleja este desbarajuste de su cerebro. El lenguaje es ampuloso y culterano; el concepto pobre y raquítico. Es á veces socialista, en sus conclusiones; raya en demagogo, casi siempre, y, sin embargo, hay tanto de autoritario y personal en su estilo, que el satánico *yo* trata de imponerse á todos. Ahí está la colección del semanario que publica en la Habana, que no me dejará mentir. En él se estudian, ó á lo menos se pretenden estudiar, los problemas más difíciles de la vida, la lu-

cha eterna del capital y del trabajo, las manifestaciones de los pueblos en la ancha vía del progreso, los misterios más ocultos de la historia, las cuestiones más abstrusas del derecho, los más delicados debates de la economía política. ¿Con qué criterio? ¿Con qué preparación de espíritu? ¡Ah! ahí está la cuestión. De aquí arrancan sus extravíos. Habla del subjetivismo alemán aplicado al arte, sin conocer á fondo un mal tratado de estética elemental. Piensa, acaso, que con una lectura ligera y versátil, aunque variada, puede penetrar los misterios de la ciencia, y proclamarse su apostol. Desde su periódico asesta sus tiros contra las clases acomodadas, que arrastran sus vicios en riquísima carroza, mientras las *opacas multitudes sienten hambre y sed en las sinuosidades sociales*. Este ataque incesante, este porfiado empeño en presentar á los unos oprimiendo y denigrando constantemente á los otros, tiene sus eclipses, y se convierte en el canto apologético á un rico improvisado. Más vale así. En un cajón de sastre hay retales de todos colores.

Pero nos alejamos del verdadero objeto del presente trabajo, y es hora ya de terminarlo. Saturnino Martínez es un poeta de imaginación brillante, de lozana fantasía; sus versos suaves y armoniosos suenan con grato deleite en el oído. Mas, con todo y con eso, su falta de dirección y de estudio le ha llevado por sendas peligrosas, viciando y corrompiendo la índole de su carácter poético. Habla en culto, y sus conceptos son pobres é insignificantes. Se ha forjado un lenguaje particular y raro; deleznable vestimenta con que cubre los apasionados sones de su lira. Sus primeros versos son los mejores; sus mejores tiem-

pos los primeros. En ellos se refleja una imaginación brillante, un instinto de forma excelente, un oído finísimo. Son preludios suaves; presagios de un bello porvenir. ¿Por qué así vino á dar en tierra con tan halagüeñas esperanzas? ¿qué hacer ahora para pulsar de nuevo

" El arpa de oro que en mejores días
Al manso ruido del laurel agreste
Mezcló sus melodías? "

Ya lo ha dicho el ilustrado crítico de *La Revista de Cuba*, con quien nos hallamos completamente de acuerdo en este asunto: "Renueve sus estudios, y, si le es dable, procure renovarse á sí propio."

Villa América, 1878.

ÚLTIMO MOVIMIENTO LITERARIO EN CUBA

EPÍLOGO.

I.

Con el epígrafe de *Estudios y conferencias de Historia y Literatura,* acaba de publicarse en New-York, lujosamente impresa en la acreditada casa de Thompson y Moreau, una obra de verdadero mérito. Su autor, que era ya ventajosamente conocido en la república de las letras, es cubano de nacimiento, y por su filiación crítica pertenece á la raza de los Valeras. Hay en su estilo algo que recuerda los trabajos del autor de *Pepita Jimenez;* tiene esos delicados matices que encantan y enamoran, y prestan tanto valor é importancia á las ideas, como los

pliegues de la vestidura de una estatua griega, realzan lo majestuoso de su aspecto. Es correcto, sin ser nimio ni reparado en su lenguaje, y sus periódos numerosos y bellos, son á trechos elocuentes é inspirados.—A pesar de todo, no hemos de pasar por alto que le falta un poco de claro-oscuro: algo que le haga más movido, sin perder por eso su serenidad y tersura, recomendable siempre.

Tiempo hace que se inició en Cuba una transformación literaria que tiende á sacar á nuestros escritores de las anárquicas corrientes que trajeron consigo tendencias exageradas de un falso concepto de la belleza, y de un desconocimiento completo de las más rudimentarias reglas de la gramática.

Pensóse que el ser romántico implicaba y llevaba consigo toda falta de estudio ú olvido de lo aprendido y estudiado: y así vemos que tras de esa época brillante en que lucieron las galas de su ingenio Mendive, Luáces, Palma, Anselmo Suarez, Tolón y otros muchos, el *efectisimo,* aparatoso y necio, y una poesía indígena y chocarrera, vinieron á invadir la prensa diaria y el libro, hasta que momentos antes de la pacificaión, la publicación de *La Revista de Cuba*, creó un núcleo de literatos serios y concienzudos, que comprendiendo su verdadera misión, y conociendo los adelantos de la ciencia moderna, en sus varias y múltiples manifestaciones, despertaron el buen gusto y el amor y cultivo de las bellas letras.—Varona comenzó sus estudios filosóficos, revelando una erudición y analítica atención y mira, que le colocan á una altura envidiable: el malogrado Gassie dejó entrever los rasgos de una inteligencia robusta, consagrada

por completo á la indagación de la verdad; Cortina, Morales, Ricardo Delmonte y otros, imprimieron nuevas direcciones y tendencias á la oratoria y á la crítica histórico-literaria, y Govín, gran conocedor de los códigos, presentó, en diferentes cuadros jurídicos, los tesoros de saber que guardaba.

El autor de que vamos á tratar no pertenece precisamente, por la fecha de su nacimiento, á la época á que nos referimos. Hizo sus primeras armas en la prensa, algunos años antes de la revolución, manifestando ser una esperanza para el porvenir. Resto de una generación que se extraviaba en las exageraciones de un romanticismo bastardo, se había salvado, gracias á su educación verdaderamente clásica, y entiéndase, que al decir clásica nos referimos á sus estudios de las literaturas griega y romana, estudios hechos con criterio propio y elevada inteligencia, no con preparado ánimo de aprisionar un pensamiento mezquino y pueril en una coleccion de reglas.

En efecto, Enrique Piñeyro, (y este es el nombre del autor á quien aludimos) esa esperanza que nos dejaba columbrar el sazonado fruto de una inteligencia varonil, viene hoy á nosotros con dos libros en la mano. El uno titúlase *Estudios y conferencias de Historia y Literatura,* y el otro lleva por epígrafe *Poetas famosos del siglo* XIX.

Con la brevedad que es consiguiente á una nota bibliográfica, vamos á dar cuenta de la primera, en justo cumplimiento al propósito nuestro de dar á conocer los hombres más notables de nuestra tierra. Nótase desde luégo en sus conferencias, que nuestro

autor es un orador académico, y que huye con estudiado empeño de esos períodos, si bien brillantes y fascinadores, vacíos de ideas y conceptos, más propios para arrastrar las gentes indoctas que para cautivar la atención de las personas cultas é ilustradas. Su elocuencia es reposada y serena, como límpida laguna que retrata un cielo azul, y si alguna vez se riza al blando impulso de la brisa, no por eso pierde su trasparencia primera. En los asuntos que trata busca el aspecto conveniente, y lo presenta á nuestra vista: no se enamora del efecto ampuloso de una palabra vibrante y sonora, sino que acierta solícito y afanoso con la expresión clara y correcta en que encierra sus conceptos, y, verdadero artista, colocando su cuadro á luz, nos guía al punto desde el cual es permitido contemplar mejor las bellezas que le avaloran y distinguen. Interesante nos muestra la figura de Mme. Roland, de quien dijo Stendhal al recorrer las cercanías de Lyón: "por aquí poseyó una pequeña propiedad la mujer que me inspira más respeto en el mundo".

Pinta en patéticos períodos la historia de sus espirituales amores con el girondino Buzot, cuando separada de su marido por los duros hierros de la prisión, se entrega á los deliquios de su amor, y su alma grande se manifiesta entera en las expresivas cartas que le escribía á su amante. "¿Pero, no comprendes tú (le decía) que por lo mismo que estoy sola es contigo con quién estoy? El cautiverio me permite sacrificarme por mi esposo y conservarme para mi amigo. Ahora, gracias á mis verdugos, conciliados están mis deberes y mi amor. No tengas lástima de

mi. Todos admiran mi valor; por fortuna ignoran mis alegrías". Y esta mujer apasionada y vehemente, llega serena á la plaza de las ejecuciones, trás larga y dilatada prisión, consolando á un hombre débil que, condenado á sufrir la misma suerte iba junto á ella; y al apagarse su vida en manos del verdugo, exclama: "¡Oh libertad! ¡cuánto crimen cometido en tu nombre!"

Otra de las conferencias más notable de Piñeyro, quizá la que revela más profundo pensar y sereno ánimo, es la que dió en Santiago de Chile, en Abril de 1875, sobre los Estados-Unidos del Norte América, donde residió algunos años, familiarizándose con su lengua y costumbres, y comprendiendo los peligros que pueden presentarse en lo futuro á esta gran república, por los varios elementos de que se compone y los opuestos intereses de sus estados. La abolición de la esclavitud le arranca páginas en esta conferencia de grave indignación y generosos arranques, pero las consecuencias políticas de este paso no le ciegan hasta el punto que no pueda ver, en los primeros momentos, á los confederados proscriptos en su propia patria, indiferentes á la cosa pública, tristes y abatidos al ver sus hogares desiertos y abandonados, amenazando ruína y publicando la miseria de sus antiguos y opulentos señores, mientras que allá en el Capitolio, cuyas bóvedas han devuelto tantas veces el eco de ardientes discursos en defensa del derecho de los Estados, contra las invasiones del poder central, se agita y ahulla una asamblea compuesta en su mayor parte de negros ignorantes, nombrados por millares de séres embrutecidos por siglos de degradación, y que

han acudido á las urnas instigados y guiados por aventureros insaciables, resíduo de una raza infame, vestigio nauseabundo de la invasión y de la guerra. La explotación de los chinos en San Francisco ocupa sabiamente su atención, y no se escapa á sus fines el sórdido interés con que se les mortifica y persigue, y el mormonismo, extravagancia religiosa predicada por Smith, que en su principio se creyó secta numerosa y crecida y potente, encuentra en Piñeyro un narrador desapasionado y sincero, á la par que un espíritu fuerte y moral que rechaza sus pestilentes dogmas y costumbres. Pero, en medio de tantos inconvenientes, en esta trabazón de obstáculos y calamidades con que lucha la república y que tan brillantemente presenta á nuestros ojos Piñeyro, ¿puede deducirse con verdad que este autor condena á un porvenir de horrores á la nación norte-americana? No por cierto, y muy lejos de eso, señaladas las causas productoras de sus extraños vicios sociales, se entretiene en relatarnos sus grandezas y prosperidades, explicando estas por virtud y bondad de sus instituciones. Aquel puñado de hombres que en Philadelfia fundaron los cimientos de la gran república, crearon, sin duda alguna, una patria grande y generosa, que pudiera abrigar en su seno cien millones de habitantes, todos libres é iguales ante la ley.—¿Por qué no? se pregunta Piñeyro, terminando así una conferencia que bastaría sola para crearle una reputación envidiable.

Si fuéramos á detenernos en analizar una por una sus conferencias é hiciésemos otro tanto con sus estudios, nos veríamos obligados á alargar con demasía este trabajo, que escribimos á toda prisa y sin

pararnos á meditar lo escrito, porque nuestras ocupaciones no nos lo permiten. Los diferentes asuntos de que trata, ya se detenga á estudiar las incestuosas causas del rompimiento del matrimonio de Byron; ya nos presente los tres poetas más notables de su tierra; ora estudie con minuciosa diligencia el Aristodemo, de Luáces, y so color y pretexto de las representaciones de la Ristori, esa trágica insigne, con crítica al parecer ligera y fugitiva, nos retrata sus impresiones sobre las producciones que con tanto acierto interpretaba; ora dejando aparte las exageraciones de escuela, olvidándose del naturalismo frío y duro de Zola y las violentas y poco realizables manifestaciones en la vida práctica de nuestra sociedad, del *Rafael y Graciella* de Lamartine, en bella galería haga desfilar á nuestra vista á Feuillet, Stendhal y George Sand; ó bien ponga sus atinados reparos á Castelar, cuando á fuerza de su acostumbrado lirismo, se olvida de su verdadero objeto en el movimiento republicano de Europa; en todas las producciones, en fin, que forman este breve tomo, tendríamos que aplaudir la fuerza didáctica de Piñeyro, su criterio firme, resuelto y seguro; su amor sincero á la verdad, sin pasar en silencio su estilo majestuoso y digno, pulimentada y correcta vestimenta con que aprisiona y hermosea los altos vuelos de su pensamiento.

En su conferencia sobre Dante y su *Divina Comedia,* se muestra toda la plenitud de su talento analítico y profundo, considerando ese gran poema como monumento insigne que encerró entre sus cantos la aspiración suprema de una época grandiosa, dando

vida, movimiento y calor á una patria turbulenta, despedazada ayer y repartida cual codiciado botín por las naciones vecinas, y regenerada hoy al impulso de las ideas modernas.

Enrique Piñeyro es joven aún. La obra que consagra á los poetas famosos de este siglo, merece capítulo aparte; pero nuestro vagar nos lo impide. Consagraremos, sin embargo, nuestro juicio acerca de ella, en brevísimas palabras. El fondo del libro excelente, salvo lo que se refiere á Espronceda, que es de todo punto injusto. El autor del *Diablo Mundo* ha hecho algo más que copiar la carta de D. Juan, é imitar á Beranger en su canción al cosaco. Pretender otra cosa es cerrar los ojos á la luz, y llevar á la serena región de la crítica racional y seria, los torrentes de ódio de la política. Esta es la verdad.

No echaremos en cara al autor la omisión que hace de algunos poetas de reconocido renombre y fama, porque la advertencia con que encabeza su libro le coloca fuera del alcance de esta observación. Lo que nos regala ahora no es más que un ensayo—una primera serie. Luego vendrá el resto.

En cuanto á la forma, ¿qué podremos añadir después de lo que hemos dicho? Hay algo, empero, que no queremos pasar por alto. La circunstancia de estar la obra impresa en el extranjero, le disculpa un tanto; pero no sabemos si esto podrá ser fuerza á que un quisquilloso purista deje de poner el necesario correctivo á algunas locuciones traspirenáicas. Cada cosa en su lugar.

II.

¿Hemos llegado al fin de nuestro trabajo? ¡Quién sabe! tal vez se nos haya traspapelado, en este fárrago de notas biográficas y críticos escarcéos, el nombre de algún poeta de mérito; acaso con la precipitación con que corre nuestra pluma, olvidemos al más garrido y frescachón de los bardos cubanos.

Salga, pues, de la obscuridad en que vive, por la indiferencia del público, el ilustre y célebre fundador de los *Cantos del Siboney*.

Hemos dicho fundador y no autor, y no nos volvemos atrás. Lo que hizo Fornáris fué fundar un detestable género literario, que pugna con la razón, se dá de bruces con el buen gusto y atropella y maltrata la pobre lengua de Cervantes.

Cierto es que escribió mucho; pero mal. Fué máquina descompuesta de hacer versos: salían éstos de su pluma como brota el agua á borbotones de abundosa fuente.—Villergas, al hablar de ellos, tituló su artículo: "Entre col y col....." ¿En dónde mejor colocados? El título salió un epígrama, y así lo entendió la gente que estaba en el secreto.

¿Tuvo verdadera nombradía y popularidad? En el periodo anterior á la revolución, su nombre figurò algún tanto entre el vulgo de nuestros literatos. Sólo Piñeyro se atrevió á llamar la atención pública sobre lo estupendo de su género favorito. Y no po-

día ser menos, tratándose de un hombre culto, cuya inteligencia se había nutrido de buenas ideas estéticas.

Pero soplaron vientos de guerra en los fértiles y antes tranquilos campos de Cuba, y Fornáris se vió obligado á abandonar su país, fijando su residencia en la capital de Francia. En ella permaneció algún tiempo; después viajó por Italia y por otras naciones hasta que la paz del Zanjón le abrió de nuevo las puertas de la patria. Ni la experiencia, sabia maestra de los años, ni la comunicación y trato con personas de valer en el extranjero, le curaron de sus antiguas aficiones; tornó á ser el mismo, con sus acostumbrados estribillos siboneyes, tan inocentes y primitivos en su forma artística, como intencionados en su fondo político. ¡Pobre versificador! Si no fuera por las amistades que tuvo, por la época en que brilló y la tendencia por demás separatista de sus versos, en Dios y en nuestra ánima juramos, que su nombre se hubiera perdido entre el murmullo del Bayamo, que arrastraría al mar silencioso del olvido, los débiles ecos de su laud desafinado y descompuesto.

Entre el fárrago de sus obras hay tal cual asomo de belleza que la casualidad y no el talento depositó, para hacer resaltar con más fuerza lo desbarajustado de ellas. Valióse de voces indias, pensando que era necesario ese ropaje para ser poeta popular. Quiso ser el Beranger cubano, y tropezó con su falta de aptitud, no acertando á hacer cosa de provecho. Brillante globo de jabón, que entretuvo por un momento la curiosidad de los chicos, y que al más ligero

soplo de la crítica se deshizo, no dejando rastro de su paso.

III.

¿Pero no hubo más poetas en Cuba? ¿Donde está esa falange que ocupa tantas páginas del *Parnaso cubano?* Bien se está San Pedro en Roma, y ellos en su sitio. Realmente no hacen falta aquí para nada ni Orgáz, ni Roldán, ni Ramón Zambrana, ni Domingo Delmonte, ni otros más. Delmonte y Tanco no fueron poetas; como humanistas pueden y deben citarse con encomio: Iturrondo (Delio), Orgáz y Roldán no llegaron nunca á poseer el *quid divinum* de que nos habla el maestro; imaginaciones extraviadas, pagaron tributo al *efectismo*, y nada más; Manzano, fué el mejor de los poetas negros y el peor de los blancos; á su color y pelo rizo; á su condición de esclavo, debe mucha de la fama de que goza; los hermanos González del Valle (D. Manuel y D. Zacarías) tienen otros títulos á la gratitud de los habaneros, para que vayamos á aquilatar su mérito, como discípulos de Apolo.

¿Necesitaremos citar á más gente menuda? Advertimos á cualquier trasconejado gacetillero, que nos eche en cara alguna omisión, que poseemos una biblioteca cubana bastante completa. Conocemos casi todas esas obras flamantes que ellos citan. Cuando

empezamos á estudiar Retórica y Poética,, nos arrullábamos leyendo los versos de Blanchié y de Luisa Molina Entónces creíamos firmemente que la Isla de Cuba no carecía de literatura propia; pero eso nos sucedía cuando sólo teníamos quince años. Hoy ya es otra cosa. Somos más exigentes, y esperamos serlo cada vez más, con la ayuda de Dios.

¿Qué nos resta de Cuba poética? ¡Ah! Sí, nos resta Luisa Perez de Zambrana, carácter noble y elevado, que moduló suaves y melódicas canciones llenas de sentimiento y de amor. Nadie, como ella en Cuba, pulsó la lira con tan armónico ritmo y compás; la misma Avellaneda no tiene esa ternura de sentimientos, esa suavidad de afectos que la pobre Luisa.— ¡Lástima que más tarde haya extraviado tan buenas cualidades, entregándose casi por completo al culteranismo! De buena gana la dedicaríamos un artículo y relataríamos en él sus muchas y buenas condiciones para la lírica. Después de todo, nuestro trabajo no significaría otra cosa sinó el aplauso sincero y entusiasta que arrancan á la crítica imparcial la virtud y el talento. Eso merece quién escribió los siguientes versos:

Mi noble amigo :
El delicado y generoso obsequio
Conmovida agradezco ; mas no quieras
Verme subir al pedestal que me alzas
Con la vista inclinada , y con la frente
Por tí ceñida de laurel glorioso ,
Teñida de rubor . . . no , amigo mio ,
Pinta un árbol , más bien , hojoso y fresco
En vez de pedestal , y á mi á su sombra
Sentada con un libro entre las manos ,

Y la frente inclinada suavemente
Sobre sus ricas páginas, leyendo
Con profunda atención; no me circundes
De palmas, de laureles y de rosas,
Sinó de fresca y silenciosa yerba;
Y en lugar de la espléndida corona,
Pon simplemente en mis cabellos lisos
Una flor nada más; que más conviene
A mi cabeza candorosa y pobre
Las flores, que los lauros.....
No me pintes más blanca ni más bella;
Píntame como soy, trigueña, joven,
Modesta y sin belleza, y, si te place,
Puedes vestirme, *pero solamente*
De muselina blanca, que es el traje
Que á la tranquila sencillez de mi alma
Armoniza más bien... píntame en torno
Un horizonte azúl, un lago terso
Y un sol poniente, cuyos rayos tibios
Acarician mi frente sosegada.
Píntame así; que el tiempo presuroso
Los años medirá con ráuda prisa;
Y después que esté muerta y olvidada
A la sombra del árbol silencioso
Siempre leyendo encontrarás á Luisa!

IV.

No seremos ciertamente de los últimos en prodigar aplausos á Tejera, por más que nos duela el exagerado encomio que á sus obras prodigan sus amigos, no porque sintamos dolor por el bien ageno, que antes bien alegría nos causa, sinó porque estamos con-

vencidos de lo mucho que hacen desmerecer á un autor las poco meditadas alabanzas de gentes oficiosas.

José A. Cortina, en un prólogo muy pentacróstico, hinchado y huero, en el que habla, de referencia, por supuesto, del Ramayana y el Mahabarata, y trae á colación á Homero, Virgilio, Ovidio, Dante, Klopstock, Milton, Byron, Voltaire, Ariosto, Tasso, y Victor Hugo,—eche V. y que no se derrame,—so pretexto de examinar á la luz de una crítica racional las poesías de Tejera, concluye comparándole á Henri Heine, con quien no le encuentra inferior, sin reparar que ese ruiseñor alemán que fabricó su nido en la peluca de Voltaire, según la expresión de un crítico francés, en nada se asemeja á Tejera, salvo en la forma, y más que en la forma, en los procedimientos artísticos de que se vale. No es ese precisamente su abolengo literario; á poco que estudiemos la lírica castellana contemporanea tropezaremos con las obras de Ruíz Aguilera, de Selgas y, sobre todo, de Gustavo Becquer,—quien es muy superior á Tejera, por más que diga Cortina,—cuyas obras son las precursoras de *Un ramo de violetas;* bien que, como queda dicho, los procedimientos artísticos son de Heine, como lo son también los empleados por los otros poetas.—Pero ¿dónde están la amarga y fina sátira, el excepticismo mordaz y maldiciente, que junto con la dulzura inefable, el gusto refinado y el esquisito sentimiento, tanto distinguen y acreditan las dulces trovas del *Intermezo?*

Cierto que Tejera aportó á la lírica cubana, un procedimiento, una *manera,* hasta entónces desconocidos entre nosotros. Nuestra lírica, como la natura-

leza de nuestro suelo, es rica, ampulosa y lozana, y así como hiere nuestra vista y nos cautiva la variedad de plantas con que luce sus primores la vejetación lujuriante de nuestro suelo, de igual modo nos arroba el espíritu ese lujo de lirismo á que se entregan nuestros vates, abusando del idioma tan pintoresco y rico en amplificaciones poéticas. Por eso el principal mérito de Tejera, educado en Europa, fué el apartamiento de esa tendencia avasalladora: y concretando á estos términos la bondad de sus inspiraciones, dijimos que no seríamos de los últimos en tributarle aplausos.

Pero en absoluto, carece del fuego y arrebato líricos del sublime cantor del Niágara; nada hay en sus obras que nos haga olvidar la viril entonación y robusto acento del autor de *Aristodémo;* no iguala á Mendive en corrección y pureza; ni arranca de su lira tonos tan delicados é inefables como Plácido, Milanés y Zenea. Es un poeta de segundo órden, á pesar de lo que digan en contrario sus amigos los gacetilleros de Cuba. Mejor que Valera y que Borrero es, porque tiene fisonomía propia; también es superior á Casimiro Delmonte porque se aleja del *efectismo* y de la frase hinchada y vacía á que se entregaba este: no se le puede hacer el agravio de compararle á Fornáris, porque está á cien codos de altura sobre él, y además porque es poeta más *cubano* que el malhadado autor de los *Cantos del Siboney;* pero esto no basta para compararle á Heine, ni siquiera para concederle la primacía en la lírica contemporánea de Cuba. Estudiando medicina en España, asistió á la revolución literaria que obraba Becquer con sus melancólicas *rimas,* y enamorado por el brillo de esta poesía, las

imitó frecuentemente. Fué, en Cuba, un reformista; pero reformista en cuanto cultivaba un género poético nuevo entre nosotros; viejo y culto en Europa, pues ya había alcanzado, en Alemania su patria, el mayor grado de perfección en las obras de Heine; y en España había adquirido carta de naturaleza con las obras de Florentino Sanz y Becquer.

Tiene Tejera momentos felices en los que apartándose de sus modelos, se entrega á los caprichos de su propia fantasía. Ejemplo son de ello su oda *A Dios* y su composición dedicada á *Una Hamaca,* que son dos piezas muy recomendables. También tiene mucha intención y sentimiento esta preciosa balada:

Y era la noche sombría
Y el viento triste gemía,
Cuando en la calle desierta
La niña el arpa tañía
De hambre y frio casi muerta.
Y un hombre se le acercó,
Y dinero la ofreció,
Diciéndole... no se qué;
Y gritó la niña ¡ no !
Y el hombre infame se fué...
Y era la noche sombría
Y el viento triste gemía,
Cuando en la calle desierta,
Tras espantosa agonía
Se quedó la niña muerta.

Quiso rendir, este poeta, culto á la musa epigramática de Quevedo y Góngora; pero no le fué propicia la suerte en esto, pues sus ensayos son triviales é ino-

centes, salvo algunos en que el chiste, de tan desvergonzado se torna en poco culto. Hay uno entre estos apólogos y epígramas, que si bien no es obra primorosa y de sobresaliente mérito, encierra una verdad de á folio, harto olvidada por nuestros hombres de letras. Nos referimos á su composición titulada *Mal recibimiento*. Efectivamente, el buen gusto, cansado de los malos ratos que le dieron los sinsontes siboneyes, con sus desbarajustados versos, se volvió á Europa, como asegura Tejera, y, cuando él lo dice, estudiado lo tendrá.

V.

Al dejar la pluma para poner la palabra *Fin* á estas páginas, en vano evocamos las sombras augustas y veneradas de Heredia, Milanés y Luáces. La patria de estos ilustres vates no da hoy más que poetas de menor cuantía. El mercatilismo reina y avasalla el corazón de sus hijos; ocúpanles hondos problemas de la vida social y política; parece como que pasó para aquella tierra el periódo del sentimiento, y que entra ahora en la ancha vía de la reflexión.

Sea en buena hora.

Los pueblos, como los individuos, tienen sus edades; como tiene sus estaciones el año; y si la primavera ofrece galas y explendores á los ávidos ojos de los mortales,—el verano no es menos hermoso y

digno de fijar la atención en sus múltiples atractivos y bellezas; como el otoño es la época de los melancólicos amores, y el invierno nos convida á las delicias del hogar, á la vida reconcentrada de la familia, moviendo nuestro ánimo á dulces y profundas contemplaciones.

Villa América, 1878.

ÍNDICE.

	PÁGINAS.
Carta de Menéndez Pelayo.	5
Cuatro palabras al lector.	7
Introducción.	13
Manuel de Zequeira y Arango.	27
Manuel Justo de Rubalcaba.	37
José María de Heredia.	41
Gertrudis Gomez de Avellaneda.	61
Gabriel de la Concepción Valdés.	73
Ramón de Palma.	89
José Jacinto Milanés.	95
Miguel Teurbe de Tolón.	117
José Luís Alfonso.	125
Joaquín Lorenzo Luáces.	133
Felipe L. de Briñas.	155
Rafael María de Mendive.	159
José Socorro de León.	171
Juan Clemente Zenea.	175
Antonio Quintín Vinajeras.	183
Enrique José Varona.	199
Saturnino Martinez.	211

EPÍLOGO.

I. — Piñeyro.	225
II. — Fornáris.	233
III. — Luisa Perez de Zambrana.	235
IV. — Diego Vicente Tejera.	237
V. — Conclusión.	241